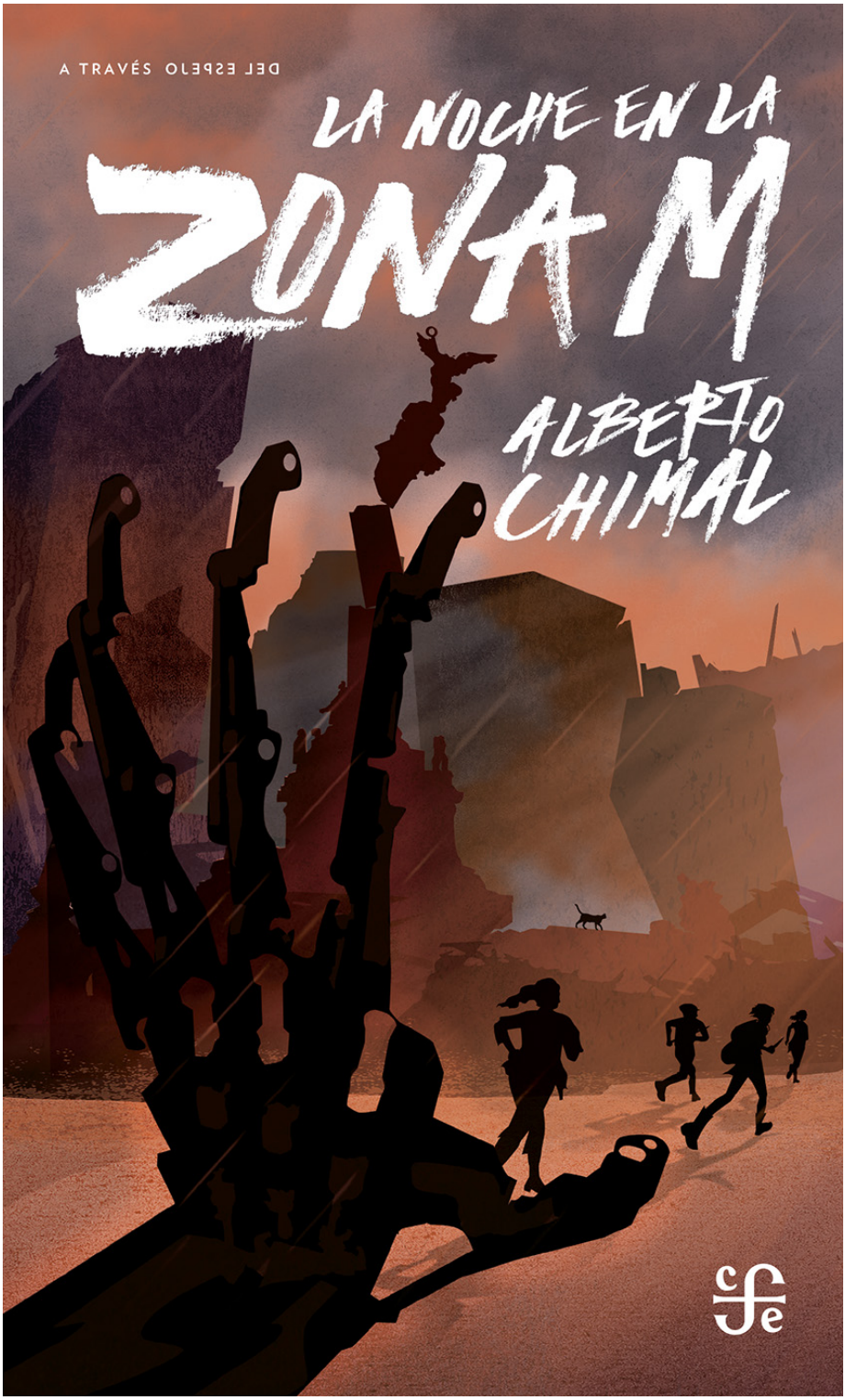

A TRAVÉS DEL ESPEJO
LA NOCHE EN LA
ZONA M
ALBERTO CHIMAL

© Isabel Wagemann

es narrador, ensayista y traductor. Estudió en la Escuela de Escritores de la SOGEM y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde obtuvo el grado de maestro en literatura comparada. Entre otros, ha recibido el Premio de Cuento Benemérito de América y el Premio Nacional de Cuento que otorga el INBA, y fue finalista del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos. Entre sus libros destacan *Gente del mundo* (1998), *Éstos son los días* (2006), *Los esclavos* (2009), *Siete* (2012) —antología de su obra publicada en España—, *La torre y el jardín* (2012) y *Manos de lumbre* (2018). Es considerado uno de los mejores escritores de su generación. En el FCE ha publicado el libro de cuentos *El último explorador* y, junto con Alberto Laiseca y Nicolás Arispe, el álbum ilustrado *La madre y la muerte/ La partida.*

LA NOCHE EN LA ZONA M

A TRAVÉS DEL ESPEJO

Primera edición, 2019
[Primera edición en libro electrónico, 2019]

© 2019, Mauricio Alberto Martínez Chimal

Este libro se completó con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte de México

D. R. © 2019, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5449-1871

Colección dirigida por Horacio de la Rosa
Edición: Susana Figueroa León
Formación: Miguel Venegas Geffroy
Diseño del forro: León Muñoz Santini y Andrea García Flores

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-6413-6 (ePub)
ISBN 978-607-16-6372-6 (rústico)

Hecho en México - *Made in Mexico*

a Raquel

LA NOCHE EN LA ZONA M

ALBERTO CHIMAL

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

ÍNDICE

La huida
Celeste, quince días antes
Sita, catorce días antes
Celeste, trece días antes
Sita, doce días antes
Lucina, doce días antes
Sita, doce días antes
Lucina, once días antes
Sita, once, diez, nueve días antes
Celeste, ocho, siete, seis, cinco días antes
Sita, cuatro días antes
Celeste, cuatro días antes
Sita, cuatro días antes
Lucina, cuatro días antes
Sita, cuatro, tres días antes
Lucina, tres, dos días antes
Sita, un día antes
La huida

Nota final

LA HUIDA

Corremos por las calles vacías. Corremos a oscuras.

O al menos tratamos de correr. Lo que cargamos no es tanto, pero sí pesa, y el suelo es traicionero: hay trozos de asfalto y cemento por todas partes, de lo que se ha ido rompiendo con los años y que aquí no ha levantado nadie. Hay agujeros donde podemos caer, montones de cascajo y de vidrio roto. Tenemos linternas, y con ellas alumbramos el suelo delante de nuestros pies. No nos atrevemos a más.

Y tampoco es que mi abuela pueda correr, en realidad. Ya no es joven. No se queja porque ella fue la de la idea, la que organizó todo esto, y porque ya no podemos volver atrás, pero creo que le está costando mucho más de lo que había pensado.

Así que mejor lo digo así:

Vamos tan rápido como podemos, con todas las ganas de correr, pero más bien despacio. Con miedo por las calles oscuras y vacías.

Calles que, además, no conocemos. Ni Plebe ni el Sombra ni yo habíamos llegado tan lejos en nuestras vidas. Mi abuela y Celeste tal vez hayan pasado por aquí hace muchos años, antes de que se cayera el mundo, pero todo debe ser distinto. Todo está deshecho. Las calles rotas y llenas de agujeros están entre edificios derruidos, abandonados, en ruinas. Esta es zona M, de las que separan a un reino de otro. No es parte del Centro ni de Xoco ni de nada.

No se puede vivir aquí. Los que quieren cruzar una zona M, para vender cosas en otro reino, traer algo, lo que sea, organizan una caravana: consiguen carros, gente que tire de ellos, y le compran protección a la Tropa. Un capitán y sus soldados, bien armados, se suben a los carros y el grupo se pone en camino a toda velocidad (*de verdad,* no como nosotras). Y todo lo hacen de día.

¿Por qué tanto miedo? Muy de vez en cuando hay bandas que

asaltan a alguna caravana, sí, pero lo peor no es eso. Son los monstruos.

Las zonas M no tienen ese nombre nada más porque sí.

—¿Seguimos adelante? —le pregunto en voz baja a Celeste. Realmente espero que todavía pueda localizar por dónde vamos.

—Sí —dice ella, en el audífono que tengo en mi oído. Y como si me hubiera leído la mente—. Todavía puedo calcular nuestra posición. Seguimos dentro del alcance de los transmisores del Centro. No hace falta más que determinar…

—No me expliques ahora —le pido.

—Perdón.

Nosotras hubiéramos comprado pasaje en una caravana, hubiéramos salido de día, con protección de la Tropa, de no ser porque estamos huyendo de la Tropa.

Una señora mayor, dos muchachas de catorce, un soldado de quince (¿le estarán diciendo "desertor", "cobarde", como en *Patrulla infernal*?).Y Celeste, de quien la Tropa no sabe nada. (Y si supieran quién es y cómo nos ayuda a avanzar y por qué sólo podemos escuchar su voz usando audífonos… Ay, si supieran.)

Y la caja de Celeste, que llevo en la espalda junto con mi mochila, y que contiene el Tesoro. Lo más valioso que ha dado el reino del Centro.

Plebe va delante. Por ahora, sólo ella tiene encendida su linterna. Tenemos esa luz y un trozo de luna en el cielo para ver dónde pisamos. La seguimos con mucho cuidado. Vamos pegadas a la pared. Como ratas. No hay de otra. Y no seguimos una ruta de las que usa la Tropa: Celeste nos inventó otra, por lugares más escondidos. Calles más angostas, más llenas de restos. Ahora entiendo que estamos en una parte que siempre se saltan en las películas sobre viajes largos y peligrosos: no hemos llegado todavía a donde vamos, no estamos a punto de empezar una pelea, y (obvio) no queremos que nos pase nada emocionante. Sólo queremos avanzar. Ir un poco más allá antes de que amanezca.

Y que no nos alcancen quienes nos persiguen. Que no nos obliguen a volver. Y que tampoco nos quieran castigar aquí mismo. No debería, pero pienso en eso y se me ocurren cosas muy feas. Por ejemplo, cuando los soldados matan a alguien en el Centro recogen el cuerpo. ¿Pero acá? ¿Qué tal si acá no les da la gana cargarnos de regreso y nomás nos dejan aquí para que

nos echemos a perder o nos coma alguien… o algo…?

Plebe se detiene antes de llegar a un cruce. Las demás también nos detenemos. Mi abuela alcanza a Plebe y las dos hablan en voz tan baja como pueden. El Sombra y yo nos acercamos también. Lo que vamos a cruzar es una avenida, tres o cuatro veces más ancha que la calle por la que vamos. Plebe señala un edificio de cinco pisos más allá del cruce.

—¿Crees que hay alguien adentro? —digo, en voz tan baja como puedo—. ¿Viste algo?

—Miren despacio alrededor —nos pide Celeste, y Plebe y yo lo hacemos. Nuestras diademas tienen sus cámaras encendidas: Celeste ve lo que vemos nosotras, es decir, muy poco. ¡Esto está mucho más oscuro que el mismo Centro!

En las películas, las calles como éstas están llenas de luces y son planas, y hay miles de carros de motor que se mueven solos sobre ellas, sin que nadie los jale o los empuje. Hay gente en cada uno de los edificios, que además tienen techos y puertas que se cierran. En una calle así podríamos ver. Pero también podrían vernos, incluso con los mantos especiales, negros, que nos consiguió el Sombra.

—No vi nada —me dice Plebe cuando acabamos de mirar despacio hacia Celeste—. Es que los edificios están altos.

—Si aquí damos vuelta a la izquierda nos vamos a empezar a desviar —dice Celeste—. Tarde o temprano tendremos que ir más hacia el oeste, a la derecha. Pero todavía no hace falta. Según mi mapa, ésta debe ser la calle de Tajín. ¿Sí es?

Quiero contestarle que cómo voy a saber, pero en vez de hacerlo miro de nuevo a mi alrededor. No tiene sentido sacar mi mapa impreso: es el mismo que tiene Celeste. Me pongo a revisar la pared a mi lado. Estoy pensando en las placas de metal con nombres escritos que todavía se encuentran pegadas en algunas esquinas del Centro. Aquí ya he visto una o dos. (Se podrían vender muy bien en el mercado, si tuviéramos tiempo y manera de arrancarlas, y si fuéramos a regresar al Centro…)

¡Sí hay una placa! Con un gesto le pido a Plebe que la alumbre por un segundo.

—Tajín —leo—. Sí.

—Es el nombre de una ciudad muy antigua —dice Celeste—. Fue capital de un imperio hace más de dos mil años. Si todavía existe debe ser una ruina. Como acá. Pero, bueno…

—¿Qué hacemos? —dice Plebe.

—Sigo pensando que podríamos seguir adelante —dice Celeste.

—Vamos rápido —digo yo.

Entonces se oye un grito. Alguien nos llama. Me parece que es la voz del Nueve. Detrás se oye también otra voz. El Urko, a lo mejor…

¡No nos han perdido el rastro todavía! Plebe apaga su linterna. Nos agachamos y nos pegamos a la pared tanto como podemos.

Esperamos.

Yo quedé mirando hacia atrás, hacia la última cuadra de la calle de Tajín que hemos recorrido, y veo una luz a lo lejos. Una linterna de la Tropa. Está más atrás. Debe ser de las grandes. No les molesta gastar muchas pilas. ¡Malditos fugones! Total, no son ellos los que las recargan…

No nos atrevemos a decir nada. Ni a movernos.

Ahora se oye otra voz, no la reconozco, pero Celeste me dice:

—Creo que es uno al que le dicen el Tuerto, del Cuartel Garibaldi. El grupo que viene no es chico.

No me atrevo a abrir la boca y pedirle que se calle, aun si sólo nosotros podemos escucharla. Esperamos.

Esperamos. Alcanzo a ver un bulto negro que debe ser el cuerpo de mi abuela. Un poco de viento empuja polvo hacia nosotros. Mi abuela no se mueve. Nadie se mueve.

Esperamos y, luego de un rato, la luz de la linterna se mueve y se aleja.

Todavía esperamos un poco más antes de volver a levantarnos.

Cruzamos la avenida tan rápido como podemos. El suelo está bastante plano, lo que es una ventaja: incluso mi abuela puede ir un poco más deprisa. No recuerdo exactamente el mapa, pero creo que ésta es la avenida que tenía el nombre de Eje 4. Antes de que se cayera el mundo las grandes se llamaban así. Ya cruzamos los Ejes 1, 2 y 3…, pero tenemos que ir más allá del Eje 10.

Mientras caminamos, miro al cielo: arriba de nosotras se ven las estrellas, pero hacia el sur no se ve nada. Debe haber nubes…

Esto va a ser un problema. Como el mes pasado llovió una vez, pensamos que no iba a volver a pasar tan pronto. ¿Qué

vamos a hacer si llueve ahora?

Suspiro. No hay nada que podamos hacer. Seguimos avanzando.

Cruzamos otra avenida, más dispareja, sobre la que hay atravesados un par de postes de metal sobre una especie de caja de cemento entre los carriles. (Un *camellón,* diría mi abuela, usando una de sus palabras antiguas.) Realmente estamos en zona M: ¿cuánto tiempo llevan aquí esos postes sin que nadie haya venido por ellos? También están los restos de un carro parecido a los del Fuerte, volteado y medio deshecho. Alguien quiso pasar de prisa por aquí. Nunca vamos a saber quién fue ni qué le pasó. Debe haber sido hace mucho.

Poco después vamos torciendo hacia el oeste, hacia otra avenida, Cuauhtémoc, que es parte de las rutas de la Tropa, pero tendremos que cruzar tarde o temprano. En vez de buscarla directamente, tomamos por una calle llamada Uxmal hasta llegar a otra avenida que la cruza en diagonal y que según el mapa (de esto sí me acuerdo bien) se llama Universidad. No lo digo en voz alta para que nadie se confunda y crea que ya llegamos. ¿Por qué la gente de antes le ponía el mismo nombre a más de una cosa? En el Centro, la gente confunde todo el tiempo Bolívar la calle con Bolívar el Cuartel, o Hidalgo con Hidalgo, o…

Esta avenida es ancha también, y hasta con camellones, pero seguimos avanzando pegadas a las paredes de los edificios. Una cuadra más adelante, de pronto:

—Aquí hubo guerra —dice el Sombra, con voz un poco demasiado alta.

—¡Cállate! —murmura tras él, con enojo, mi abuela.

—Perdón, señora Lucina.

—¡Sombra!

El Sombra se calla.

Pero tiene razón. Mucho de las zonas M, igual que del Centro (y de los otros reinos, supongo) está simplemente vacío. La gente se fue de casas o edificios o se murió en ellos, y después no llegó nadie más a ocupar esos lugares. En el Centro, usamos varios de esos sitios para poner paneles solares y colectores de lluvia.

En cambio, aquí, delante de nosotras, se nota que algo hizo pedazos todos los edificios cercanos. Plebe alumbra un poco más lejos con su linterna y se ven montes de escombro, paredes quemadas y restos más finos que el cascajo que se ve en otros

lugares. Hay partes medio enterradas: en el Centro barremos el polvo que cae, pero aquí se nota que nadie ha tocado nada en muchos años. Es como de una película de guerra, que es donde el Sombra, Plebe y yo hemos visto cosas parecidas.

Sí, también es muy fácil que alguien se esconda aquí. Me volteo a mirar a mi abuela para hablar con ella y no la encuentro. Otra vez le pido ayuda a Plebe. Con la luz la encontramos sentada en la banqueta. Me acerco. Todas nos acercamos. ¡No podemos separarnos! Mi abuela levanta una mano y me hace acercarme a su oído.

—Ya me cansé —dice—. Realmente… Mira. Todavía puedo seguir, pero tienes que hacerme caso con lo que te dije antes —no contesto y ella sigue—: con aquello del peso muerto. Si en un momento hace falta, sigan adelante. En serio.

Lo del "peso muerto" también es de película. Así se le dice a la gente que retrasa a sus compañeros de grupo, y que suele ser de más edad, más débil. Al final, el peso muerto se deja morir para que el resto pueda salvarse, huir de la lava del volcán, subir al bote que los salvará del fin del mundo, cualquier cosa. Se tiran a la lava. O se quedan viendo cómo viene la ola y se los lleva.

Y yo pienso en decirle que vea que estoy cargando la caja de Celeste, que todos tenemos miedo, que estamos aquí por ella. Pero entiendo. Entiendo. Y digo:

—No —y me paro—, vamos a continuar y vamos a hacerlo juntas. Nadie se queda atrás.

Señalo que continuemos por la avenida. Hay trozos de metal entre los escombros: me da la impresión de que eran parte de un autobús, de los más grandes entre los carros que se movían solos. Este lugar también es de los muy desiertos, muy salvajes. Aquí no ha llegado ni la Tropa. No hay ni animales: ni siquiera cucarachas o ratas. Todo está muerto.

No veo esqueletos, pero alrededor de nosotras debe haber muchos. Tal vez estén bajo escombros o dentro de ruinas. En el Centro, los cuerpos se recogen también para que no causen enfermedades cuando se pudran. ¿Pero aquí? ¿Quién los iba a recoger cuando el mundo se cayó?

Por otra parte, el que todo esté muerto tiene una ventaja: oiremos desde mucho antes a cualquiera que intente llegar a adonde estemos.

Seguimos adelante.

—Oye, Sita, sobre lo que te dijo tu abuela… —me dice Celeste—, esto nomás lo oyes tú. Ya sabía que nos quieres, pero igual te lo agradezco, y ella también, porque los demás te siguen, aunque en realidad no nos conozcan. Y no me digas que no. Tú eres la jefa ahora. Eres nuestra Boudica.

Ahora le podría decir que no tengo idea de quién será Boudica, o que ellas dos son las que saben bien qué hacer al final, en el último tramo de este viaje, suponiendo que lleguemos tan lejos. O que el Tesoro está también en la caja que llevo, sí, pero yo no podría usarlo sola…

Otra vez no digo nada. Seguimos adelante. El cielo se está oscureciendo todavía más. Las nubes ya vienen hacia nosotras.

Pasamos al lado de un edificio en el que se ven las letras "TAQU RIA". Cruzamos Cuauhtémoc muy, muy despacio, a la altura de un cruce de varias calles.

—Aquí ya estamos más allá del rango de los transmisores del Centro —me dice Celeste—. Ya no puedo calcular nuestra posición. Hay que ir con más cuidado.

Tratamos de no acercarnos a otros espacios donde había árboles, y que ahora están todos secos y vacíos, ni a unas aberturas que llevan a túneles. Aquí se podía (dice mi abuela) subir al tren que iba bajo tierra y que recorría toda la ciudad por abajo. Se llamaba Metro, como en las películas, y existía aquí y en muchísimas otras ciudades del planeta.

Pasamos sin problema.

Seguimos por Universidad. En algún momento pasamos delante de un edificio enorme, más grande que el Fuerte, a lo mejor más grande que el Palacio del Jefe. Y en éste se ven las letras CINE. Son tan grandes que basta la luna para que podamos verlas.

Plebe, el Sombra y yo nos detenemos. Nos quedamos mirando. El Sombra, sobre todo, debe estar muy impresionado. Nunca lo he hablado con él, pero el cine tiene que ser algo de lo más importante en su vida. Incluso más que para mí.

—¿Todo esto es un solo cine? —pregunta.

—¡Shhh! —lo calla Plebe, y él se calla, pero sigue con la boca abierta.

Los dos deben estar imaginando la pantalla que cabe en un lugar así. Yo misma me lo estoy imaginando.

Cuando yo tenía siete u ocho años, mi abuela y Celeste me contaron por primera vez la historia del mundo. Luego volvieron a contármela varias veces. Estábamos solas en el taller de mi abuela en el Fuerte. Yo estaba jugando, porque entonces todavía me dejaban jugar, y mi abuela me llamó y me dijo:

—Te voy a contar algo que es importante. Oye bien y recuérdalo. Hace mucho tiempo, antes de que el mundo se cayera, todo esto era una gran ciudad. Todo: el Centro, Chapu, Aragón, ¡hasta el Ajusco! Todo estaba junto. La gente de aquí no pensaba que fuera de un reino distinto a Lindavista o a Xoco. Todos éramos de la misma ciudad, y esa ciudad era parte de un país todavía más grande. Éramos muchos en ese país. Muchos muchos muchos. Millones. Yo lo vi. Nací en esa ciudad y crecí en ella. Celeste lo vio durante más tiempo todavía, porque es mucho mayor que yo.

—Yo soy *realmente* vieja —dijo Celeste, que nos miraba desde una pantalla.

—Cuando se dice que se cayó el mundo —siguió mi abuela—, significa que todo eso se acabó. Ese país. Ese modo de vivir. No pasó aquí solamente. Hubo un desastre que afectó al mundo entero. Murió mucha, mucha gente…, y los que quedamos tuvimos que sobrevivir. No fue algo rápido. Tomó tiempo. El Día Cero, del que nos has oído hablar, fue más bien el último día, cuando todo terminó de caerse definitivamente. Antes hubo mucho tiempo de deterioro, de que las cosas fueran cada vez peor. Eso empezó antes de que yo naciera, de hecho, y ocurrió muy despacio. A lo largo de siglos. Por eso mucha gente se dio cuenta o se preocupó sólo hasta que ya no hubo remedio.

Llegué a odiar que me contara la historia porque me daba pesadillas. Y tampoco me ayudaban en nada las explicaciones de Celeste: que la causa fue la contaminación producida por los propios seres humanos, que llegó a haber no sé cuántos miles de millones viviendo al mismo tiempo en el mundo, que las ciudades del pasado se veían como tal o cual película, que en tal otra pasaba algo horrible parecido a lo que realmente pasó…

—Matamos a especies enteras —dijo mi abuela—. Echamos al aire una cantidad enorme de gases venenosos. Al agua también la envenenamos. No era exactamente por maldad, sino por tontería. Lo que echábamos eran desechos. Basura. Pensábamos que no iba a pasar nada malo. ¿Has visto el humo que echan las plantas

tratadoras? Imagínate miles de ésas al mismo tiempo. Millones. En todas partes —yo intentaba imaginármelo y no podía—. El mundo se fue volviendo más y más inhabitable. Se calentaba poco a poco. Aquí hubo un tiempo en que las plantas crecían al aire libre, Sita. ¿Te imaginas? También llovía de manera más regular, más o menos en las mismas temporadas cada año. Y había hielo y nieve en los polos, como en la película que vimos el otro día, ¿recuerdas?, igual que en muchos otros lugares.

"Pero cuando yo llegué al Fuerte por primera vez, el calor fundía el hielo de los polos; el agua iba a dar al mar, y el nivel subía e inundaba islas y costas. Y mientras tanto, otros lugares se convertían en desiertos. La gente más afectada se quedaba sin comer, sin dónde vivir, y entonces intentaba emigrar a lugares donde las cosas estuvieran un poco mejor. Y quienes estaban en esos lugares no querían recibirlos. Hubo guerras por esto. Guerras por espacio, por agua, por comida. Pasaba de un país a otro y pasaba también dentro de los países.

"Únicamente la gente más poderosa de los lugares más ricos lograba protegerse. Rechazar a todos los demás. Se metían en ciudades amuralladas, cerraban sus fronteras, le hacían la guerra a quienes estaban afuera… Fue muy violento. Y entonces llegó el Día Cero. La red mundial, que era nuestra única fuente de información, dejó de funcionar.

—¿Red? —pregunté yo. No entendía muchas cosas, entre ellas ésa.

—Digamos que nunca más volvimos a recibir noticias del resto del mundo, ni mucho menos de Aquellos —explicó Celeste —. También nos quedamos aislados. ¿Has oído que la gente habla de "Aquellos"? Se refiere a aquellas personas. Las que se escondían. No sabemos qué fue de ellos, aunque hay quien cree que siguen ahí. O que se fueron a sitios incluso mejores.

—Aquí —dijo mi abuela—, en el momento en que nos vimos solos, abandonados en un lugar en el que se hacía cada vez más difícil sobrevivir, creo que nos dio un ataque de locura. Empezamos a matarnos entre nosotros. A lo mejor ya estábamos locos desde antes, pero se puso peor. Lo que había sido una sola ciudad, y que ya estaba separada del que había sido su país, se partió todavía más, en muchos pedazos que se hicieron la guerra. La gente estaba muy desesperada. Y como no había qué hacer, para dónde ir, cómo encontrar remedio, más todavía. Fue el caos.

Quien mejor pudo aprovecharlo se quedó con el poder. En el Centro, fue la Tropa, de la que se hizo líder el Jefe. En Chapu, el Perro Negro, al que luego siguió el Perro Muerto. En Lindavista, los hermanos Ojeda. Etcétera. Así empezaron los reinos.

—No te he pasado —me dijo Celeste— una película que se llama *La caída del Imperio romano,* ¿verdad? Ni otra que se llama nada más *La caída*. O la de *Los guerreros*…

—No —dije yo, y nunca quise que lo hiciera, y espero no verlas nunca. Pero mi abuela siguió como si nada.

—Y, bueno, quien no se unía a alguna banda, se unía a una secta de las que decían que el mundo se había caído por nuestros pecados, o porque Dios no nos quería…

—Es porque estaba enojado —le dije yo. Ya estaba yendo a misa para aquel tiempo y eso era lo que decían.

—También —dijo mi abuela, siempre fue así: seguía y seguía y seguía— estaban los que nada más se quebraban. En serio: había gente en las calles que no hacía otra cosa que atacar a quien se le pusiera enfrente, hasta que alguno empezara a regresarles los golpes. O que se quedaba quieta en un rincón y ya no hablaba, no se movía. Yo creo que ellos mismos se querían morir. Y se murieron. La mayoría se acabó muriendo. La guerra entre nosotros terminó hasta que sólo quedó…, no sé, ¿uno de cada diez, Celeste? Cuando alcanzó para que medio comiéramos todos. ¿O cuando nos dimos cuenta de que si seguíamos así no iba a quedar nadie? Una ciudad, cualquier ciudad, necesitaba a mucha gente para funcionar, y la que quedó aquí ya no fue bastante. Por eso todo se fue cayendo.

”No se habla de esto porque fue espantoso, pero también porque no queda tanta gente que lo haya vivido. Yo soy de las muy viejas, de las que quedan. A ti te ha de parecer que el mundo no podría ser de otra manera… Pero fíjate. Por ejemplo, ¿sabías que antes no reciclábamos todo? Enterrábamos a los muertos. O los quemábamos. Y lo normal, lo que se suponía que había que esperar, era que hubiera agua en cada casa, electricidad en cada casa. Los parques solían estar llenos de árboles y pasto. Había millones de carros que se movían solos porque había combustible para hacer que se movieran. Ah, y otra cosa: a las mujeres nos trataban distinto. Había gobernantes, policías y soldados mujeres. Soldadas. No éramos todas propiedad del marido o del Jefe.

—Y además había cines por toda la ciudad —dijo Celeste, porque para entonces el cine ya me gustaba muchísimo—. No tenían mucha variedad, pero era fácil encontrarlos.

—Ay, sí, ajá —dije yo—. Eso no es cierto. ¿Quién les daba las películas?

—¡Sita! —dice Celeste ahora, y está alzando la voz aunque sólo sea para el audífono—. ¡Sita!

¿Ya me habló antes? Me distraje. No tengo tiempo de preguntar qué pasa, y no hace falta. No es sólo que la luna ya desapareció y no se ve nada de nada: una gota de agua me cae en la cara, y un segundo después siento otra y otra y muchísimas más, y entiendo que por fin las nubes de la tormenta están sobre nosotras.

Tenemos que buscar dónde meternos. Plebe y el Sombra ya están en eso. Oigo sus voces, veo desde lejos sus propias linternas y entiendo que corrieron para cruzar la avenida hacia el cine. Ahora nos hacen señas desde una abertura en la base del edificio. Hay un rayo en el cielo: puedo verlos claramente por un momento, y también que el sitio en el que están está debajo de un letrero cuadrado con una gran letra E, igual que la que hay en la entrada de los carros en el Fuerte. También veo que ese lugar tiene un techo.

Volteo a ver que mi abuela está conmigo, con su linterna encendida. Yo corro (tanto como puedo) hacia la abertura.

—Adelántate —dice mi abuela, y se detiene. Yo me quedo donde estoy, mirándola, de pie bajo la lluvia, para darle más dramatismo a lo que voy a decir.

(Como de película.)

—¿En serio? —hablo en voz alta. Ella me alcanza y las dos seguimos caminando juntas.

Todas sabemos qué pasa cuando hay tormenta. No hay más que esperar a que termine. Cuando ya estamos bajo el techo, nos quedamos allí un rato, mirando llover. O escuchando, porque sólo podemos ver algo más allá de donde estamos cuando cae un rayo. Mi abuela y yo nos secamos la cabeza con un trapo que nos presta el Sombra, pero en realidad no nos mojamos tanto: los mantos que nos consiguió son buenos.

—De aquel lado está la entrada a un centro comercial —dice Celeste—. Si se fijan, está abierto.

—Seguro lo saquearon hace mucho —dice mi abuela.

—Sí, pero seguro podemos encontrar algún lugar más elevado adentro si la lluvia se pone fea de veras, aunque por otra parte, el agua va a caer primero al estacionamiento.

Estacionamiento y *centro comercial* son palabras viejas también, de las que nada más usan Celeste y mi abuela, o los personajes de las películas.

Ya casi estamos en el límite de Xoco. Nos falta caminar unas cuadras nada más y llegar a una avenida todavía más grande que las que hemos cruzado hasta ahora. Se llama Río Churubusco, eso sí lo recuerdo, y lo más seguro es que pronto se convierta en un río de verdad, así que aquí nos vamos a quedar un rato. Tal vez hasta que amanezca: si eso pasa, tendremos que escondernos dentro del edificio hasta que vuelva a anochecer.

—La Tropa —dice mi abuela— debe estar parada igual que nosotras. Según lo cerca que estén de aquí, volverán al Centro o seguirán hasta Xoco, pero sólo hasta la mañana, creo. Y entonces avisarán que vamos.

—Tendremos que seguir escondiéndonos —dice Celeste.

Pasa el tiempo. Después de un rato apagamos las linternas y nos quedamos sólo con la luz de los rayos. Nos cansamos de mirar hacia afuera. A lo lejos, los edificios están vacíos y rotos. Siento que nos miran. Desde niña me imagino que las ventanas son como ojos. Ojos de muertos: los que ha habido en todas partes, y que se quedan en donde murieron. Mejor que los tapen la lluvia y la oscuridad.

No sé qué clase de película será esto –esta noche, mi vida, nuestras vidas–, pero no es una película de horror. No quiero que sea una película de horror. Me quito la caja de Celeste de la espalda.

Me la vuelvo a poner. No está bien relajarse aquí. Es lo primero que hacen las víctimas en las películas de horror, y así les va.

Plebe habla con mi abuela. No las veo, pero las oigo. El Sombra se me acerca: yo estoy en el borde de la parte techada, casi tocando la cortina de agua que cae afuera. Dentro de poco tendremos que ponernos más a cubierto: el agua ya debe de estarse encharcando y pronto va a subir de nivel.

—Nunca había visto tanta lluvia —me dice el Sombra.

—Ay, Sombra, ¿cuál?, si no se ve nada —le contesto. No lo

puedo evitar. A lo mejor nunca aprendo a hablarle “bonito”.

“Que se aguante”, pienso. Ya es bastante extraño tenerlo así, en este lugar, delante de mí.

Un rayo alumbra su cara para mí y puedo ver que sonríe. Como tonto. Como siempre. Pobre Sombra. También puedo ver un poco de la lluvia que cae. Él levanta la vista hacia el cielo, pero no se asusta ni deja de sonreír. Me empieza a decir algo cuando llega el trueno y no lo escucho.

—¿Qué? —digo, y me acerco un poco hacia él. Ahora me siento nerviosa.

Se ve otro rayo y el Sombra se está apartando de mí. No entiendo. Ya no sonríe. Lo siento tomarme por los hombros, tirar de mí y luego empujarme, para hacerme quedar tras él.

Me parece que el rayo ha durado mucho, pero oigo el trueno y entiendo que estoy viendo una luz diferente, que no es la del cielo. Que no viene del cielo. Escucho también otro sonido: chispas. Chispas eléctricas. Rayos pequeñitos, cercanos.

—Acuérdate también de esto —me decía mi abuela cuando me contaba la historia del mundo—. Los troceados nos empezaron a atacar *después* del Día Cero. Por ellos se acabó la primera guerra de los reinos. También nos dejamos de matar entre nosotros, al menos por un rato, porque ellos empezaron a atacarnos a todos.

”No han existido siempre. No fueron ellos los que tiraron el mundo. Y tampoco es cierto que sean Satanás, el Chupacabras, la Llorona o lo que sea que digan. ¿Me entiendes?

(Ahora, aquí, en la entrada oscura junto a nosotras, estamos viendo a uno de ellos.)

—Empezó a desaparecer gente —dijo mi abuela—. Siempre de noche. Primero no se notó, porque estábamos en guerra, pero fueron llegando historias de los que sobrevivían a los ataques, de quienes los veían de lejos. No eran de ningún bando y atacaban a todos por igual. Se fueron apoderando de más y más espacio, y ésas son las que ahora llamamos zonas M: las que quedaron vacías de gente. Luego los troceados no pasaron de ahí…, y qué bueno, porque si lo hubieran hecho hubieran acabado con todo. Seguro que en otras partes sí lo hicieron.

—Sombra, Sita —dice mi abuela y llega con Plebe hasta donde estamos antes de darse cuenta de lo que estamos viendo.

En el Centro, las mamás le cuentan a sus hijos historias sobre los troceados. Que tienen forma humana, pero horrible, dicen. Que son mitad demonios, hechos de metal, y mitad seres humanos. Que su parte humana viene de sus víctimas, a las que trozan, cortan en pedazos, e igual también les trozan pedazos del espíritu, cuentan, porque ha pasado que un troceado hable con la voz de un muerto, que tenga la cara de un padre asesinado o una hija perdida. Echan chispas al caminar o al hacer lo que sea que hagan para moverse, y gritan.

Y ahora, junto con mi abuela, con Celeste, con Plebe, con el Sombra, el pobre Sombra, con toda mi querida gente…

Ahora estoy viendo que todo lo que dicen, absolutamente todo, es cierto.

Tiene forma humana. Más o menos. Está hecho de carne y de otra cosa. Oigo los engranes y veo las manos. Una de sus manos no es mano en realidad, sino una pinza. Veo los ojos que son redondos, lentes negros, como de cámara. Veo los hombros de metal y las rodillas de carne. Veo la boca abierta y toda negra. Está aquí, con nosotros. Está un poco más adentro, más hacia el interior del estacionamiento. Debe haber salido de allá abajo.

A lo mejor estaba esperando.

—Yo creo que hubiéramos tratado de salir de aquí, del Centro, del valle en el que están todos los reinos, y donde es tan difícil sobrevivir, de no ser por los troceados —dijo mi abuela, hace mucho—. En cierto modo nos tienen atrapados aquí. Si tratáramos de salir todos juntos, nos caerían encima.

”En ciertos años hay más ataques suyos, en ciertos años menos, pero ahí siguen. Cuando hacen alguna gran masacre desaparecen por un tiempo, pero siempre regresan.

Y aquí, ahora, el troceado, que es altísimo, a lo mejor de tres metros o más, e igual de ancho, está cuando mucho al doble de esa distancia, a seis metros nada más, diez pasitos, del Sombra, que sigue necio en querer protegerme…

—¿Qué es eso? —pregunta Celeste en mi oído—. ¿Qué es lo que están viendo?

El troceado tiene una cara humana con una mueca de horror que no cambia. Es la cara de alguien. Es como si se la hubiera arrancado a un cadáver y se la hubiera puesto. Como una

máscara.

Y empieza a gritar.

CELESTE,
QUINCE DÍAS ANTES

Es sorprendente lo mucho que puede cambiar tu vida en dos semanas.

—¿Ya estoy anotada para ir? —me pregunta Sita.

—Ya —le contesto.

—¿Segura?

Se parece mucho a Lucina, su abuela. No sólo físicamente: no sólo por su cara redonda, su piel morena, sus hombros anchos, su cabello oscuro y lacio, que sería tan abundante como el de ella si lo dejara crecer. No sólo por el diente chueco que tienen las dos, a la mitad de los incisivos, y que es (creo) una de las causas por las que ambas sonríen poco, y casi nunca se permiten reír. A su modo, también es igual de ansiosa: tiene la misma voluntad que se agita y no se queda quieta.

—Sí, segura. ¿Estás segura tú de que quieres ir a eso?

No me contesta porque ya está llegando a la puerta de entrada. Allí la espera su escolta: tres soldados de los más jóvenes, de doce o trece años a lo más, que no saben que habla conmigo…, ni, de hecho, que yo existo. Sólo saben que tienen la orden de salir en este momento y que Sita va a acompañarlos. Y como es mejor que sigan así, Sita y yo aplicamos un consejo de su abuela: ser discretas. Nos quedamos calladas.

Sita entra en el vestíbulo, que es amplio y de techo enorme, vigas de madera de por lo menos hace un par de siglos y paredes de piedra, como todo el Fuerte, de hace seis, de cuando el Centro no era el Centro y ni siquiera el Centro Histórico: el área antigua, tradicional, de una ciudad mucho mayor. (Es de las pocas ventajas que tiene la gente aquí: los edificios de piedra, y en este reino hay una buena cantidad, se mantienen bastante frescos incluso en el verano.)

Los recibe otro soldado, sentado tras una mesa. Le dicen el Sombra: es el más moreno de todo el Fuerte, y en este turno

registra las salidas de Sita y los escoltas. No sabe escribir, pero aprendió a leer los números del reloj de pilas que tiene al lado, y va diciendo los nombres (o más bien los apodos) y las horas a un micrófono:

—Salidas. Puerta Aldaco —dice—. Sita, nueve quince. Oído, nueve quince. Jitomate, nueve quince. Nueve, nueve dieciséis. Cambio.

En el centro de control, que está en el segundo piso, y adonde llega la señal de todos los micrófonos, radios y cámaras del Fuerte, un soldado más va anotando lo que el Sombra dice en una hoja de cálculo. Ahora es el turno de uno al que llaman el Jarvy. Tampoco lee ni escribe gran cosa, pero ha aprendido a usar la computadora y varios comandos básicos de teclado, y hace su trabajo bastante bien. En el vestíbulo, el Sombra saca de una caja tres cinturones con fundas dobles, en las que ya están puestos la porra y el machete de bioplástico endurecido: armas para los chicos. A Sita no le da nada, pero ella ya trae su mochila negra, en la que lleva sus propias cosas, y su diadema, con el cable que lleva al transmisor en su cinturón, el pequeño micrófono a través del cual escucho su voz y un poco de lo que pasa a su alrededor, el audífono que llega a su oído izquierdo… y la cámara, pequeñita, disimulada, que de momento uso para ver lo que ella ve. Audio y video llegan hasta mí por medio de los transmisores que están instalados por todo el Fuerte, y de hecho por todo el Centro, y que forman nuestra red de comunicaciones: el trabajo de Lucina desde hace más de treinta años.

Los cuatro se ponen los mantos, abren la puerta de metal y madera y salen a la calle, cuyo nombre es Vizcaínas: un nombre de antes de que se cayera el mundo. Casi puedo sentir el golpe de calor cuando cruzan el umbral: la temperatura es de 31 o 32° a esta hora y luego se pondrá peor. Un grupo de personas conversa de pie al lado de la puerta, sobre la banqueta, pero se hace a un lado para dejarlos pasar. Todos aquí están acostumbrados a ceder el paso a los soldados y al resto de los sirvientes del Jefe. Los reconocen. Incluso pueden decir cuándo están en una salida de rutina, cuándo van a cobrar tributo y cuándo a alguna misión, camino de amedrentar o de castigar. Saben cómo son sus mantos blancos de yute, que los protegen del calor, y las fundas de sus armas. Saben que la insignia del Jefe: la calavera con las pistolas cruzadas que llevan estampada en sus camisetas de biotela, es la

de la autoridad incuestionable. Y le son fieles: creen que estarían peor bajo el dominio del Ajusco o de los Indios Verdes.

Además, el triunfo reciente del Jefe en su guerra contra Chapultepec (o Chapu, como se dice ahora) parece haber llenado a toda la población de algo parecido al orgullo patrio. La última batalla fue un ataque relámpago y sorpresivo, a medianoche, en una zona M. La Tropa arrasó con el ejército enemigo, se retiró casi sin bajas y el cacique de Chapu, el Perro Muerto, se murió de verdad, junto con su hijo mayor. El baile mensual del Fuerte se juntó con una celebración del Centro completo y duró casi un día entero. Varias canciones sobre esa batalla se han vuelto populares. Va a pasar algún tiempo antes de que otro reino se anime a atacar a éste.

—¡Hombres del Jefe! —dice uno de los transeúntes a los soldados y a Sita, y los cuatro lo miran con cara de disgusto, que es exactamente lo que se espera de ellos.

—Ya, váyanse, fugones —les dice el Nueve. Ellos se van. Sita no se molesta en aclarar que ella no es un soldado. Todos quedan (supongo) contentos.

Un momento después llega un carro de materia prima, vacío por el momento y tirado por doce hombres sujetos a él con arneses. Los hombres, que llevan camisetas holgadas y gorras de bioplástico, son "civiles" que trabajan como gente de tiro: doce horas al día están disponibles para mover carros o lo que se les indique, y se les da comida y una pequeña paga. Conduciendo el carro viene un soldado más (a éste le dicen el Eskín) y una muchacha:

—Pinche Sita —dice ella. Y Sita le contesta:

—Hola, pinche Plebe.

Sólo entre ellas se hablan de esa manera. Son de la misma edad. La abuela de Plebe —se llamaba Cecilia— fue la responsable del apodo de Sita: empezó a decirle "princesita" casi desde que nació porque odiaba a Lucina; se le hizo fácil odiar a Sita también, supongo, y tanto insistió en llamarla así que todos terminaron haciendo lo mismo.

Lucina y yo tuvimos que consolarla y, como no entendía, explicarle qué significaba "princesa":

—Es la hija de un rey —le dije—. Ya has visto a alguna en las películas que pasamos a las mujeres. La señora Cecilia usa la

palabra porque se dice que una princesa nunca hace nada útil por sí misma y sólo está esperando que alguien se case con ella. Ahora, escucha bien: está muy mal que la señora te diga eso, porque tú no eres así…

—Y más te vale que no lo seas nunca —agregó Lucina, para arruinar cualquier efecto tranquilizador de mi explicación.

Aquella mujer que odiaba a Sita lleva años muerta, pero el apodo se quedó, y la nieta, que de nacimiento se llamó Carmen, tomó la costumbre desde que aprendió a hablar. Sin embargo, Sita sí encontró el modo de contraatacarla a ella:

—A lo mejor —le dije, cuando me pidió ayuda— te sirve *plebeya,* que es lo contrario de *princesa,* o sea, la hija de alguien sin importancia. Alguien que no vale nada.

Y Sita le dijo y le dijo y le dijo plebeya, o plebe, hasta que todos terminaron por llamarla así.

Y (cosa muy rara, o tal vez no tanto) las dos se quieren mucho y son las mejores amigas.

—¿Te tocó venir? Vámonos —dice Plebe.

—Lo que sea —responde Sita— con tal de no estar ahí adentro.

—Realmente no es más que una clase con tu abuela —le digo en el oído, a través de su audífono—. Por otra parte, bueno, vas a tener más video. No olvides encender la cámara.

Los soldados suben a la parte trasera del carro y el Eskín coge las riendas y arrea a la gente de tiro. Se ponen en marcha. El carro se aleja del Fuerte por Vizcaínas hacia el Eje Central, que es la avenida más importante del reino: es de las que siempre están aplanadas y libres de restos. Sentada entre Plebe y el Eskín, al frente del carro, Sita voltea a mirar y yo puedo ver, a través de su cámara, cómo pasa ante su vista la mole de piedra del edificio. Me gusta verlo así. Al contrario de Lucina, que ha vivido aquí la mayor parte de su vida, yo nunca lo visité antes de la caída.

Noto que Sita comienza a grabar con su cámara. Tomo la señal de video para ir guardando todo aquí. También recogeré algunos minutos de las cámaras de vigilancia que tenemos puestas en la calle, para darle a Sita más material con el que editar.

—¿Anda muy insoportable tu abuela? —pregunta Plebe, mientras el carro llega al Eje Central y da vuelta a la izquierda.

—No tanto, pero hoy es lunes, acuérdate. Toca "capacitación" del Tuercas.

El Tuercas es el otro aprendiz de Lucina. No nos cae bien.

—Ay, el Tuercas, tu amigo —dice Plebe.

—Su novio —dice el Nueve, y los cuatro soldados en el carro se ríen.

—Pensé que ya no había bestias de carga en el Centro —dice Sita, enojada.

—¡Oye! —se queja el hombre de tiro que está más cerca de ella.

—¡Sh! Tú calladito —lo regaña el Eskín, pero el hombre todavía dice algo a quien está a su lado. No alcanzo a escuchar qué, pero Plebe y Sita sí, al parecer:

—Te están confundiendo con un soldado, tú —dice Plebe.

—Mientras no confundan con soldados a estos fugones de aquí, todo bien —contesta Sita.

Tengo que hablar de esto con Lucina (otra vez).

Ella ha insistido siempre en que Sita se vea como soldado. Bajo su manto lleva el mismo pantalón de camuflaje, las mismas botas, la misma camiseta negra con la insignia del Jefe. Sólo su mochila y aparatos son diferentes, y aunque *tiene* cabello (al contrario de los soldados, que van rapados desde que los admiten en la Tropa) lo lleva muy corto. De niño, como se decía en otras épocas.

En otras épocas, sí, también se hubiera dicho que se está tardando un poco en crecer. Sus curvas son escasas. Pero en un año o dos, lo quiera o no su abuela, se verá como las mujeres más mayores.

Todo es para protegerla, dice Lucina. Pero ella debería estar con Sita ahora, oír esta conversación. ¿No sería mejor pensar en otras alternativas? ¿En las que ya tenemos delante, por ejemplo…?

—Vieja tenía que ser —dice el Nueve.

Sita lo mira. Hay una cámara en un poste a veinte metros de donde va el carro; la apunto hacia ella, pero no logro distinguir la expresión de su cara. Tampoco es que haga falta.

El Nueve, flaco, cuyos ojos chicos y torvos he visto en muchas otras caras, le sostiene la mirada. Su apodo es nuevo: perdió un dedo el mes pasado, peleando contra Chapu, y ahora se siente obligado, por lo visto, a hacerse el rudo todo el tiempo.

—Serás bruja, pero igual eres vieja —dice.

—Bruja —le responde Sita—, mi abuela. Yo soy aprendiz de bruja. Y ella, acuérdate, es la que se encarga de mantener comunicado y seguro al Fuerte y al Centro entero, de que ustedes se entretengan, de que vean a Arnoldo y de un montón de cosas más que no podrías entender ni aunque tuvieras cerebro.

—Sita —dice Plebe, pero ella no le hace caso.

—Yo, en cambio —continúa—, *sí* tengo cerebro. Y *sí* las entiendo. Y un día yo seré quien se encargue de todas ellas, y a lo mejor entonces pierdes otro dedo de la mano o un pie o alguna otra cosa, y no encuentras quien te ayude. ¿Ya has pensado en eso? —el Nueve calla—. Claro que no. Tú no piensas. Eres tonto. Nunca te has preguntado por qué vives como vives. ¿O lo has pensado? ¿Lo ha pensado alguno de ustedes? ¿Eh? A ver, tú —ahora se voltea hacia el Jitomate—. ¿Por qué existe la Tropa?

El carro está dando vuelta en Salto del Agua. Está junto a los restos de la fuente antigua. A través de la cámara de Sita, puedo ver la expresión de desconcierto del Jitomate. Menos sabe qué contestar. Se está poniendo más rojo que de costumbre.

—¿Por… el Jefe? —dice al fin.

El Oído, el tercero de los chicos que salió con Sita, empieza a reír, aunque se calla casi inmediatamente. El Eskín se esfuerza por mantener la vista fija en el camino: los hombres que tiran del carro giran la cabeza hacia atrás tanto como pueden, intentando mirar a Sita de reojo.

—¡Eh, eh! ¡Al frente! —les grita el Eskín.

—Fugones —dice Sita. Esa grosería es nueva: posterior a la caída, al contrario de otras como pinche o pendejo. Estoy casi segura de que se refiere a Aquellos, a la gente que se fue, y ahora se me ocurre que podría preguntarle a Sita cómo la aprendió, dónde, de quién…, pero si se disgusta cuando empiezo a hablar de datos raros o personajes históricos, no quiero ni pensar cómo se pondría si me pusiera a interrogarla sobre cuestiones de lingüística y filología.

—Cuando te casen con el Tuercas —le dice el Nueve, con rencor—, él te va a domar con un solo dedo.

¡Pedazo de animal…! Pero Sita reacciona de inmediato:

—¿Cuál dedo, Nueve? ¿El que tú no tienes o el que te cortaron? —dice, y el chico enrojece, tartamudea, no puede

responder mientras las chicas, sus compañeros y hasta el Eskín y la gente de tiro se ríen de él.

(Eso fue muy rudo, pero me hace sentir orgullosa, la verdad: cuando fui niña nunca tuve ese ingenio. Qué Dorothy Parker ni qué nada.)

—¿Y de dónde sacas esas babosadas tú, Nueve? —dice Plebe, cuando ha dejado de reír.

—Pues andan diciendo —contesta él haciendo muecas.

—¿Quiénes?

—Unos.

—Ay, sí, ajá.

—Cuando vuelvan Aquellos pasará eso —se burla Plebe.

—Oigan, ya estamos llegando —dice uno de los hombres de tiro. El Eskín jala las riendas.

El carro cambia de carril sobre la avenida, pasando por encima de los restos de un camellón, para detenerse ante una plaza pequeña, delante de un edificio abandonado. Sobre la entrada del edificio todavía se leen las palabras "OFICINA CENTRAL DEL REGISTRO CIVIL", y no está en tan mal estado, pero no se usa. La multitud que está reunida sobre la plaza, y que se cubre del sol con trozos de plástico o mantos hechos de retazos, viene a ver la tarima, de madera y metal viejos, que está levantada en su centro.

—¿Dónde estás? —dice de pronto una voz distinta, más grave, en el canal que comparto con Sita.

—¿Dónde estás tú, Lucina? —digo yo—. ¿No estás en el taller? —y miro por una de las cámaras que tenemos allí, y sí, la encuentro. Está de pie y hablando a través de su propia diadema. En la mesa a su lado hay una computadora abierta y con varios componentes de fuera, y junto está el Tuercas, pequeño y encorvado, sentado en un banco y con cara de no saber qué hacer. En el fondo no es su culpa: la corte del Jefe se lo impuso a Lucina. Otro problema más de estos días.

—Sita —dice Lucina, para no revelar mi existencia al Tuercas, o tal vez sólo para no hablarme a mí—, te necesito aquí ahora.

—Vine a certificar acá, abuela —responde Sita—. A hacer el registro. Alguien tenía que venir a acompañar a la gente de la materia prima.

—¿Quién te lo asignó a ti? —cuestiona Lucina, pero desde luego ya se imagina la respuesta. Cuando no hay nadie mirando,

puedo suplir a cualquiera de los que se encargan de los registros y hojas de cálculo. Lo he hecho muchas veces—. Te quiero aquí en cuanto acabes —ordena, y corta la comunicación.

Pero esto va a tomar tiempo.

—¿Ya llegaron los del pelotón? —pregunta Plebe al Eskín—. No los veo.

—Están detrás.

—¿De la…? ¿De ahí? —pregunta Sita.

—La palabra —digo yo en su oído— sería *cadalso*.

Y sí, detrás de la horca puesta sobre la tarima —dos vigas verticales y otra transversal, de la que cuelgan cuatro cuerdas ya con el nudo— están otro grupo de soldados y los cuatro condenados. Son dos hombres y dos mujeres. No sé quién es quién, pero sí que una de las mujeres mató a alguien, que la otra mujer y un hombre robaban agua de un colector de lluvia, y que el otro hombre es un desertor de Chapu, que acabó aquí después de la batalla del mes pasado y se dedicaba a asaltar gente por las ruinas de Bucareli.

Yo tengo un par de cámaras cerca y puedo pasar de una toma a otra. Sita ve todo desde el asiento del carro, igual que Plebe, los soldados y la gente de tiro. Cuando suben a los cuatro condenados al cadalso pienso que debí darle a Sita al menos otro pretexto para saltarse la clase con su abuela. No es que ella no haya visto esto antes: en el Centro todos saben de estas cosas desde sus primeros años, y a la gente que ha venido por su cuenta, de hecho, le gusta: está aquí para entretenerse. No: es que la caída es la catástrofe de antes, las muertes de antes, el Día Cero, pero también es *esto*. Esto que sigue pasando.

No sé si he hablado lo suficiente con Sita acerca de todo esto.

El anuncio de las sentencias lo da un teniente, hablando a través de un megáfono, y es rápido. Las ejecuciones también. Lo más prolongado ocurre entre una cosa y la otra, cuando los condenados son puestos en el borde de la tarima para que el público los insulte. Al que peor le va es al de Chapu, a quien reconozco porque lo han vestido con ropas de color verde, parecido al de su ejército. Hasta la gente del carro le grita. Alguien le avienta un trozo de ladrillo. Otros piden que lo echen a la zona M para que se lo coman los troceados; hace años que dejó de hacerse eso, pero por lo visto hay quien extraña ese espectáculo.

Ninguno de los cuatro dice nada hasta que empiezan a ajustarles la cuerda alrededor del cuello. Entonces, el hombre que no es de Chapu empieza a llorar a gritos, y una de las mujeres le dice varias cosas, de las que alcanzo a oír la última:

—Te digo que tengas un poco de valor. De paciencia.

La otra mujer reza con la cabeza inclinada, y en el último momento el de Chapu empieza a hacerlo también. Ella logra terminar su oración. Él no.

Más tarde, la gente de tiro se desata del carro para subir los cuerpos a la caja. Ahora la tarea es llevarlos a una de las plantas tratadoras de la calle Lisboa para reciclarlos: como los cuerpos de todos los que mueren en el Centro, ahora serán abono, biomasa y otros componentes con los que fabricamos cosas. Sus ropas serán recicladas también o simplemente dadas o vendidas a otras personas. Plebe, que es de las mujeres encargadas de limpieza y reciclado en el Fuerte, los entregará. En el camino harán una sola escala para recoger otro cuerpo: el de una mujer que murió durante el parto en la calle Lucerna. Sita recibe el aviso por radio desde el Fuerte mientras da al Jarvy el informe de la ejecución.

Los cuerpos son envueltos en bolsas de biotela gris, de la más frágil. Sita los observa sin apartar la mirada y sin hacer movimientos bruscos. Me doy cuenta de que está intentando que la toma salga bien… Tendré que hablar con ella pronto. Y también con su abuela.

Cuando el carro se pone otra vez en movimiento, el Eskín da permiso a la gente de tiro y los hombres, sudando bajo sus camisetas y sus gorras, levantando una pequeña nube de polvo con cada paso, se ponen a cantar una de las canciones de moda:

Allá el enemigo
nos deseaba la muerte,
pero no contaba
con la fuerza del Jefe.
Sus cuerpos quedaron
tirados en el suelo
¡y después los troceados
se llevaron los restos!

SITA,
CATORCE DÍAS ANTES

El día siguiente es martes, así que hay mercado. Al mediodía, luego de mi clase (al menos la de hoy fue sin el Tuercas), me toca ir. Voy con Plebe y ahora es ella quien sale un poco sin permiso.

—Pinche Sita, me van a castigar. ¡Ya no me hagas hacer estas cosas! —me dice cuando salimos. Pero igual aquí está. A ella le encanta el mercado. Además, como no está tan lejos, vamos a pie y nos cuida (ja) un solo soldado, y su apodo es de los ridículos: le dicen el Chafatrón—. En serio, al rato me van a poner a limpiar letrinas toda la tarde.

—Hasta al rato —le contesto, y voy a decir que al menos no se va a encontrar algo tan feo como el Chafatrón en las letrinas del Fuerte, pero no lo digo. Él no ha abierto la boca todavía: nada más camina a nuestro lado y nos mira de vez en vez. Mejor me espero a ver si después se pone idiota, aunque no creo que lo haga: es de los soldados más nuevos, y todavía se cree muchas de las historias de miedo que le cuentan acerca de la Bruja del Fuerte. Y de su nieta—. A mí mi abuela me echó ayer a la letrina… —veo a Plebe abrir la boca y digo—: ¡No, tonta! Es chiste. Me regañó por haberme ido contigo.

No le digo que también regañó a Celeste porque no se lo debo decir. A ella le dijo *alcahueta,* que es una más de sus palabras viejas. ¿Cómo puede estar siempre enojada por algo? Se parece al sargento de la película aquella, ¿cómo se llamaba? Tengo que preguntarle a Celeste…

Hablando de Celeste, ella tampoco ha dicho nada desde hace rato. A lo mejor está ocupada en otra cosa. Meto la mano en el bolsillo de mi pantalón y aprieto el botón del control remoto para encender mi cámara. Si Celeste no está mirando, lo que grabe se quedará en el disco que llevo en la mochila, pero después lo podré pasar a las computadoras.

Plebe y yo nos vamos platicando todo el camino, que es por Aldaco, una calle chiquita que parece hecha para llegar hasta la de El Salvador, a medio mercado. Ya empezó el calor feo del día: veo gente detrás de muchas ventanas en los edificios que no están destruidos ni abandonados, pero nadie saca la cabeza. Qué bueno que estamos tapadas.

—¿Y el Móder? —le digo a Plebe.

—¿Qué del Móder?

—Ay, por favor —pero no logro sacarle nada. El Móder es un soldado de dieciséis años, cinco de vivir en el Fuerte, y que alguna cosa hizo antes de no morirse en la batalla con Chapu: no lo bajan de héroe—. ¿Qué pasó? ¿Lo viste ayer? ¿Te dijo algo? ¿Ya hizo una fugonada? ¡Yo te dije que iba a hacer una…!

—¡No! Luego te cuento —es lo más que me dice Plebe, y mira al Chafatrón. Él voltea para otro lado.

—Cuando vuelvan Aquellos me vas a contar, qué. Al menos dime si sí quiere contigo…

—Ay, ya. Mejor platícame qué vamos a buscar hoy.

Plebe y yo somos muy diferentes. No es sólo que ella sí se viste de chica: que tenga su uniforme, el que usa para limpiar y transportar cosas a las plantas, y una falda, un pantalón y una camiseta como color café oscuro, pero que se nota que alguna vez fue roja, y huaraches, y su manto, que es de retazos, pero bonito, hecho con gusto por su mamá. Tampoco es que ella misma sea bonita (sí es: carita ovalada, nariz y boca chiquitas, ojos negros y grandes), ni que tenga el pelo largo… Aunque, ¡cómo envidio su pelo! A mí nunca se me aplaca por lo cortito que lo llevo, y ella lo puede traer suelto, o en una cola, o como sea.

—Vamos por material eléctrico, unas piezas que encargó mi abuela hace no sé cuánto, y lo de siempre, un montón de cosas viejas —le digo.

—¿Pero qué cosas viejas son? ¿Ya sabes, les dijeron? ¿O es una sorpresa? ¿Fotos, libros, discos? ¡Dime, Sita!

Lo que mi abuela tiene de amargada (o yo de enojona, de odiosa, sí soy), Plebe lo tiene de alegre. Todo lo vemos distinto. Todavía no anda con el Móder (creo) y yo ya estoy esperando a que él se pase de fugón con ella. ¿Y qué pasa si le cuento lo que me dice mi abuela, todas las cosas que le preocupan del Fuerte, del Centro, de la vida? Que no le importa. O más bien no le pesa,

como a mí.

—¿Es culpa tuya que una máquina se descomponga? ¿O mía? —me dijo una vez—. ¿Es nuestra culpa que tu abuela tenga broncas? Hay cosas que tienen arreglo y cosas que no tienen —y me señaló una calle en la que estábamos, y en la que todos los edificios y casas estaban derribados.

Ahora estamos llegando al mercado, así que le digo:

—Ahorita vas a ver qué es lo que llegó.

En el Tesoro hay fotos de cómo era antes esta calle. Aquí se vendían cosas, pero no era un mercado. En vez de puestos había tiendas, cada una en su propio espacio dentro de algún edificio, cerrada con puertas o cortinas de metal. Ahora no queda nada de eso, y cuando no hay mercado la calle se vacía.

Plebe, yo y el Chafatrón (que saca el pecho, supongo que para verse más temible) nos metemos entre dos puestos que están delante de edificios en ruinas. Otros están dentro de los espacios que dan a la calle de alguna de las tiendas antiguas. Todo está cubierto con lonas de plástico que han de tener la edad de mi abuela y están sucias y parchadas.

En las películas de ciencia ficción salen mercados parecidos a éste, pero siempre se ven bonitos, con niebla, luces de colores y mucha mercancía. Mucha agua también. Comparado con ésos, este es un mercado muy triste, muy oscuro, aunque supongo que la demás gente no se da cuenta porque es el único que conoce.

Estoy grabando todo con mi cámara: puestos, gente, los pregoneros, los músicos que tocan delante de algunas mercancías para llamar la atención y ganarse una propina. Se me ocurre una idea:

—A ver, Plebe, dime, ¿qué estamos viendo? —volteo a verla.

Si la cámara está funcionando, y si no la tapa un mechoncito de pelo —como me pasó ayer de regreso de la planta tratadora, qué coraje me dio— debe apuntar más o menos hacia donde yo miro. Así que ahora Plebe está *a cuadro*: va a salir en la imagen (*a cuadro* es viejo, pero no de mi abuela, sino de Celeste).

—¡Sita! —dice Plebe.

—A lo mejor aquí nuestro escolta nunca ha venido.

—No, sí he venido —dice el Chafatrón. ¡Tiene voz de niño todavía! Me volteo a mirarlo.

—¿Qué hay aquí, Chafatrón? Haz de cuenta que nunca hemos venido. ¿Qué estamos viendo?

Pero ninguno de los dos me da el gusto, él porque no entiende y ella porque no quiere. Está bien, no importa: después puedo grabar una pista de sonido para acompañar este momento. Podría decir algo como:

Todos aquí en el barrio, quieran o no, pueden oír la música y los pregones de los vendedores en esta calle, que anuncian partes y aparatos, herramientas, ropa, remedios mágicos (o no) y muchas otras cosas. Cambias lo que tienes por lo que te falta. Si en el huerto de tu casa te sobró comida, vienes y te puedes comprar un calzón para ponerte. Si eres el Jefe, o de la gente del Jefe, puedes pagar con más comida una botella de alcohol antiguo, de las que todavía se encuentran en algunas ruinas. Si alguien en tu familia se murió o se fue, puedes cambiar algo de su ropa por un pedazo de bioplástico para tapar un hoyo en una pared, por quince minutos con un doctor para que te saque una muela o por el consejo de un vidente. O cualquier otra cosa. Y si no tienes nada, también puedes pagar: te subes una o dos horas a una máquina para pedalear y recargar pilas, te ofreces para levantar o mover cosas, vendes un poco de tu sangre, o si alguien te quiere usar de otro modo, quedas. Dicen que en Chapu se vende y compra gente para que se la coman. Celeste dice que eso es propaganda del Centro para que odiemos más al enemigo. Yo no sé. En todo caso, aquí comer gente está prohibido. Es regla del Jefe, y otra es que si no te pones de acuerdo en cuánto vale una cosa, la gente que él manda a supervisar es la que decide. El que está junto a aquel puesto es uno de ésos: se ve porque tiene nuestra insignia. Ah, y otra regla: si venimos del Fuerte o de un cuartel del Jefe, pagamos menos. Celeste dice que eso se llama descuento.

En las películas hay una cosa llamada dinero*, que son papeles de diferentes colores que sirven para comprar todo, pero aquí eso no existe, sobre todo porque el papel es muy difícil de hacer. Una vez le pregunté a mi abuela, y me dijo que el dinero era como la tierra para sembrar o como muchas plantas y animales, es decir, que aquí en el Centro ya se estaba acabando antes de que el mundo se cayera. Por ejemplo, ¿conocen las palabras* caballo *y* vaca*? Pues esos animales ya sólo se ven en las películas, o sea que la mayoría de la gente de por aquí no los ha visto jamás. Y fuera de la gente del Jefe, la leche que se conoce en el Centro es la de soya. Y así por el estilo. Lo que hay es lo que puede vivir en el territorio que tenemos.*

Pero mejor miren cómo Plebe pone cara de fascinada con todo lo

que ve. La verdad es que no es la única. Aquí viene gente de todo el rumbo y también de más lejos: extranjeros. A esos los reconoces por su aspecto: su ropa, sus insignias… Los de Lindavista llevan un tatuaje en la frente, así que con ellos es fácil. Esa mujer es de allá, por ejemplo. No los atacamos porque si están hasta acá es que han venido a comprar: se vinieron en una caravana, tienen permiso, tienen con qué pagar… Algunos traen hasta un guía pagado. Aquella debe ser la guía de la mujer de Lindavista: también trae insignia. Los únicos que no pueden pasar nunca son los de Chapu, porque a esos no los queremos, como ya dije, y apenas les acabamos de partir la madre.

Este es el puesto del señor Elodio.

Ya llegamos.

Es un viejo, a lo mejor tan viejo como mi abuela. Es flaco pero con panza, con barba y un pelo largo y blanco que también le envidiaría si no estuviera siempre sucio y enredado. También huele mal, y no como Plebe o la demás gente de limpieza cuando se ponen a trabajar, quién sabe qué es, pero nunca me he acercado tanto a él y mejor sigo así.

(Mi abuela dice que estoy malacostumbrada porque en el Fuerte nos hacen bañarnos dos o tres veces por semana. Pero cuando habla del mundo antes de que se cayera, siempre se queja de que entonces la gente se bañaba diario. Parece personaje de películas de desastre, de los que siempre están quejándose de lo mucho que perdieron cuando llegaron los marcianos o los zombis.)

—Hola, damita —me dice Elodio—. ¿Cómo te va, cómo está doña Lucina? ¿Cómo están, muchachos? Tú eres hija de la señora Mabel, ¿no? —le dice a Plebe, que arruga la nariz. Creo que lo huele. Él sigue sonriendo—. Y usted es soldado, señor —le dice al Chafatrón, que no sabe qué hacer ni qué decir. A lo mejor es la primera vez que alguien le habla con respeto—. ¿Qué se les ofrece, qué les doy?

En una parte de su puesto, Elodio tiene cuchillos, navajas, zapatos y otras cosas hechas de bioplástico que le vende a la gente. En la otra tiene sus antigüedades (así les dice: es otro que usa de esas palabras). *Antigüedad* es un objeto hecho antes de que el mundo se cayera: Elodio tiene ropa de tela, zapatos de cuero, platos de vidrio, cajas de madera, adornos, relojes, pelotas,

aparatos que no se sabe exactamente para qué servían, materiales de curación, viejas pantallas, cuadros y fotos…

Nosotras le compramos mucho. Para el trabajo del Fuerte nos vende material eléctrico y electrónico, del que ya no se hace en ninguna parte.

—Vas a ver qué maravillas les tengo hoy. Mi asistente se encontró a unos muchachillos que se meten a una zona M, no quieren decir a cuál, a excavar en unas ruinas, con gran riesgo… Que a uno ya se lo comieron los troceados, dicen. Cuando vuelvan Aquellos sabremos si es verdad, por supuesto…

—Que no sean tarjetas quemadas, ¿eh? —le digo yo, para que no me siga contando—. Ya vimos que luego no revisa. ¡Los discos de la otra semana estaban todos llenos de virus! Y los lentes esos de realidad virtual…

—Ay, linda, me ofendes —dice él—. Y eso que les tengo también un montón de cosas especiales.

Ya tiene hecho un paquete con las pilas recargables (doce, de distintos modelos), un cargador, un transformador, diez memorias USB y de otros tipos, dos cajas de discos compactos, seis discos duros de diferentes clases y tamaños, tres docenas de tarjetas con diferentes chips (¡dos nuevas, todavía con envolturas!), rollos de soldadura, alambre, cables. Nos da todo en una caja de cartón reciclado.

—¿Y mis piezas? ¿Ahora sí están?

—¡Aquí están! —dice, y me da dos cajas nuevas—. Me costó, pero las conseguí. Ve los números de parte, ábrelas. Éstas vienen de otra banda que conoce mi asistente. Ellos no sabían lo valiosas que son. Nomás las tenían ahí. Y ahora… ¡Agustín!

De la parte de atrás del puesto sale su chalán, que es un chico de unos doce años, con trenzas negras y tres pelos de bigote. Él trae lo “especial”: otra caja más con tres libros, cuatro revistas y fotos, cintas, discos y memorias.

—Para la colección de tu abuela —dice Elodio.

Pensándolo bien —voy a decir en el video—*, creo que soy una odiosa porque tengo que guardar un montón de secretos. A ver: el secreto de Celeste; el secreto de que estoy haciendo esta película; el secreto de que mi abuela compra todas las antigüedades para digitalizarlas y meterlas en el Tesoro, y no para guardarlas. Y, además, el secreto de que…*

En la caja de cosas para mi abuela, arriba de todo lo demás, está una memoria USB de color negro. La reconozco. En realidad está vacía. No tiene circuitos ni nada adentro. Se abre y en el hueco se puede meter algo chiquito. Algo como…

—Esa memoria nos llegó ayer, en la última caravana desde Xoco —dice Elodio.

Otro mensaje.

Hay secretos que no son tan importantes. Plebe sabe de mi película, y más gente me ha visto meter antigüedades en el Fuerte para mi abuela. Se sabe que el Tesoro existe: se sabe que mi abuela le agrega cosas, y está bien, porque mucho de eso se usa para ayudar en el Fuerte y en todo el Centro. Hasta lo de Celeste podría tener arreglo si alguien se enterara.

Pero, ¿esto? ¿Que mi abuela se manda mensajes secretos con alguien en otro reino y que lo ha estado haciendo durante años? Lo único peor sería que se estuviera comunicando con Chapu. En vez de los cuatro que llevamos ayer a la planta tratadora, habría estado ella. Y yo, a lo mejor.

No sé qué son esos mensajes, qué dicen. Mi abuela nunca me ha querido contar. Otra de las muchas cosas que hace supuestamente para protegerme. Y no sé si quiero saber.

No. Sí quiero, claro que quiero. Ya sé que si se lo pido me va a decir que no. Siempre dice que no. Pero ya se lo he estado pidiendo durante mucho tiempo. Tal vez me diga que sí antes de que vuelvan Aquellos.

Ahora, lo que tengo que hacer es aceptar la caja, no decir nada, sacar la USB falsa y guardarla en mi bolsillo. Y pagarle a Elodio.

—A ver, Chafatrón, sostén esto —le doy la caja de los electrónicos—, y esto —las cajas de piezas—, y esto… no, no, es broma. Plebe, tú sostén esto —y a ella le doy las antigüedades. Ella me recibe la caja y se pone a revisarla. Le gusta salir conmigo al mercado, y adonde se pueda, porque así no está siempre en el Fuerte, pero sobre todo porque es muy curiosa. Le gusta encontrar cosas nuevas. Creo que es por las películas: las dos sabemos que son mentira, que lo que se ve en ellas no es cierto, pero a Plebe le gusta pensar que podría existir en alguna parte. Que sería bonito poderlo visitar.

Me quito la mochila y saco de ella la paga del señor Elodio. Cuando la ve, Agustín, el asistente, se queda con la boca abierta.

El Chafatrón también.

—Cien gramos de queso de cabra —le digo a Elodio—, como habíamos quedado.

—Ay, qué felicidad. Muchas gracias —dice Elodio, lo toma y lo guarda.

—Ojo: acuérdese de que no es nada más para esta entrega…

—Para todas las del mes que empieza, bonita, claro que sí —dice Elodio—. Todo lo que haga falta. En donde vivo hay un pozo, le echo algo de agua, meto el quesito en un envase hermético y así se mantiene. ¡Uy, voy a hacer que me dure, vas a ver que sí!

No estoy segura de que un mes entero de mercancía valga esa cantidad de queso, que además está recién hecho, fresco, que huele tan rico. Pero entiendo. En ningún lugar del Centro hay cabras (ni gallinas ni conejos), más que en el Fuerte y en algunos cuarteles; mi abuela quiere que Elodio nos siga siendo fiel.

La otra parte de su negocio es que organiza caravanas, las guía y visita con frecuencia los otros reinos. Él es quien trae los mensajes desde Xoco y quien lleva allá los de mi abuela.

—Adiós, bonita, niña, señor. Que les vaya muy bien y aquí estamos a sus órdenes.

Nos vamos de regreso al Fuerte. El Chafatrón sigue cargando las tres cajas que le di y yo llevo las antigüedades. En el camino, Plebe dice:

—A mí me gustaría ir alguna vez a un viaje. De los que él hace.

—En todos lados ha de ser igual —le respondo.

—No tienes corazón, tú —contesta Plebe—. Has de probar el queso y te ha de saber igual que el tofu.

—Yo nunca he probado queso —dice de pronto el Chafatrón.

—Yo lo he probado pocas veces —añade Plebe—. La primera fue cuando Toña se casó, ¿te acuerdas, Sita?

—Ahí lo probé yo también. Tú —me dirijo a él— ya verás que pronto lo pruebas. Sé valiente. Siempre fuerte.

—Al Jefe —el Chafatrón completa el lema con mucho gusto. ¡Todavía es un niño!

Pienso que, a juzgar por cuánto tiempo viven los soldados del Jefe, no vivirá mucho, y lo volteo a ver para grabar su cara de entusiasmo. Entonces se me ocurre decirle:

—Oye, ¿y por qué te pusieron Chafatrón?

Pero él me mira con enojo y ya no vuelve a decirnos nada hasta que llegamos al Fuerte. En la entrada se va de prisa. Apenas se detiene a poner las cajas en el suelo y darle sus armas al guardia de la puerta.

—Todo bien —dice, tan rápido como puede, y se va.

—¡Oye! —grita Plebe—. ¡Todavía no acabas!

—¿Qué le pasa? —pregunto.

—Ay, Sita —me contesta Plebe—. Oye, ¿tú sabes por qué le pusieron el apodo que tiene?

Ahora le habla al guardia de la puerta, al que le dicen el Sombra por el color de su piel. "¡Qué racistas!", diría mi abuela si estuviera aquí, y estaría haciendo caras, y luego me explicaría qué es *racismo,* aunque me lo ha dicho muchas veces… Otra más de sus antigüedades.

La palabra sirve, eso sí, porque al Sombra lo desprecian un poco: este trabajo que tiene es para los soldados que han perdido un brazo o una pierna, y él está completo (si hasta creo que peleó en la batalla contra Chapu), y hasta donde sé no ha hecho nada peor que los demás ni es más listo o más fugón que ellos. Y tampoco es mucho más oscuro que el resto de nosotros. La gente siempre está buscando a alguien a quien rebajar, dice mi abuela también, y le daría la razón si no fuera porque cuando lo hago siempre se pone insoportable.

—Creo que cuando entró quería que le dijeran el Megatrón, como el malo de las películas esas —dice el Sombra—. Pero como es una pinche basurita…

Sonríe y se ve un poco tonto. Yo lo miro un poco más porque su color me gusta: me recuerda el de varios de los que se ven en otras películas. Hago una toma (es decir, me quedo mirándolo) para ver bien su nariz, que es grande, pero fina, un poco desviada hacia la izquierda por algún golpe. También veo sus labios, que podrían ser un poco más gruesos.

Pero sólo es un momento, porque él voltea a mirarme.

—Ah, pues qué sensible —digo—. Todo bien, Sombra. Vamos a pasar. Plebe, ¿me ayudas a cargar eso? Hay que llevarlo al taller de mi abuela.

CELESTE,
TRECE DÍAS ANTES

Así son nuestros días en el Fuerte, sede principal de la Tropa del Jefe, en el reino del Centro, en el año 36 después del Día Cero, cuando se fueron (se fugaron) Aquellos. También podría decir: México, o lo que queda de él, a comienzos del siglo XXII del antiguo calendario, pero, ¿quién se acuerda de todo eso, salvo Lucina, yo y muy pocas personas más?

(A veces pienso que nadie. Francamente. Que no queda nada más allá de los reinos. Pero acá, al menos por ahora, la vida sigue.)

—¿Ya lo leíste? —pregunta Sita.

—No —responde Lucina.

—Desde ayer lo tienes.

—Sí, y no he tenido tiempo. Ya lo veré.

—¿Y yo?

—¿Tú qué?

—Yo también quiero verlo.

—Ay, Sita, otra vez. Mira, no tenemos tiempo ahora. Hay que ir a trabajar.

Lucina mira hacia el monitor donde ve mi cara. La cámara está en el borde superior de la pantalla, y ella debería mirar hacia la lente para que yo sintiera que me ve a los ojos. Pero casi nunca lo hace. No me gusta, aunque ya me acostumbré.

—¿Verdad, Celeste?

—A mí no me metas —contesto—. Yo ya te dije…

—Todavía tenemos trabajo que hacer —me interrumpe Lucina. Y a Sita le dice—: hoy es día de cine, ¿te acuerdas? ¿Miércoles?

Trae su ropa de trabajo, pero la verdad es que rara vez no usa su ropa de trabajo. Su overol negro, sus lentes grandes y redondos, la diadema todavía más grande que la de Sita, su mochila cangurera sobre la cintura, sus botas de minero. Se ve de

la edad que tiene —cincuenta y ocho años—, pero el tiempo la ha vuelto dura en vez de frágil. Su pelo largo, gris, está atado en un chongo grande y apretado. Tiene arrugas en la cara y grandes bolsas bajo sus ojos, pero siempre está alerta y resiste más esfuerzos que varias personas más jóvenes de por aquí. En el Centro la llaman "bruja" por las cosas a las que se dedica, y que ya muy pocos entienden, y porque es mujer: la única en la jerarquía del Jefe. Pero la verdad es que muy pocos la conocen.

Por ejemplo, esa expresión dura y severa que tiene es, en el fondo, de preocupación. Esta discusión está ocurriendo con más frecuencia que antes, y es que Sita ya no es una niña. Tal vez hoy no llegue a nada, pero no va a dejar de suceder.

O tal vez sí ocurra algo diferente hoy:

—Ay, abuela —dice Sita—, por lo menos que me entere antes de que me cases.

—¿De que te *case*? ¿De dónde sacas que te voy a casar?

—Andan diciendo.

—¿Quiénes?

Sita no responde, pero hace un gesto con los brazos abiertos. *Unos*. *La gente*.

—Ay, niña —dice Lucina—. Vámonos.

Parece que no, pero ahora Lucina está alterada. ¿Le hablé de lo que el Nueve le dijo a Sita el otro día? Creo que no. Debe ser la primera vez que Lucina escucha algo así. Voy a tener que prestar atención a ver qué más se dice en el Fuerte.

Y ahora vamos al cine. O van ellas, Lucina y Sita, pero yo las sigo. Las veo salir del taller a través de las cámaras que tenemos aquí. Luego las observo mediante las cámaras de afuera, que están instaladas por todo el Fuerte, y también a través de la cámara de Sita, que se enciende y empieza a transmitir. A pesar de todo, ella sigue pensando en su proyecto.

Por unos segundos, la cámara de Sita apunta a los escalones de piedra, anchos y desgastados, por los que ambas bajan del primer piso a la planta baja. Luego veo el suelo de piedra, las paredes y el techo delante de Sita, y la toma sube y baja con ella mientras camina. Hay una pared con puertas a la derecha y arcos a la izquierda de Sita: los arcos fueron construidos hace casi seiscientos años. Los pasos de Sita y de su abuela hacen eco sobre el suelo. Las dos salen al primer patio techado y empiezan a cruzarlo. No pueden pasar a través del plantío en medio del

patio, que está encerrado en un invernadero de bioplástico translúcido: paredes y techo para poder regular su humedad y temperatura; las dos van por el costado, bajo otro tramo de arcos.

Sólo se ven mujeres a su paso, como Federica, una de las encargadas del plantío, o algunas de la gente de limpieza de la señora Mabel. Pero es porque están a punto de dar las cinco: salvo unos cuantos hombres de guardia, todos están en el cine. A las mujeres les toca su propia función un viernes sí y otro no.

Lucina no habla y Sita tampoco.

Sobre los arcos de piedra hay más arcos, del siguiente piso. El Fuerte tiene tres. Este edificio es más antiguo que el Palacio, donde vive el Jefe, pero igual es un lugar de los mejores, o eso le dicen a los soldados si ganan el torneo, su prueba de ingreso. Los que son asignados aquí son la envidia de todos los demás. Sita y Lucina aprietan el paso: la toma se mueve más y las oigo respirar con esfuerzo.

En el siguiente patio está el salón grande que se usa para el cine. Aquí hay otro plantío, así que otra vez deben ir por el costado. Cuando por fin llegan al salón, y las ven entrar, algunos de los más de cien soldados que las esperan empiezan a cantar a coro:

—¡Ci-ne! ¡Ci-ne! ¡Ci-ne! ¡Ci-ne! —y a la tercera o la cuarta vez que lo dicen ya son todos, y están gritando.

Lucina y Sita se ponen deprisa a trabajar. El equipo para la función está aquí, pero hace falta conectar el proyector atornillado al techo, y también las cuatro bocinas grandotas, de las que se usan en los bailes, para que todo el mundo oiga bien. Sólo en el Palacio, aquí y en otros pocos edificios de la Tropa, en los que hay generadores eléctricos, pueden usarse aparatos como éstos. Lucina va sacando de su bolsa los cables necesarios, que son otros objetos preciosos.

—¿Cuál va a ser hoy? —pregunta a Sita uno de los soldados.

—Que sea con muchas explosiones. Que los maten bien fugón —otros dicen—. Que salgan monstruos. Viejas buenotas —más atrás, en el montón de los que están esperando, se oye que hablan, se ríen, chiflan.

Cuando está terminando, un soldado se acerca a Lucina. De hecho es el Vegueta, el capitán de todo el Fuerte. Cuando fue ascendido, el año pasado, se dejó crecer el pelo, y salió erizado y

grueso: a los soldados les recordó a un personaje de una película animada… Es de los pocos que ha tenido más de un nombre dentro de la Tropa. Y tiene veintiún años: ya duró más que todos los capitanes que me ha tocado ver. Es como el héroe de todos los niños, lo que sus soldados quieren llegar a ser.

—Oiga, señora…

—Capitán —dice Lucina. En el salón no hay cámaras, pero puedo verlos y oírlos desde la diadema de Sita.

—Oiga, quiero que pasen la que me gusta. La de los que se meten a la realidad virtual. ¿Sabe cuál? ¿Una en que se visten como viejas y pelean bien perros?

—¿*Matrix?* —dice Sita.

—La de que aprenden a pelear porque se conectan a la computadora.

—¡No, capitán! —dice un soldado a espaldas del Vegueta—. ¡Ésa ya la vimos! ¡La pasaron hace dos semanas!

—¡Cállese, fugón! —dice el Vegueta, y se vuelve y le da un golpe en la cabeza. Pienso que va a tener que aprender a transigir en esta y otras cosas: a darle un poco más de gusto a sus subordinados, pero no va a ser hoy. Lucina se limita a decir:

—Como usted diga. ¿Sita?

—Ahí voy.

—Ya oí todo —le digo, para que vea que estoy al tanto.

El cine es parte de los lujos que se dan a los soldados en el Fuerte. Algo que se puede presumir igual que comer bien tres veces al día y tener armas, alcohol, poder y mercancías, y hasta sexo si les va bien.

Entre el público de hoy hay un soldado de cada uno de los cuarteles que existen por todo el Centro. Para ellos, el cine es recompensa especial, por algún trabajo bien hecho o un acto de valor. Todas las películas provienen del Tesoro: de los varios exabytes de información de antes de la caída que yo conservo.

—¿Esas brujas quiénes son? —dice un soldado. Sita lo oye y voltea bruscamente, imagino que a buscar quién fue. Imagino también que debe estar disgustada.

—La bruja —responde alguien más, no se puede ver quién— es la que hace las películas.

—No es cierto, las hace Arnoldo.

—¡Cállense! —dice el Urko, uno de los tenientes del Vegueta.

—Después de la película, ¿les pasamos un episodio de serie,

como estaba previsto? —le pregunto yo a Sita, que está terminando de encender y ajustar el proyector.

—No les pases nada —murmura. No sé si hacerle caso. Yo tenía pensado poner hoy una película de mediados del siglo pasado, de las últimas antes de que empezara el caos en serio. En cuanto a series, estamos en los primeros capítulos de *Fuerza G,* que es una del siglo xx… El único criterio para elegir, en todo caso, es uno que debemos respetar porque lo decidió el Jefe: deben ser películas de mucha acción en las que se vean hombres fuertes. Las mujeres ven películas "románticas" (ay de nosotras) y las pornográficas son sólo para el mismo Jefe y sus cortesanos. Ésas las manejan en el Palacio, sin que yo intervenga: yo les hice su copia hace años, y allá ellos.

Preparo los archivos de la película y la serie (finalmente sí elijo el episodio que sigue de *Fuerza G*) y los pongo en una cola de reproducción automática, de la que no necesito ocuparme. Cuando Lucina termina de apagar las luces algunos gritan de emoción, aunque siempre tratando de hacer que su voz suene grave ("de hombre", los he oído decir). Hay sillas para el capitán y sus tenientes hasta adelante, cerca de la pared blanca a la que apunta el proyector, y el Vegueta ocupa una. Sita y Lucina van a otras dos sillas, del lado derecho y más atrás, junto a la mesa donde están los controles del proyector. Ellas ven las películas de lado.

Empiezo a mandar la señal al proyector. En la pared aparece un rectángulo de luz blanca. Luego pongo el video.

Todos empiezan a gritar en cuanto aparece la primera imagen, que es Arnoldo: un agregado que yo le puse por bromear a alguna película y que le encantó a los soldados. Soy yo, pero me pongo la apariencia de un actor de fines del siglo xx: cara ancha y blanca, ojos pequeños, facciones tiesas y como enojadas, dientes grandes y feos. Me baso en una de sus películas de guerra: la imagen que genero lo muestra musculoso y vestido casi como los soldados, con una camiseta negra sin mangas.

—¡Callados, hermanos! —dice, como siempre. Le pongo un acento alemán bastante ridículo a la voz, pero ellos lo adoran—. ¡Ustedes quieren lo mejor y aquí les damos lo mejor! ¡Siempre fuertes!

—¡Al Jefe! —le contestan todos, a coro y aplauden y chiflan.

Y luego comienza la película. En cuanto reconocen cuál es,

algunos se quejan, pero otros siguen vitoreando. Qué curioso que una película de hace más de cien años les guste así. Puede ser porque la copia que tenemos es de las que están dobladas y les es más fácil entender el argumento. Y también puede ser porque todos los héroes son fuertes, se ven bien, pelean de forma espectacular y tienen muchas armas.

No estoy segura, pero creo que a Sita —que a veces se distrae y aparta la mirada de la pantalla: ha visto esta película muchas veces— le gusta especialmente un personaje: no es el principal, pero se parece un poco a los soldados, porque va rapado. Es afrodescendiente (como decíamos en mi tiempo) y tiene una rendija entre dos dientes, que se le ve cuando sonríe. Sí, es un hombre guapo.

En otro momento, Sita voltea a ver directamente las caras de los soldados, pintadas de colores por la luz de la pantalla.

Me pregunto cómo será estar allí, con todas esas personas juntas. Puedo ponerme la película que yo quiera, por supuesto, y cuando yo quiera, aquí sola: sin que nadie me moleste. Puedo leer, oír música, cualquier cosa. Como bien sabe la pobre de Sita, he aprendido muchísimo en mis años de estar capturada porque he leído mucho, visto mucho, oído mucho.

Pero nada de eso es igual que la compañía.

Decido distraerme un poco haciendo una ronda. Algo de trabajo.

Voy pasando de cámara a cámara. Hay un par de soldados en cada piso, montando guardia, caminando de un lado para otro, enojados porque no están en el cine. Todo normal. El miércoles que viene les tocará.

Más arriba, el huerto grande, el del techo, se ve bien. También está cerrado y con sólo un par de guardias cuidando su perímetro. Uno trae radio, un aparato muy parecido al que usa Sita, por lo que yo podría escuchar lo que dice. Pero no dice nada.

Reviso por mi cuenta: aquí hay más formas de hacerlo, más detalles que observar. Paso de un termómetro a un medidor de presión, y de ahí a los tubos que traen agua desde el tanque grande y lo distribuyen en los diferentes invernaderos. Luego hago un acercamiento a algunas hojas y tallos. Una flor. Los sellos están bien puestos y la humedad no se escapa por ningún lado. Todavía hay algo de agua en los colectores de la lluvia del

otro día. Los paneles solares que ocupan casi todo el resto del espacio disponible funcionan bien.

Las antenas principales, de las que depende la comunicación de la Tropa con los cuarteles y puestos de mando del Centro, están a la mitad de un espacio entre cuatro invernaderos y cerca de unos tanques de agua. Realmente hay que sembrar donde se pueda porque aquí en el Centro hay muy poca tierra utilizable: hay concreto, restos de asfalto, piedra. Nuestra ventaja son las comunicaciones y la demás tecnología (tratadoras, purificadoras, fabricación a partir de biomasa) que podemos usar gracias al Tesoro y al trabajo de Lucina…, pero nada de eso suple un buen montón de tierra.

Los otros reinos lo saben y venden muy cara la que tienen, o de plano no la venden. Es casi como querer encontrar componentes para hacer pólvora.

Tengo una vista de la base de la antena y otra desde la punta. La antena misma parece estar bien, al igual que el resto de los transmisores inalámbricos de por aquí. Si me fueran a mandar otra señal como la de hace años (qué emocionante fue) la recibiría perfectamente.

Sigo pasando de un lado a otro del Fuerte: pasillos, escaleras, salones, celdas, dormitorios, baños, espacios sin usar, espacios que ya no se entiende para qué sirvieron y siguen ahí. Hay una pared que se cayó desde el siglo pasado. Hay algunos lugares que no puedo ver ni escuchar: aún no terminamos de encontrar el equipo suficiente para cubrirlos.

No debería preocuparme por nada de esto. Otra cámara más que puedo usar es la del centro de control, donde un soldado —otra vez está el Jarvy: tiene el trabajo porque perdió un pie después de un accidente y le dan más turnos que a otros soldados— debe estar siempre, vigilando por medio de nueve monitores puestos en la pared.

Me decido a hablarle:

—¡Jarvy! ¡Responde! —y lo sorprendo. Uso la voz de Arnoldo y él tarda un segundo en contestarme:

—¡Sí, señor!

—Tranquilo —le digo—. Nada más estoy viendo que hagas bien tu trabajo.

—Sí, señor —vuelve a decir, y creo que vale la pena darle un gusto.

—Vas bien. Sigue así. No te me distraigas. ¿Qué hay de nuevo? —le pregunto.

El Jarvy no es el mejor contador de historias, y no sale casi nunca del Fuerte, pero me entero de varias novedades. El viernes, un par de soldados, el Roto y el Lagañas, detuvieron una pelea en la calle Delicias, con todo y que una de quienes peleaban era la mamá del Roto; el mismo día fue detenida una familia que vendía *chupo,* que es una bebida ilegal hecha a partir de biocombustible robado; mañana llegan en una caravana, como regalo para el Jefe, dos cajas de vodka que alguien encontró, intactas, bajo los restos de un edificio en Neza, después de haber excavado durante meses; el jueves alguien quiso robar en el Templo del Agua y los fieles lo lincharon; el miércoles se descubrió que Roxana, una muchachita que trabajaba en el Cuartel Sanregis, no se fugó y no fue devorada por los troceados, como todo el mundo pensaba, sino que alguien la mató: un sirviente del mismo cuartel llamado el Burro, que "quería con ella", dice el Jarvy. El Burro guardó el cuerpo en un armario y ahora lo están interrogando para averiguar si la violó y cuándo.

—Y andan diciendo que van a casar al Tuercas con la brujita —termina.

Lo que ya habían dicho Sita y el soldado. "Qué raro", pienso, pero respondo:

—Sigue atento, soldado. ¡Siempre fuerte!

—¡Al Jefe! —me contesta el Jarvy. No le digo que odio que respondan así, que debería ser "Para el Jefe" o "Por el Jefe", pero no "*Al* Jefe".

—Cambio y fuera —me despido. No dejo de sentir un poco de contento al lado del fastidio que me causa su respuesta: las raras veces que me animo a usar a Arnoldo para estas visitas sorpresa, siempre alegro a los soldados con los que hablo y siempre les dejo una historia que contar.

Creo que ahora voy a quedarme mirando un rato desde la cámara más elevada del fuerte, la de la antena, más allá del mercado del Salvador, más allá de la Torre, hasta donde alcance la resolución del aparato.

La cámara tiene un motor que le permite girar y que sigue funcionando por pura suerte. Es de un modelo raro del que no hemos encontrado piezas.

Despacio, mirando primero el oeste, luego el sur, luego el este, luego el norte, puedo ver muchísimo. Casi todo el Centro, los dominios del Jefe, salpicados de huertos instalados donde se puede, antenas remendadas, paneles solares y colectores de lluvia, ruinas que no tiene caso tratar de limpiar. Veo los restos del viejo mercado de San Juan, en el que ahora hacen peleas de ratas y ejecuciones. Veo el Templo del Agua, que antes de la caída era iglesia también, pero de la religión en su forma antigua, sin música ni video y con sacerdotes que se hacían llamar *padres* en vez de *profetas*.

Veo gente que camina por las calles: pocas, tan pocas.

Veo también, cuando la cámara ha dado casi toda la vuelta, la Torre Latinoamericana, que sigue de pie, pero cerrada, con sólo sus primeros pisos en uso, como bodegas para mercancía del Jefe. Y al lado el Palacio, enorme, con su cúpula negra que antes era de varios colores, pero con las estatuas intactas, y adentro, según he sabido, todo bastante limpio, en general, para dar gusto a quienes viven allí. Ahí no tenemos cámaras.

Yo entré en aquel lugar varias veces, hace mucho tiempo. Antes de ir a parar al taller de Lucina, antes incluso de ser capturada. Si lo contara hoy, lo más probable es que no creyeran lo que iba a hacer allí. Una vez fui a escuchar a alguien leer poesía. Otra, a ver una película con acompañamiento electrónico en vivo. Todo el tiempo había cosas así, música, recitales, funciones de danza. El Palacio tenía, incluso, un museo adentro: un área para tener a la vista objetos bonitos o interesantes, de modo que la gente pudiera ir a verlos. Entonces le decían Palacio de Bellas Artes, y era un lugar dedicado por completo a la belleza.

Y podría seguir hablando del tema. Había varios edificios, entonces, que eran todos museos. Había otro dedicado a torneos parecidos a los de ahora, pero bajo techo, y con asientos cómodos, para que mucha gente pudiera ir a sentarse y ver las peleas. A eso lo llamaban *lucha libre,* y también había otra cosa parecida llamada *teatro,* donde la gente no se daba golpes, sino que representaba historias, como en una película, pero con los personajes ahí, presentes, en vez de en una pared o una pantalla. Había edificios llamados *supermercados,* que estaban abiertos todos los días y donde siempre había comida y objetos hechos en sitios lejanos. ¿Y qué les digo de las escuelas, donde la gente iba

a aprender muchas cosas distintas, incluyendo bastantes que ya están olvidadas? También eran edificios, edificios enteros, y a veces grandes conjuntos de edificios, como la Universidad. El Fuerte mismo era una escuela: se llamaba Colegio de las Vizcaínas.

Pasa el tiempo. Empieza a oscurecer. La película ya terminó y el episodio está en sus últimos minutos. Hay antorchas encendidas, lámparas de biocombustible, y algunos pocos tubos y focos eléctricos en los edificios habitados. Hay algunas hogueras en las calles. Todo el mundo se recoge: la mayoría no saldrá hasta mañana, cuando esté a punto de amanecer. Pronto no habrá nadie levantado además de los soldados de guardia, la gente de las plantas o nosotras.

¿Cómo eran nuestros días antes de la caída? Yo los viví y aquel tiempo no fue una edad de oro. Esta ciudad era terrible. Pero ahora extraño a la gente que ya no está y la belleza que antes no veía. El presente embellece al pasado: borra sus defectos.

Por ejemplo, en aquellos días había tantas luces en las noches que no se veían las estrellas, pero en cambio parecía que las estrellas hubieran bajado a la Tierra para posarse en las calles y los edificios.

Hoy, tantos años después de que el mundo se cayó, de que quienes se fueron nos dejaran aquí, si no se sabe dónde mirar, se puede creer que el reino, la ciudad, el planeta entero están a oscuras.

SITA,
DOCE DÍAS ANTES

Al otro día me despierto en mi cama, en el cuarto que comparto con mi abuela. Ya estoy acostumbrada. Cuando da la hora abro solita los ojos, mejor que si estuviera en una película y tuviera reloj despertador. Me quito el camisón de biotela. Me pongo mi uniforme. Mi abuela ya está levantada, pero mejor no esperar a que me llame ni mucho menos a que me regañe.

Mi diadema está en una mesa al lado de la cama, cargándose en el enchufe. (Qué sorpresa cuando Plebe me dijo que hay en todo el Centro, pero que sólo sirven los que están en lugares de la Tropa.)

Me pongo la diadema, la enciendo y digo en voz baja:

—Buenos días —para que me oiga Celeste. Sólo me detengo para ponerme la mochila, que trae el resto de mi equipo.

Nuestro cuarto no es único: todas las mujeres dormimos en este lado del Fuerte, en el extremo opuesto de donde duermen los hombres. Ahora salgo a nuestro patio, que es donde comemos y podemos estar a cualquier hora sin pedir permiso. No tiene techo y es más chico que el que usan los soldados para sus comidas, también del otro lado del Fuerte. Las mesas y las sillas, que son antigüedades de plástico, ya están puestas. Los anafres y las ollas con la comida están sobre unas cajas de concreto que según mi abuela tenían árboles, y lo demás irá saliendo de la cocina, que está al fondo del patio. El sol no ha salido todavía, pero ya casi. Después de este rato tendremos que correr, porque todas tenemos trabajo, pero por ahora las únicas apuradas son las mujeres de la cocina, que ahora mismo hacen también el desayuno de los hombres.

—*¡Compermiso! ¡Comper!* —dice Almendra, una de las cocineras, mientras me rebasa corriendo. Hace más de una hora que debería estar trabajando. Si apenas está llegando le espera una regañada horrible.

(Aquí vivimos mujeres de tres clases: las esposas de los soldados que llegan más alto y reciben permiso de casarse; el grupo de las que hacen el trabajo duro del Fuerte —todo, desde limpiar y cocinar hasta reciclar desechos, atender cultivos y animales, manejar los generadores y otras máquinas—; y nosotras. Mi abuela y yo.)

—¡Hola, Sita! —me dice Ruth, que trabaja los huertos, y a su lado Toña, la esposa del Vegueta, me saluda también.

Ruth ha de tener veinte años. Toña tiene diecisiete y espera a su segundo bebé. La primera (fue niña) se enfermó antes de cumplir la semana y no alcanzó ni a recibir nombre, pobrecita. Pero nadie habla de esas cosas. Hoy se ve contenta la Toña. Aunque el Vegueta le exige que lleve falda corta, le han arreglado la ropa para que no le apriete, porque ya está embarazadísima. "Vestido de maternidad", dice mi abuela. Otras mujeres me saludan también, y Plebe, que ya está sentada y ante un vaso de té, me grita:

—¡Eh, pinche Sita!

Qué bueno que no se me quedó *la Pinche* de apodo, la verdad.

—Más respeto, plebeya —le digo, porque hace poco vimos a una reina que decía eso en una película, y me siento a su lado. Platicamos un ratito.

—¿Qué película pasaron ayer? —me pregunta Plebe. Le digo cuál fue—. ¿Otra vez?

—Pues el Vegueta, que es muy aferrado.

Y la mamá de Plebe, que está cerca de nosotras, se queja:

—No deberían ver esas cosas, no son para niñas.

—Ay, señora, yo las veo por trabajo —le digo.

—¡Y yo ni las veo! —dice Plebe, pero se ve que la señora Mabel no le cree, porque nos contesta:

—No se hagan. Por eso se cayó el mundo y vinieron los troceados, porque las mujeres se ponían a ver y a hacer cosas de hombres.

Plebe y yo no decimos nada, pero mi abuela sí. Está sentada donde siempre, en el extremo de una mesa larga, y de pronto se levanta.

—¡Mabel, eso no es cierto! El mundo se cayó porque los hombres son unos… —no acaba, pero sé que iba a decir alguna grosería: no es la primera vez que dice algo parecido—. A ti te lo debe haber contado tu mamá: los que contaminaron el aire y el

agua y la tierra hasta chi…, hasta descomponerlo todo, en todas partes, fueron hombres. Hombres de Aquellos, además, de los que tenían la sartén por el mango. ¡Primero rompieron el mundo y luego se largaron! —las otras mujeres voltean hacia ella. Pienso que tal vez debería callarse—. ¿Quiénes son los que mandan en las películas que ves? Los hombres, ¿no? ¿No son los que siempre le ponen peros y le estorban a las mujeres? ¿Te acuerdas de *Una mujer audaz*? No te hagas porque ésa sí la viste. No hay que ser tan malas entre nosotras, ¿no? ¿No crees? Además, lo que hacemos Sita y yo…

—Ya, abuela, ya —digo. *Ay*. Ella me mira como si *yo* hubiera dicho alguna de sus groserías antiguas.

—Pero bueno, Mabel —dice—. No importa. Disculpa. Plebe, ¿me prestas a tu amiga?

—Sí, señora Lucina —le contesta Plebe. Nadie dice nada mientras yo me paro y voy a sentarme con mi abuela. Ella se sienta también.

La señora Gaby, que es la siguiente persona más vieja aquí después de ella, llega y nos sirve tortillas, frijoles, unos chiles y té para mí en una tacita de plástico. Las demás mujeres pasan a servirse a donde están las ollas y los anafres. Mi abuela ya está tomando té de su taza de peltre azul. Me burlé mucho de ella cuando el señor Elodio se la vendió, carísima, porque está toda desportillada, pero sí se ve bonita, la verdad, y ella le toma con mucho gusto. Dice que antes le gustaba el café (que conocemos por las películas, pero es algo más de lo que ya no existe, o al menos no aquí en el Centro) y que con la taza se hace un poco la ilusión de que toma café en lugar de té.

—No hagas lo que acabo de hacer —me dice, aunque en voz baja, para que no oigan las demás—. Mabel no es un soldado. No la vayas a tratar así, ¿eh?

A mí, a Plebe y a las otras niñas y muchachas nos sirven, además, platos de leche caliente de cabra con trocitos de tortilla picada. Para que crezcan, dice la señora Gaby, y según Celeste sí es cierto que por eso, por comer mejor, somos un poco más altas que las que no viven en el Fuerte.

Pero antes de empezar el desayuno, la oración. Las demás empiezan. Mi abuela nunca la ha querido decir. Yo la repito sin abrir la boca, completa, desde: “Dios poderoso, gracias por darnos la vida —y hago la señal de la cruz, y le añado—: y cuida

a mi abuela, que se equivoca, pero no es mala".

Tengo hambre y como. Todo está rico.

Entonces mi abuela dice:

—Sita, después de tu clase de hoy necesito que vayas a la purificadora de agua de Minería. Me dijeron que se les descompuso una…

—¿Y qué pasó con eso? —le digo, sin pensar.

Ella entiende perfectamente a qué me refiero, porque contesta:

—Sita, discreción…

—Ay, por favor —repito, otra vez sin pensar.

—Sita, si lo quieres más claro, con "eso" no pasa nada. No es asunto tuyo.

—¿Cuándo me vas a dejar de tratar como a una tonta?

Ay. Ay. Ay.

No debí decir eso. ¡Ya sabía que está de mal humor!

Pero siempre es lo mismo: mi abuela me hace enojar así, instantáneo… Y ahora me arrepiento, porque de seguro los mensajes la ponen nerviosa, y yo *entiendo* que el tema no es para mencionarlo aquí, enfrente de todo el mundo.

—No, perdón —digo. Pero ya es tarde. Ahora es ella la enojada, y a ella le dura más. Y en cuanto diga una sola palabra más, yo me voy a disgustar *en serio*…, y no podremos tener una conversación calmada durante un largo rato. Así estamos enganchadas.

—¿Quieres más té? —me pregunta la señora Gaby. Le digo que no.

Pasa un rato. Me harto de estar callada, así que vuelvo a tratar con mi abuela:

—¿Platicamos al rato?

—Sita, te acabo de decir que…

¡Ah, qué difícil es esta señora!

—No —digo—, ¡no de *eso*! Digo que hablemos cuando sea mi clase. ¡De cosas de la clase!

—¡Pues entonces habla bien, niña!

Otra vez la señora Gaby, la señora Mabel, Toña, Plebe, Ruth y todas las otras mujeres están volteando a vernos. Suspiro. Trato de calmarme. Si esto fuera una película infantil, mi abuela entendería lo que siento en este momento y me pediría perdón: me diría palabras bonitas, a lo mejor tocaría mi cara en señal de

cariño.

Pero esto no es una película. Ni de ese tipo ni de ningún otro.

No tengo problema con que no lo sea. No soy un soldado que crea que Arnoldo existe, o que yendo por la calle se ve como James Bond en desfile del Día de Muertos. (¡Cómo los emociona esa película horrible, y nada más porque tiene escenas en calles de aquí!)

Pero a veces me gustaría que las cosas fueran un poco más fáciles.

—Ya, olvídalo —digo. Ésa es una que ella usa para dejar de hablar conmigo. Sigo comiendo. Ya. Mejor así. Tengo que aguantarme porque se me están ocurriendo cosas muy feas que podría decirle. Por ejemplo, podría hablarle de mi mamá. "Si a mi mamá la fastidiabas así, con razón se fue", le podría decir. Y nada más la haría sentirse muy mal, porque eso pasó, lo sé: mi mamá se fue de aquí y no volvió nunca. Yo vine a dar al Fuerte sólo porque ella y mi papá murieron y no tenía ningún otro pariente. Y sé que a mi abuela todavía le duele mucho haberse quedado sin su hija.

Ruth se acerca a nosotras, supongo que porque nos ve muy calladas, y dice:

—Oigan, ¿supieron lo de la Jenni?

Yo no sé quién será la Jenni. Ruth explica que era prima de una conocida suya que adivina el futuro en el mercado.

—¿Se acuerda, doña Lucina? ¿La que se llama Bruja Azul? ¿La que sabía cuándo iba a ser la batalla el mes pasado?

—Ah, sí. La verdad es que no me sonó muy convincente…

—¿Tú has ido, Sita? —me pregunta Ruth, sin hacerle caso. Yo digo que no con la cabeza—. Es muy buena. Ahora que van a pasar cosas nuevas en tu vida, yo creo que te serviría pedirle consejo. Sí le sabe.

—¿Cuáles cosas nuevas va a haber en la vida de Sita, Ruth? —pregunta mi abuela.

Ruth se queda callada y con la boca abierta.

No estoy segura de entender qué quiso decir con lo de las cosas nuevas en mi vida, pero no quiero que me explique, así que mejor cambio de tema:

—A ver, no, cómo, ¿Jenni es la que le sabe?

—No, no —dice Ruth—, la que le sabe es la bruja, no Jenni.

—Bueno, pero, ¿qué hay con la que sí es Jenni? —pregunta

mi abuela.

—El otro día salió de su casa y no regresó.

—¿Jenni? Ay, no sabía, qué feo —dice Toña, que está cerca de nosotras.

—La han estado buscando pero…

—¿Hace cuánto que pasó eso? —pregunta la mamá de Plebe.

—Tres días.

—Uy, no, cuando vuelvan Aquellos la van a encontrar —a la señora Mabel deberían decirle *la Alegre*—. Quién les manda a salirse solas…

—Pero, ¿qué le pasó, se sabe algo? —pregunta la señora Gaby.

—Pues de cierto, no —responde Ruth—. Pero la noche que desapareció dicen que hubo gritos y luces. Chispas, pues.

Todas nos quedamos calladas. Todas las mamás (me dicen) le cuentan a sus hijos la misma historia de terror: "Cuando oyes gritos y ves chispas en la noche…"

—Les digo, ya para qué la buscan —dice la señora Mabel.

Nos pasamos el resto del desayuno hablando de troceados. ¿Qué tal que ahora sí se están metiendo hasta acá? Mi abuela insiste en que no, pero no le hacen caso. Según Toña y otras mujeres, hubo gente que vio troceados en la batalla contra Chapu, que fue de noche. Dicen que al otro día, cuando fueron a recoger a los muertos, se encontraron no nada más cuerpos completos, sino… trozos: brazos, piernas. Todo se recicló igual, así que ya no se puede saber, pero eso es lo que dicen.

—¿No puede usted hacer algo? —pregunta Toña a mi abuela.

—También le podrías decir a la otra bruja, la azul —dice ella con enojo.

—Con eso quiere decir que ella no es bruja, Toña —digo yo.

—Ah, sí…, o sea, no —contesta ella, ¡si ya todas saben que a mi abuela no le gusta que le digan bruja!—. Pero usted maneja las máquinas, ¿no?, la tecnología. Lo que el Jefe le dio.

Mi abuela (pienso) va a enojarse todavía más, porque ella siempre me ha dicho que no fue así: que el Jefe no le dio nada. Que fue al revés.

Pero solamente dice:

—Hoy me toca ir a mi junta semanal en el Palacio. Ya han de estar enterados de eso que tú dices, pero obviamente les contaré. Ya vámonos, Sita —y se levanta. Con eso se acaba el desayuno—.

Que tengan buen día —se despide, y las demás la saludan con la mano o le dicen adiós, que le vaya bien, y a mí igual. A Plebe le digo "nos vemos" moviendo la boca sin hablar. La señora Gaby y su gente empiezan a recoger todo.

Vamos hacia el taller y mi abuela va sacando su llavero, que es el más grande de todo el Fuerte. Ni el Vegueta ni nadie tiene tantas llaves como ella.

—Celeste —dice.

—¿No se podían tardar un poquito más? —dice ella en nuestros oídos.

—Así nos extrañas… ¿Sabes qué? Échanos una mano ahora que lleguemos al taller —y se voltea a verme, y me dice—: Te voy a dar gusto. En vez de tu clase de hoy, vamos a ver el mensaje aquel. Que sea tu primera lección de criptografía.

—¿De qué? —pregunto, sorprendida—. O sea, no, ¿en serio?

—Sí, Sita, en serio —y no dice más mientras subimos las escaleras hacia el taller.

LUCINA,
DOCE DÍAS ANTES

Esto era un salón de clases, uno grande. Yo lo conocí entonces. Tenía las ventanas abiertas en lugar de tapiadas y estaba bien iluminado, lleno de bancos para estudiantes. También había maestros y maestras, lecciones, libros…

Abro la puerta, entro, enciendo las luces y veo nuestras mesas de trabajo, cubiertas de herramientas; las computadoras, conectadas entre sí en una pequeña red y también con los discos duros que Celeste puede usar, los monitores, las muchas cajas pegadas a la pared del fondo, clasificadas por función y tamaño, en las que guardamos piezas y fragmentos de aparatos, porque nunca se sabe qué nos podrá servir; los tubos y placas grandes de metal y de bioplástico en una esquina, los contenedores del líquido para las impresoras 3D, la mugre que se va trepando en todas partes por mucho que limpiemos. Parece un taller mecánico de los de antes de que el mundo se cayera. Menos sucio, pero no mucho.

Todo está encendido, como siempre, pero lo único que hace ruido son las cajas transparentes de las impresoras, cada una con su bracito robot en el interior. Parecerían de una tecnología avanzadísima si no estuvieran rodeadas de tanto pedazo y tanta cosa vieja. Han estado funcionando toda la noche, haciendo cuchillas de bioplástico para machetes. Al lado de las impresoras, las cajas donde se van depositando las cuchillas listas ya están casi llenas. En un rato habrá que pedir que vengan a recogerlas para ponerles un mango y distribuirlas. No aguantan muchos golpes antes de romperse (es el gran problema del bioplástico), pero con suerte no tendremos otra batalla pronto. Aquí y en los cuarteles ya casi terminamos de reponer los que se perdieron hace un mes. Después haremos un lote de pistolas: pocas, casi nada más para que las lleven los oficiales de alto rango, porque hacerles balas se ha vuelto casi imposible en los últimos años.

(De esto no me gusta hablar ni con Celeste: despacito, despacito, pero las herramientas y los recursos se nos acaban. Igual para las armas que para pantallas, motores, refrigeradores… Vamos hacia la Edad de Piedra. Y no sé qué va a pasar cuando lleguemos a ella.)

—Cierro —dice Sita, y me sobresalta. Está poniendo los seguros en la puerta.

—Vamos a ver eso, pues —digo yo, mientras nos acercamos a la mesa en el centro del taller—. Y gracias —no sé si Sita todavía está enojada, pero ya sé que con cualquier cosa nos ponemos a pelear. Ahora me pregunto qué estaba pensando hace un rato, cuando acepté enseñarle el mensaje que recogió para mí el otro día. Ruth me hizo enojar con lo que dijo: ¿de dónde salió ese chisme? Pero tal vez sea lo mejor.

—Buenos días —dice Celeste. Con las puertas bien cerradas, nadie puede escucharnos afuera y ella puede hablar en libertad. Su voz sale de la bocina en una de las computadoras en la mesa central. En uno de los monitores puestos sobre la mesa aparece su cara redonda. Es muy parecida a Sita, a mí o a cualquiera de las que vivimos en el Fuerte. Se ve de treinta y tantos. Tiene el pelo negro y un poco rizado. Alguna vez le pregunté si no podía hacer envejecer su cara, no mucho, lo normal en una mujer viva, porque ya llevaba quince años viéndole exactamente los mismos rasgos y era extraño. No quiso y se ofendió. Después lo pensé, y le pedí disculpas, y todo bien, pero esa juventud eterna que se pone es lo único que me inquieta de ella.

—Hola —respondo, mirando hacia la cámara puesta sobre su pantalla. Casi nunca me acuerdo de que hay que mirar la lente y no la pantalla.

—¿Todo bien? —pregunta Sita, mientras apaga su radio. Yo apago el mío.

—Todo tranquilo —dice Celeste—. Ya hasta puse el *loop* de ustedes trabajando en otra cosa. O sea, es nuestra fiesta y si queremos, lloramos…

Esa última parte no la entiendo. Sita me mira: tampoco.

—Oh, quiero decir que todo bien. Vamos a empezar.

Lo del *loop* se refiere a la cámara que está en el techo y vigila el interior de este salón. En vez de apagarla, lo que sería *realmente* sospechoso si alguien estuviese mirando, Celeste cambia lo que ve la cámara por una grabación que tomó algún

otro día, y donde no estamos haciendo nada raro ni muy interesante. Tal vez sea una precaución innecesaria, pero mejor que ninguno de quienes se encargan de ver las pantallas aparte de nosotras se encuentre, ni de casualidad, con lo que vamos a hacer. Más vale que seamos discretas.

—Ven, Sita —la llamo, y vamos al otro extremo del taller, del lado opuesto a nuestras cajas de material. Aquí tenemos un altar, como los que hay en muchas casas y edificios del Centro. Sobre una base de madera, rodeada por un marco alumbrado con luces de Navidad, hay una imagen de la virgen. (La Madre de Dios, me diría Sita, ¿en qué momento se hizo creyente y, además, de la religión que tenemos ahora?) Supongo que luces como ésta ya no se usan para nada salvo para este tipo de altares. Yo sé que incluso si algún soldado entrara en el taller no se acercaría, por respeto a la imagen.

Dentro de la base, que se abre con una de mis llaves, está nuestra caja fuerte, una antigüedad hecha de acero. Marco la combinación deprisa.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Sita—. Casi nunca la abres.

—Más bien casi nunca has *visto* que la abra. Después te voy a enseñar los números. Pero antes… —pongo una mano en su mejilla para hacer que me mire—. ¿Te das cuenta de que te estamos enseñando cosas nuevas? ¿Secretas?

—Sí, abuela.

—Responsable, entonces. ¿Va?

—Sí, abuela —me contesta de nuevo, y le doy un beso en la mejilla.

—Va.

Dentro de la caja está la unidad especial que guarda la conciencia de Celeste, desde la que se conecta con nuestra red y que sólo hace falta recargar una vez al año. Le doy una palmadita, meto la mano en un hueco al lado de ella y saco la libreta.

—Criptografía es el arte de escribir mensajes en clave, para mantenerlos en secreto. Hay muchas técnicas para eso. La que vamos a usar depende de esta libreta —se la doy—. Se llama libreta de un solo uso. Así le decimos los espías.

—*¿Eres espía?*

—¿Qué? —por supuesto, Sita ha visto muchos en las películas —. ¡No, no, cómo crees! Es una broma. Cosas como ésta las

usaban los espías en otras épocas. Los de verdad. Sirven para descifrar mensajes como el que nos trajiste —cierro la caja—. Ven, vamos a la mesa.

Dejo la libreta en la mesa. Saco de mi bolsa la falsa USB y la abro. En el interior hay un trozo de papel doblado varias veces. Lo desdoblo y lo pongo junto a la libreta. Es un cuarto de hoja de las que llamaban de tamaño carta: dos de sus bordes se ven ásperos, así que la cortaron a mano. El mensaje es una serie de letras agrupadas de cinco en cinco. Muy pocas esta vez.

VBQNX MJJES FYNEF IYVIZ WC

En realidad, creo que nunca me habían mandado un mensaje tan corto…

—Mira que la hoja está escrita a máquina, Sita —dice Celeste —. ¿Sabes qué era, o es, una máquina de escribir?

—¿Como una impresora 2D?

—Más o menos —digo yo—. Pero la lección de historia es luego. Ahora, a trabajar.

Abro la libreta en la primera hoja, que como las demás, es de papel delgadito y está llena de letras impresas, puestas en grupos de cinco:

KMXCD GJRAA MQHJB UDVGR IJLNC HUJLN JNOCE FTZOP SEGRV XDWVJ
NRIKL QZMPQ XYLEO UAFGR WGHEK BFGHJ NYKLD MAEFW LIZDS JEFOW
KOPCJ IMUPJ ADJTY DFHRU UGYEJ NYGQH XOEBT LRZNF BDFJV YSOMC

—Sabes lo que es descifrar un mensaje. También lo has visto en el cine. Eso es lo que vamos a hacer ahora. Cada hoja de esta libreta tiene distintas letras en distinto orden. Donde hicieron el mensaje tienen una libreta igual, y usaron la primera hoja para poner en clave lo que escribieron. Luego destruyeron la hoja. Nosotras vamos a hacer lo mismo: usamos nuestra primera hoja y al terminar la destruimos. Para cada mensaje debe usarse una hoja nueva. Si no usamos aquí la misma hoja que se usó allá, nunca vamos a poder descifrar el mensaje. ¿Entiendes?

Ella asiente, pero dice:

—¿Dónde es allá? ¿El mensaje lo hicieron en Xoco? ¿Es del

Ruco?

El Ruco es el cacique del reino de Xoco. Le dicen así porque es “muy viejo” (aunque no creo que sea mucho mayor que yo) y no es amigo del Centro: deja que pase gente entre su reino y éste, y hace negocios con nosotros, pero no alianzas, como a veces las han hecho Texcoco, Lindavista o el Ajusco.

—¿Del Ruco? No. Esto no tiene que ver con él ni con su gente. Es aparte. Presta atención —y sigo, para no darle tiempo de decir nada—: estas letras se generan al azar. Poner un mensaje en clave es disfrazarlo para que se parezca a esas letras, que las ves y no tienen sentido. Fíjate: para hacer esto se necesita saber leer, sumar y restar, y además tener buen juicio. Que nadie te diga que esas cosas no hacen falta.

—Pero ya, explícame.

—¡Te estoy explicando! Hay que darle un número a cada letra del alfabeto, menos a la Ñ. No sé por qué a la Ñ no, no preguntes. Lo han de haber inventado en los Estados Unidos.

—¿Dónde?

—No importa. Vamos a hacer esto. La A es el 0, la B el 1…

Sita cuenta con los dedos mientras repasa el alfabeto en voz baja.

—… X, 23, Y, 24, Z, 25, ¿no? —dice.

—Exacto. Ahora —saco un par de lápices de mi bolsa— anotamos el número de cada letra del mensaje. Podemos usar el mismo papel.

Dejo que Sita lo haga. Tarda más de lo que yo me hubiera tardado y se equivoca un par de veces, pero es la primera vez que lo intenta. Al fin termina:

V	B	Q	N	X	M	J	J	E	S	F	Y	N	E	F	I	Y	V	I	Z	W	C
21	1	16	13	23	12	9	9	4	18	5	24	13	4	5	8	24	21	8	25	22	2

—¡Muy bien, la princesita! —digo.

—Oye, no me digas así —se queja Sita.

—Bueno, pues, Faiseven —digo, sin pensar, recordando su verdadero nombre, ese que ya ni ella utiliza.

—¡Oooh! —se vuelve a quejar Sita, pero reconozco el tono. Está jugando. Ahora estamos, al menos por un rato, en paz y

contentas.

—Ya, está bien. Y muy bien los números. Ahora tomamos la hoja con la clave…, y, fíjate: para cada letra del mensaje tomamos la correspondiente de la hoja, empezando desde arriba y a la izquierda, y anotamos el número también.

Sita lo hace:

V	B	Q	N	X	M	J	J	E	S	F	Y	N	E	F	I	Y	V	I	Z	W	C
21	1	16	13	23	12	9	9	4	18	5	24	13	4	5	8	24	21	8	25	22	2
K	M	X	C	D	G	J	R	A	A	M	Q	H	J	B	U	D	V	G	R	I	J
10	12	23	2	3	6	9	17	0	0	12	16	7	9	1	20	3	21	6	17	8	9

—Muy bien. Ahora haz una resta para cada par de números. 21 menos 10, 1 menos 12…

—1 menos 12 no se puede.

—Sí se puede cuando el resultado es… —digo. No acabo para que ella responda—. ¿Es…?

Sita se queda mirándome. Me irrito un poco, porque esa lección se la di hace mucho.

—¿Es qué? —dice.

—Ay, niña, número negativo.

—Ah, sí.

—Bueno, ponlos.

Sita se tarda un poco más que antes, pero hace todo a la primera:

21	1	16	13	23	12	9	9	4	18	5	24	13	4	5	8	24	21	8	25	22	2
-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
10	12	23	2	3	6	9	17	0	0	12	16	7	9	1	20	3	21	6	17	8	9
11	-11	-7	11	20	6	0	-8	4	18	-7	8	6	-5	4	-12	21	0	2	8	14	-7

—¡Muy bien!

—¡Y todo con cálculo mental! —señala Celeste—. ¿Sabías que antes había gente que no hubiera podido hacer esto sin una calculadora?

—¿Esto lo hacía mucha gente?

—No, no —digo yo—. Mira, sigamos. Ahora, los números

positivos los dejas como están y a cada número negativo le sumas 25.

—O sea —dice Sita—, es como decir que al 25… le restas…

—El otro número, sí. Fíjate que 25 es el número total de letras que puedes tener. Es como si le dieras la vuelta al alfabeto y llegaras al otro extremo.

—Esas operaciones se llaman de aritmética modular —apunta Celeste.

—Celeste, no me confundas a la niña…

—¡Pero así se llaman! Y hasta yo me lo pude aprender, Lucina. Es…

—¡Después le explicas eso y las transformadas de Fourier, si quieres! Ahorita no.

—¿Quiénes son las transformadas de Fourier? —pregunta Sita, pero nada más es para molestar. Se pone a trabajar y al final ha escrito:

11 14 18 11 20 6 0 17 4 18 18 8 6 20 4 13 21 0 2 8 14 18

—Ya vas a acabar —la animo—. Ahora escribe para cada número la letra que le corresponda. Una A donde haya un 0, B donde haya un 1, al revés de lo que hicimos al principio.

Sita va escribiendo las letras una por una. Muy pronto me doy cuenta de lo que el mensaje descifrado está diciendo, pero no digo nada y la dejo terminar:

LOSLU GARES SIGUE NVACI OS

—Falta un acento en la segunda I —dice Sita. Al menos sirvió de algo machacarle todo eso cuando le enseñé a leer y escribir—. *Los lugares siguen vacíos.* ¿No? —sigue.

—Acércalo tantito, por favor —pide Celeste desde su pantalla, y yo levanto el papel para que su cámara pueda enfocarlo.

—Por cierto, Sita: sí —digo, para decir algo que no sea lo que estoy pensando, para tratar de pensar en cualquier otra cosa—. Ve cómo no son cinco palabras, sino cuatro. Las letras se agrupan de cinco en cinco por comodidad, y para que alguien que vea el

mensaje cifrado no pueda distinguir las palabras cortas de las largas, por ejemplo. Ya descifrado es fácil de entender —hasta a mí me suena raro mi tono de voz—. Y ahora hay que acabar el trabajo —y arranco la hoja de la libreta, y empiezo a comérmela.

—*¿Qué haces?*

Hago muecas, de hecho, mientras mastico la hoja y la trago. El primer mensaje, hace años, le llegó a Celeste, por radio. Buscaban a alguien que *tuviera* radio, que entendiera lo que necesitaban. Yo realmente hubiera preferido seguir comunicándome así, pero ellos insistieron en que no, mejor por escrito y en clave. Una vez que dijimos dónde estábamos, Elodio nos trajo la libreta de un solo uso y el primer mensaje en clave.

—¿Te acuerdas de que había que destruir cada hoja de la libreta después de usarla? —le digo a Sita—. Este papel es comestible. También se le podría prender fuego. Se quema rápido. Y hay que destruir también el otro papel, el que usaste. Éste a lo mejor no está pensado para comerse… —pero igual me lo como. Desde aquel primer mensaje siempre lo he hecho así.

—Luego te estás quejando de tus agruras —dice Celeste.

Guardo los lápices, recojo la libreta, la vuelvo a guardar en la caja fuerte. Cierro.

Y ahora no sé qué hacer. Sita me mira.

Digo lo primero que se me ocurre:

—¿Qué hora es, Celeste?

—Las diez y un minuto.

—Entonces ya acabó el tiempo de tu clase de hoy, Sita. Y yo me tengo que ir. Y necesito que vayas a…

Sita pone cara de disgusto. No, de indignación. Está muy ofendida. Y tiene razón, pero no soy capaz de seguir con esto. Ahora no.

—Te… te agradezco mucho —digo—. En serio. A partir de ahora vamos a trabajar juntas en esto siempre.

—¿No me vas a decir qué significa?

—¿El mensaje? Tú lo descifraste.

—Sí, pero…, ¡pero no! ¡Dime todo lo demás! De dónde salió, con quién te comunicas…

—No —le contesto, y antes de que pueda decir otra cosa— Faiseven, no. Es en serio. No es el momento. Te lo voy a decir todo. Pero ahora debemos ponernos a trabajar. Te pedí que fueras responsable y yo voy a serlo también. ¿De acuerdo? —Sita

no dice nada—. ¿De acuerdo? —Sita sigue sin contestarme—. Te estoy diciendo que todo lo vas a saber.

—Sí, ajá.

—Yo la voy a estar incordiando para que no se le olvide —ofrece Celeste—. Voy a estar peor que el esclavo del rey Filipo.

—Ay, Celeste —digo—. ¡Ya! ¡Qué manía la tuya!

—No importa —responde Sita en voz baja—. Total, para eso está una. ¿No? Para callarse y decir que sí a todo. Como al Jefe y a su Tropa. ¡Siempre fuertes al Jefe! ¡Yeeeei!

—¿De qué estás hablando?

—Al rato vengo —dice, y ya está caminando hacia la puerta —. Uno de estos días le voy a contar todo al Vegueta o a alguien.

—¿Qué? ¿Estás loca? ¡Cómo te atreves a *decir* siquiera…!

—¡No es cierto, abuela! —grita ella—.¡No es cierto! ¿No te has dado cuenta? ¡Soy discreta! ¡Soy obediente! ¿No te has dado cuenta de que soy obediente? Debería ser como era mi mamá, debería haberme largado hace años. ¡Pero no! Ahí nos vemos después —y abre la puerta, y sale…

—¡Niña malcriada, ven acá! —grito yo.

Y Sita avienta la puerta, que hace un gran ruido al cerrarse.

Celeste y yo nos quedamos calladas un momento. Yo pienso que debería ir tras de Sita, pero no. Ya no puedo hacer eso. Ya no puedo correr tras ella para regañarla… o pegarle, como llegué a hacer cuando era más pequeña. ¡Y qué ganas de hacerlo…!

—Debiste haberle dicho —dice Celeste.

Volteo a verla y ¡también está enojada!

—¿Cómo te atreves a poner esa cara?

—No es justo que la trates…

—¡Cuando tú eres quien le pone ideas en la cabeza! —le grito, pero de pronto me quedo sin fuerza. Tampoco tiene sentido pelearse con ella—. Mira, ya. Si te contacta Sita, le dices que coma —le pido. Luego guardo algunas cosas en mi bolsa y busco mi manto para salir también. Mi junta es a las seis, pero antes tendré que ir a la purificadora, a atender el encargo que Sita no quiso hacer. No le voy a insistir. Qué daño le ha hecho ver tanto drama en las películas.

SITA,
DOCE DÍAS ANTES

Me paso un rato largo caminando por los pasillos del Fuerte, echando humo. ¿Por qué siempre me trata así? ¿Por qué primero me ofrece cosas y luego me las niega? ¿Así se divierte? ¿Se desquita del mundo? ¿De mí? ¿Qué le hice?

Me harto de caminar y voy a buscar a Plebe. A esta hora siempre está en las bodegas, atrás de la cocina y de los corrales que están en los patios de hasta atrás, acomodando cosas. Pero no está sola.

—Está ocupada, niña —me dice su mamá—, ¿qué no ves?

—¿No puedes venir al rato? —me pide Plebe. Y sí, ella y todas las mujeres están con sus uniformes y llenando de composta grandes botes de plástico.

—Búscate algo que hacer —ordena todavía la señora, y yo me doy media vuelta sin decir nada más. No quiero regresar al taller y tampoco quiero seguir caminando. Al final me voy al último de los once patios del Fuerte, el que está más al oeste. Está del lado de los hombres y los soldados lo usan para entrenar, pero pasa mucho tiempo vacío. Ahora no hay nadie. Tres de sus lados están cubiertos por arcos y a esta hora hay bastante sombra. Además, una de las dos cámaras que tiene no sirve. Me recargo en una pared, justo debajo de la que sí, bien protegida del sol. Nadie me verá. Luego me siento.

Lejos, a lo mejor desde el piso de arriba o hasta de afuera, se oye una de las canciones de la guerra contra Chapu:

En la noche y en lo oscuro, te juro
soy tipo duro
y estoy seguro,
ya viene Chapu a la emboscada,
ya está acabada.
No habrá piedad ni prisioneros

yo no los quiero,
todos serán para el demonio,
doy testimonio.

Delante de mí, el suelo de cemento parece brillar, y sé que si lo tocara con la mano me quemaría, pero yo estoy bien.

O no, no estoy bien, no estoy nada bien. ¿Qué quiere mi abuela? ¿Qué espera que haga? ¿Tiene idea de cómo me siento?

Al principio, cuando eres muy pequeña, aceptas todo. No preguntas. No tienes con qué comparar y lo que te pasa es la vida, nada más.

La vida era tener abuela mientras otras niñas tenían mamá. La vida era que alrededor sólo hubiera niñas: que los niños no se te acercaran, que jugaran aparte, que después pasaran "al otro lado" —adonde yo estoy ahora: a ser parte de la Tropa, a pelear por el Jefe— o que se fueran. La vida era que los hombres no se asomaran más que para dar órdenes o para llevarse a ciertas mujeres por cierto tiempo.

La vida era aprender que debías obedecerlos y ser agradecida siempre.

La vida era que tu abuela te apartara de las otras niñas para ponerte a hacer otras tareas, a aprender otras cosas. La vida era que nos trataran distinto, pero no siempre con gusto. La vida era que las niñas y las otras mujeres (menos Plebe, ay, Plebe, te quiero tanto) te miraran raro, y que las peores te dijeran cosas feas, o cosas bonitas, pero que tú sabías que eran mentiras. La vida era que la única otra amiga que tenías, o tu tía, o tu prima lejana, fuera sólo una voz, una cara en una pantalla, como si siempre estuviera comunicándose desde muy lejos. La vida era que durante años no supieras la verdad: que te dijeran que esa prima o tía o amiga o lo que fuera (¿por qué nunca te decidiste por una sola mentira, abuela?) nunca iba a venir, o más bien ha estado siempre aquí, pero encerrada. Lo normal era que de esa otra persona no se pudiera hablar con nadie, porque el día que llegaste a hacerlo tu abuela te pegó como nunca, y ella también te lo pidió:

—Por favor por favor por favor, no le digas a nadie —me dijo, y sí, comprendí, y fui responsable porque puedo serlo, y porque siempre me toca ser responsable, trabajadora, discreta. Y cuando supe *quién* era Celeste en realidad, más. Sí. Claro.

Todo eso era la vida, pero, ¿se supone que siempre debe ser igual? ¿Se supone que debía quedarme en decir que sí a todo, agachar la cabeza, obedecer? ¿Está mal querer saber más, saber *por qué*?

Alguien está en el patiecito de junto, bajo el rayo del sol. No se ve quién es porque la luz lo tapa. Ojalá no vaya a salir más gente. Ojalá no tenga que irme. Ya sé que me pueden ordenar que me vaya porque esta no es zona de mujeres. Yo fui descubriendo muchas cosas al crecer: no nada más las reglas que tenía que obedecer, los secretos que tenía que guardar, sino también todo lo que no sabía. ¿Está mal querer saberlo? ¿Querer saber por qué vivimos aquí, en este lugar que no es nuestra casa? ¿O por qué no tenemos casa? ¿O por qué nos dedicamos a atender a los hombres, y en especial al Jefe de todos, que vive en un palacio y al que casi nunca llegamos a ver?¿O por qué el reino del Centro es como es, y el mundo es como es? ¿Por qué mi abuela siempre pide silencio y discreción y secreto para tantas cosas?

No sale más gente, pero el del patio de junto sigue ahí. Es un soldado. ¿Qué hace? ¿Me está mirando? ¿Pensará que soy otro soldado, querrá saber qué estoy haciendo aquí?

Otra: ¿estaba mal querer saber por qué mi abuela me empezó a cortar el pelo y a vestir de niño casi desde que aprendí a caminar? Sí, ninguno de los soldados se me acerca como se acercan a las otras chicas, me dice lo que les dicen, me…

El soldado se está acercando. Viene para acá.

Es el Sombra. ¿Qué está haciendo aquí el Sombra? Y ahora se detiene. ¿Ya vio que lo estoy viendo? ¿Qué hace? ¡Se está poniendo detrás de una columna! ¿Se está escondiendo?

¿Por qué esta gente no me deja en paz tampoco? Ahora está asomando la cabeza desde atrás de la columna…

Cruzo los brazos y levanto un poco la cabeza, como hacen los soldados cuando se miran entre ellos. Es como decirle *¿Qué?*

El Sombra sale de detrás de la columna y viene otra vez hacia mí. Se detiene como a tres metros de distancia. No trae manto: el sol se refleja en su cabeza.

Ahora no se mueve ni dice nada.

—¿Qué haces? —mi voz no suena tan dura como quisiera.

—Nada —responde él.

—¿No te toca estar en la puerta de entrada?

—Me cambiaron para el otro turno. Me dijo el Yonwik ayer en la noche. Es el teniente que…

—Sé quién es, Sombra.

—Ah. Sí. Y ahorita no tengo nada que hacer… ¿Y tú?

—Estoy aquí de amargada y de horrible, ¿qué, no se nota?

Con esto lo sorprendo. Le cuesta mucho decir:

—No. O sea, no eres…

Ahora los dos nos quedamos callados. Quisiera correrlo: decirle que se vaya y que me deje estar sola, seguir echando humo en paz, pero ya no puedo. No me puedo concentrar en eso con él aquí. Pero ahora tengo que decir algo.

—¿No tienes calor?

—No, pues sí.

—Ven acá, si te desmayas me van a echar a mí la culpa —él se acerca hasta pasar a la sombra (Sombra en la sombra; qué tontería). Después de un momento se sienta, cerca de mí, pero no tan cerca—. ¿Entonces no tienes nada que hacer?

—Ahorita no. Al rato tengo el turno… Estaba pasando y te vi. Primero no supe si eras tú y luego…

Por decir algo, por cambiar el tema, no sé exactamente por qué, digo:

—Sí, soy yo. Sombra, a ver, dime, ¿tú no te hartas a veces?

—¿Qué?

—Sí, ¿nunca te hartas? ¿Nunca has querido mandar todo al diablo? No sé, aunque no haya sido aquí. Cuando vivías con tu familia, ¿nunca quisiste…?

—Yo no tengo familia —dice el Sombra.

—¡Ay! —no sé qué responder a eso. ¿Se responde algo? A una mujer le diría que qué pena. ¿Pero a un soldado?—. ¿Cómo es eso? —digo. Como tonta.

—Sí, yo… A lo mejor muy chiquito viví con mi mamá o mi papá, pero no me acuerdo. Me crio un señor que se llama Renato. Éramos varios con él y con su esposa, Pía. Pero ellos siempre nos decían que no éramos sus hijos. Ustedes son arrimados, nos decían. Ustedes no son nada nuestro.

—¿Y por qué los tenían? —otra pregunta mensa. Claro que me imagino por qué.

—Nos ponían a trabajar —cuenta el Sombra. Sí. Ya he oído otras historias así—. Nos mandaban a cargar a algún mercado o a pedalear con un vendedor de electricidad. Nos pegaban si no les

llevábamos la paga que querían… A mí me fue bien porque ahí me fui como entrenando. Me hice más fuerte. Un día de torneo me escapé de ellos, vine y ya entré…

—Ay, Sombra —¿qué me pasa?, ¿por qué estoy hablando así?, ¿por qué se me ocurre pura idiotez?—. Oye, Sombra, ¿y cómo te llamabas? O sea, antes de que te pusieran…

—Ah, no, siempre he sido Sombra. Con aquel fugón también así me decían.

En este momento el Sombra me da mucha pena. Mi apodo es feo, y mi nombre peor de feo, pero mi caso no se compara con el suyo. Porque de seguro también allá lo molestaban por el color de su piel…, y lo molestaron siempre. Desde que lo recogieron. Y lo recogieron solamente para ponerlo a trabajar.

Mi abuela será todo lo que es, pero me quiere. O piensa que me quiere. Como sea…

—Oye —dice el Sombra—, una cosa. Una pregunta. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Este…, sí.

—¿Es cierto que…?

—¿Que qué?

—¿Es cierto que te vas a casar?

Y con eso vuelvo a enojarme:

—¿Por qué siguen fastidiando con eso? —le pregunto—. ¿Quién te dijo? ¿Eh? ¿Qué creen que le veo al Tuercas ese o que él me ve a mí?

Y entonces el Sombra sonríe, y es su sonrisa tonta de antes. A lo mejor no se da cuenta de cómo se ve, pienso. O a lo mejor está muy contento de verdad.

—Ah, ¿entonces no es cierto? —dice.

—¡Pinche Sita! —se oye la voz de Plebe, y yo levanto la mirada y la veo venir. Ya se quitó el uniforme y trae su otra ropa —. ¿Dónde andas? Te estaba buscando…

—Ay, pinche Plebe —le digo, mientras la veo acercarse—.No me iba a quedar ahí afuera de donde estabas. Y hace mucho calor.

—Hola, Sombra —dice Plebe, que llega rápido hasta nosotros —. ¿Qué andan haciendo?

—¡Nada! —decimos el Sombra y yo al mismo tiempo.

No me gusta cómo nos mira Plebe ni cómo se queda un momento con la boca abierta ni cómo sonríe.

—Si quieres te veo al rato —dice.

—¡No! —contesto y me levanto—. Ya te saqué de trabajar otra vez… Ven. Ven, Plebe. ¡Nos vemos, Sombra! —me despido deprisa, y jalo a Plebe para salir del patio hacia las escaleras más cercanas. Casi estoy corriendo. Una sola vez volteo a ver que el Sombra se despide con la mano levantada. Plebe intenta preguntarme un par de veces… algo (no es cierto: sé exactamente qué quiere preguntar), pero no la dejo. No puedo, o más bien sí puedo, pero no quiero. Ahora no. Mejor subir las escaleras, dar un par de vueltas, meternos por un pasillito, luego por otro, y al final llegar a la base de unas escaleras estrechas y abrir una puertecita que se supone que no se puede abrir. (Yo sé cómo: hay que empujar un poco para arriba, y nadie lo hace porque esa zona del Fuerte es otra que no se usa.)

Subimos tres escalones más y estamos en un tapanco: mi cuartito secreto.

Celeste sabe que existe, pero obviamente no puede venir. Y sabe Plebe, y yo sé. Y ya. Si pudiera tener este cuarto sin el Fuerte, me vendría a vivir aquí para siempre. Como no se puede, nada más venimos a veces, a estar un rato. A no ver a nadie más.

Tenemos un par de sillas, una caja que usamos de mesa, y cosas que hemos venido guardando. Una linterna para alumbrarnos si hace falta. Alguna cosa de comer. Desde una ventanita, o más bien un hoyo cuadrado en donde el piso se junta con la pared, vemos todo el patio grande, donde son los torneos y los bailes, y nadie nos ve a nosotras.

—Oye, Sita… ¿Estás bien? ¿Qué pasa? ¿Qué pasó allá?

Yo suspiro. ¿Por qué suspiro? Ay, qué tonta soy. ¡Parezco personaje de comedia romántica!

—No preguntes —le digo al fin—. Después te digo. No sé muy bien, en realidad.

—Eso te va a costar, ¿te das cuenta? ¿Eh? ¿Todavía tienes? —me pregunta Plebe.

—Sí —le digo.

—¿Podemos?

Asiento y saco el frasco. Lo abro. Saco también, de una caja, la cucharita con la que nos servimos. Cada una toma un poco.

—Gracias, señorita —me dice Plebe, porque ahora estamos jugando a que esto es un restaurante de película, todo de lujo, donde a la gente le dan miel.

A principio de año, mi abuela le compró al señor Elodio dos frascos, carísimos. Celeste sólo puede hacerse la ilusión de que come, así que yo me quedé con uno entero. Creo que mi abuela ya se acabó el suyo, pero éste lo hemos hecho durar casi seis meses. Yo le expliqué a Plebe que es muy valioso porque la miel, que sabe tan dulce, ya no se puede hacer. Ya no existen los animales que la hacían, y que se llamaban *abejas*.

Así que en situaciones especiales —como ahora— venimos y probamos un poquito. También a que yo le lea a Plebe: tenemos las cuatro nuevas revistas que llegaron, y los tres libros. Casi todo lo que escaneamos para el Tesoro lo destruimos —no hay dónde ponerlo después y no todo es información para mantener las máquinas o las armas—, pero cada cosa que llega la reviso después con Plebe, y de vez en cuando me quedo con algunas. Nos gustan las fotos: muchas son de antes de que se pudieran hacer imágenes falsas como las de tantas películas. Hasta que las vimos fue que estuvimos seguras de que lo que cuentan las señoras grandes como mi abuela es cierto, y antes las cosas eran diferentes.

—El pomposo vestido en color marfil que lució Lady Di, confeccionado con cientos de metros de tafetán de seda y bordado con diez mil perlas —leo—, marcó una época. Fueron muchas las señoritas que imitaron el estilo romántico elegido por la princesa del pueblo para la ceremonia en el día que ella había imaginado sería el más importante de su vida. El traje será ofrecido en subasta el próximo día siete de diciembre en la casa Cooper Owen, y se prevé que alcanzará un precio de por lo menos cincuenta mil libras esterlinas…

Quién sabe qué serán tafetán o subasta o libras esterlinas. Le podría preguntar a Celeste, pero creo que es más bonito que no lo sepamos.

—Sí me vería bien sexy —dice Plebe, mirando otra foto, una de sus favoritas. Es una mujer que se parece un poco a ella, caminando en una calle muy plana y muy limpia, con un vestido muy bonito—. Tela amarilla —dice también. Como la foto es en blanco y negro ella le escoge cada vez un color diferente. Aunque no verde, para no parecer de Chapu.

También vemos películas en una tableta que saco del taller cuando puedo (sí, la señora Mabel tiene razón). La otra semana vimos una de aventuras en una selva, y Plebe se quedó con ganas

de más, así que ahora le traigo un documental.

—¿Por qué se llama Amazonas? —me pregunta cuando hemos visto unos diez minutos de árboles, animales y un río enorme.

—Se llamaba. Dice Celeste que lo talaron antes del Día Cero.

—¿Todo? Ay, qué fea historia —dice Plebe—. Ya me hiciste recordar… ¿Te dije que mi abuela tenía una revista? Mi mamá dice que cada vez que la veía se quedaba llore y llore.

Pongo cara triste, pero por compromiso, porque no creo que su abuela me llegue a caer bien jamás.

—Y ahora tú —digo— estás siempre con esa foto. ¿Me puedes explicar por qué te gusta? —le pregunto, señalando mi diadema.

Plebe hace cara. Ella es la única, fuera de Celeste y de mi abuela, que sabe que hago esto. Y no se lo cuenta a nadie, pero tampoco quiere darme permiso de grabarla. Y a ella sí no me gustaría grabarla sin permiso.

—Pensé que estabas muy enojada —me dice—. O muy… como estabas hace rato —y yo siento cómo me pongo roja.

—¡Sí estoy! —le respondo—. O sea, enojada. Mi abuela me tiene así —y levanto mi puño—. Primero dice que me va a enseñar muchas cosas, y luego no es cierto. Es como si no me tuviera confianza. Como si le fuera a quitar el trabajo, o algo…

—Un día ese trabajo va a ser tuyo, Sita —dice Plebe.

—¡Ya sé! Pero, ¿mientras? ¿No sería mejor que sí supiera todo, hasta para hacer mejor las cosas? Yo pensaba que ese era el plan.

—Bueno, tendrías que cambiar de planes si te casaras con…

—Ay, pinche Plebe, ya, si nada más estábamos hablando.

—Ah, no —dice ella—, no hablaba de él… Yo iba a decir que con el Tuercas.

Con Plebe no me puedo disgustar como con mi abuela o con otras mujeres. Y además el nombrecito ese me cae de sorpresa. Hasta siento un poco de frío.

—Siguen diciendo eso, ¿verdad?

—Oye, ¿no será que tu abuela lo está planeando y no te ha dicho?

—¡Ay, qué horror! Y no…, no creo —no le digo que Celeste lo sabría, que me lo contaría, porque no le puedo hablar de Celeste —. No creo que sea eso. Ha de ser puro chisme. De esas cosas que le gustan a la gente por morbosa.

—Imagínate que te hubieran visto hace rato con el Sombra.

—¡Ay, Plebe! Mejor…, tienes razón, mejor hablemos de otra cosa —vuelvo a señalar mi diadema—. Si no quieres hablar de miel, dime…

—No me vayas a grabar.

—Señorita, ¿por qué le gusta el Móder?

—¡Que no me grabes!

—No te estoy grabando. Pero…

—¿Sabes qué? Ya me tengo que ir.

—¿Tan pronto?

—Ay, Sita —me dice, y se levanta—. De veras que no te das cuenta.

—¿De qué?

—Tú te puedes quedar las horas aquí porque no tienes que estar recogiendo caca. Sí eres una princesa. O sea, está bien.

Yo me quedo con la boca abierta y ella aprovecha para irse. Me dice que luego me busca. Cuando acabe, ahora sí, lo que dejó pendiente.

Me quito la diadema, prendo la cámara y la pongo cerca del agujero, para ver el patio. Toma larga, se llama. Se ve a la gente pasar muy despacio. Parece que va a haber algo. Tal vez un pase de lista. Me voy a quedar aquí hasta después de que acabe eso y de que sea la hora de comer. Para fastidiar a mi abuela. Si me pega, que me pegue. Y que Plebe me espere sentada. Me la voy a pasar leyendo y viendo fotos. A lo mejor veo otra película. Tengo pendiente una muy rara que me recomendó Celeste que se llama *Orlando,* acerca de una mujer que (me dice) se transforma de vez en cuando en hombre, y vive muchos siglos y muchas vidas.

A lo mejor también saco la diadema de donde está, la apunto hacia mí y le digo sus verdades a la cámara. Es algo más que hago a veces cuando me enojo y no puedo reclamarle a nadie. Si pongo todo esto en la película que estoy haciendo, no sólo va a ser la primera que se hace en este reino, la única y original, sino algo bien duro, a su modo. Bien amargo.

Aunque tal vez no me haga tomas hoy, porque otro que a lo mejor está sentado donde lo dejé es el Sombra. ¿Estará ahí todavía? ¿Qué más me da que esté o no? ¿Y por qué tengo que acordarme de él ahora?¿Por qué se fue a meter en mi rato de mal humor, a verme de lejos, a decir lo que sea que haya dicho?

Al final, apunto hacia mí con la diadema y me grabo tomando

una gran cucharada de miel.

Me gusta mucho.

LUCINA,
ONCE DÍAS ANTES

Al otro día, viernes, Sita sigue sin hablarme.

—Debiste tratar de hacer las paces con ella desde ayer —me regaña Celeste.

—Tú viste a qué hora llegué del Palacio.

—Y sin que hubiera junta ni nada, ¿verdad?

—El tipo este, el Astro…

—¿Es el que es una lacra? —como no tenemos cámaras en el Palacio, Celeste no conoce tan bien a la corte del Jefe: sus consejeros, sus generales, sus lambiscones.

—Uno de varios. Me tuvo esperando más de dos horas y al final me salió con que el Jefe ni siquiera estaba.

—Ay, baboso.

No le digo a Celeste que el asunto me preocupa. En el Palacio no me quieren mucho: me necesitan, pero preferirían que fuera otra persona quien se encargara de lo que yo hago. Un hombre. Alguien más cercano a ellos. Por eso convencieron al Jefe de que me asignara un segundo aprendiz, alguien que no fuera mi nieta. En los momentos malos, me pregunto si no estarán esperando a que crea saberlo todo para quitarme de en medio, pero luego pienso que ese es otro argumento de película.

Hace un rato, Sita se fue con su escolta —y a pedido de Celeste, no mío— a ocuparse de un nuevo encargo: revisar unas máquinas en el Centro Médico. Ya me encargaré yo de lo que no pueda arreglar ella. Y tal vez así, lejos del Fuerte por un rato, se le pase. O tal vez no. Conozco ese carácter: es el de su mamá, y el mío, a fin de cuentas.

En todo caso, resulta que estuvo bien haberla mandado lejos, porque poco después de mediodía, mientras estoy digitalizando los libros que Elodio nos vendió el otro día para meterlos al Tesoro, me avisan que tengo visitas: precisamente el Tuercas está en el Fuerte y viene a verme. No le toca clase, pero aquí está.

Una urgencia.

Tengo que guardar todo lo que el Tuercas no debe ver, y debo hacerlo sola, porque Sita no está. Eso es otra urgencia.

Llama a la puerta del taller y le abro. Cuando yo era adolescente me hubiera llamado mucho la atención. Es un chico con talento natural para máquinas y cables. Se fijaron en él porque es hijo de un capitán, pero en todo caso lo dejaron no meterse a la Tropa y lo mandaron a aprender con los mecánicos y pelacables del cuartel en el que vivía. Y ahora, conmigo.

—Buenas tardes, señora. Perdone que la interrumpa, me mandaron del Palacio…

Tiene pelo muy rizado, casi un afro, y unos lentes aún más gruesos que los míos, con una correa elástica para mantenerlos pegados sobre su cara. Es pequeño y flaco, pero porque así es su cuerpo, y no por no comer: come, lo he visto, y bastante. Trae algo parecido al uniforme de la Tropa, pero con una camiseta gris, sin insignias. Tiene diecisiete años y debe ser la persona más extraña de todo el Centro…, después de mí, supongo. O de Sita.

—¿Qué es esto? —trae una caja grande de cartón, y dentro de ella otra, de plástico negro, con varios controles y una rueda de plástico en la parte de arriba—. ¡Ah, una tornamesa digital!

—Se puede hacer música con ella —dice el Tuercas—. ¿No?

—Uy, no había visto una de éstas desde el tiempo de… Uy. Y sí, es para hacer música. O más bien para mezclarla. Cargas archivos de audio y los mezclas con los controles. Creo. El diseño está basado en el de otro aparato más antiguo, que usaba discos de vinil, y es de antes de que se cayera el mundo. Lo veías en los antros.

La mitad de lo que digo le pasa de noche al pobre Tuercas, que me dice:

—¿Entonces no está descompuesta?

—Hay que revisarla.

Nos sentamos en lados opuestos de una mesa y la revisamos. No viene con cables, pero con un poco de paciencia (y de ayuda de Celeste, que me habla al oído) podemos conectarla y cargarla. Celeste también encuentra en el Tesoro los controladores necesarios para manipularla y hasta el manual de usuario.

—¡Usted tiene todo! —dice el Tuercas.

—Todo lo que hemos podido rescatar —le respondo—. Aunque sí, el Tesoro es grande. Y le seguimos añadiendo todo lo

que conseguimos. Mira, por ejemplo, este libro —y le doy el que iba a comenzar a pasar por el escáner.

El Tuercas lee el título. No sabe leer tan bien como Sita:

—*Técnica y poder…¿Nos salvarán los bi…?*

—Billonarios —digo.

—*¿… del cambio… climático?* —acaba él—. ¿Climático?

—Lo dijiste bien.

—¿De qué se trata?

—De Aquellos, los que se fueron. ¿Te han contado la historia?

—¿Los que dice la gente que van a regresar?

—¿Entiendes el significado de la frase? Si alguien dice que tal cosa va a pasar "cuando vuelvan Aquellos", quiere decir que no va a pasar nunca.

—¡Ah, no sabía!

—Ay, niño, cáeme bien —digo.

—¿Qué?

—Nada, nada —el Tuercas (hay que reconocerlo) es más hábil con las herramientas que Sita, y este trabajo le gusta de verdad. Pero no parece tener imaginación ni curiosidad—. Los viejos decimos muchas frases raras.

—¿Como cuándo irán a acabar usted y Sita?

—¿Acabar de qué?

—De guardar toda la información.

No lo puedo evitar y me río:

—¡Ay, Tuercas! ¡Nunca! Ya te dije que nada más la red mundial, o sea, todo lo que estaba en ella, que está aparte de todo lo impreso, era enorme, ¿te acuerdas? Millones de veces más grande que lo que tenemos. Y cuando la cortaron, la mayor parte se perdió porque tenía candados que no se podían abrir. Nada de eso lo vamos a tener.

—Yo pensaba que sí iban a terminar.

Al oír eso me siento inquieta. ¿Debería preocuparme (más) por lo que acaba de decir? ¿Significa que ya tiene ganas de ocupar mi lugar? No, ya basta, me estoy volviendo paranoica.

—En cualquier caso —le digo—, nadie tiene más de esto que nosotros. Ni en los otros reinos… ni en el mundo, quizá, quién sabe.

Creo que otra vez ha entendido como la mitad de lo que dije. Le gusta ver que los aparatos funcionen, y ya. Me recuerda a muchos ingenieros que conocí.

Cambiamos de tema. El Jefe es quien quiere esta tornamesa funcionando porque vio a un DJ en una película y se acordó de que existían. No le va a gustar enterarse de que alguno de sus músicos tendrá que aprender a usar el juguetito antes de poder tener su baile electrónico, pero al final resulta que todo lo que falta es eso. Tal vez el mismo Tuercas pueda aprender a hacerlo.

Estamos acabando de guardar la tornamesa, sus cables recién añadidos y una memoria USB con música para que alguien la mezcle —nada que no hayamos regalado antes, hace muchos años que guardo tanto como es posible del Tesoro, para que siga siendo Tesoro— cuando el Tuercas me sale con:

—Oiga, señora Lucina, una pregunta. No se la quería hacer, pero están diciendo… ¿Quiere usted casar a Sita?

—¿Yo? ¿Eso es lo que dicen, que *yo* quiero…?

—Dicen que la quiere casar conmigo.

Me tardo un momento. No es que no sepa qué responderle. Claro que sé: "¡No! ¡Nunca! ¡La casaré cuando vuelvan Aquellos! ¡Y no será contigo!"

—¿Quién te dijo eso? —pregunto.

—Andan diciendo. Pero otras personas dicen que la quiere casar con un soldado…

—¿Un soldado?

Los pensamientos se me agolpan. Cuando llegó el Tuercas ni siquiera pude argumentar, oponerme. Estaba aquí un día, "para su primera clase", y así me enteré de que la decisión estaba tomada. Fui a hablar para quejarme y no me sirvió de nada. Me trataron más o menos como me trataron ayer.

Esto no es igual. El mismo Tuercas lo ha oído como rumor y ni siquiera está seguro de que tenga que ver con él. A lo mejor sólo es una historia que alguien se inventó, y en la que igual puede entrar el Tuercas, porque viene con frecuencia, o cualquier otro hombre del Fuerte. Y porque Sita es rara…, porque la he *hecho* rara…

—En todo caso, no —digo de pronto—. No he pensado en eso todavía. En casarla.

Del otro lado de la mesa, el Tuercas sostiene la caja de la tornamesa entre las manos, como para protegerse.

—No se vaya a ofender —me dice—. Sita es una niña muy… —y se tarda en encontrar una palabra elogiosa—: muy trabajadora.

¡Éste no se quiere casar! O se quiere casar con una muchacha de pelo largo, de aspecto "femenino", obediente. Es decir, el Tuercas es igual que todos los demás. Y ni siquiera está interesado. Trato de no hacer ningún gesto, de no sonreír. Sólo es cuestión de tener un poco de paciencia y el rumor dejará de circular. O eso espero…

—Sí —le contesto—. Gracias. Y además es muy inteligente. Y por eso creo que donde mejor está de momento es aquí, aprendiendo, y que ya habrá tiempo para lo demás. De todos modos, aún está muy chica. O sea que no, Tuercas. Por el momento nadie te va a casar. O yo, al menos, no. No te preocupes.

El Tuercas, sin soltar su caja, recoge el resto del equipo y se despide hasta el próximo lunes, que volverá a su clase habitual. Yo lo acompaño hasta la puerta, cierro con doble vuelta y suspiro.

—¿Tú habías oído la versión del soldado? —le pregunto a Celeste.

—Esa versión no —me contesta—. Preguntaré.

—Pero, mientras, tú dirías que sí parece que más bien no quiere, ¿verdad?

—No —dice ella—. O sea, sí. O sea, que más bien no… A ver, a ver, espera. Lucina. Mira para acá —y yo volteo hacia su pantalla y la veo poner una expresión de alivio. Con una mano (virtual) hace como si se secara unas gotas de sudor de la frente. Como de película.

Sita regresa de su encargo un poco de mejor humor. Comemos. De regreso al trabajo, ella nos cuenta que en el Centro Médico está fallando un generador. Sita tomó fotos de las piezas dañadas. Las pasamos a una computadora y Celeste nota que no tenemos ninguna refacción. A lo mejor se puede imprimir una. No sería una pieza demasiado pequeña.

Decidimos que Sita tendrá que volver mañana a tomar más fotos, y luego ella se va otra vez, ahora a pasar la película quincenal de las mujeres. Yo no voy, pero la miro por un monitor. Es muy raro verla caminar delante de toda la tropa de agricultoras, ganaderas, afanadoras, esposas, hacia el salón. Sólo va con ellas un muchacho para ayudar a Sita a mover cosas.

Les va a pasar *Señales de amor,* que es de las que le gustan a Toña y a varias otras mujeres y tienen la aprobación del Vegueta.

—Cuando Sita se enoja, no te enojes tú también —dice Celeste.

—¿A qué viene eso?

—Hablen de aquel otro asunto cuando regrese. No lo vayas a dejar pasar. Y ya háblale derecho, cuéntale todo.

No me gusta oírlo, pero tiene razón. Me va a costar trabajo. Nos enojamos y luego no decimos nada, porque así se ha hecho la relación entre Sita y yo. Es mucho más difícil de lo que yo hubiera pensado.

A lo mejor estamos mejorando. O cambiando al menos. Un poco. La gente sí cambia. Hoy diría que no soporto la idea de dejar a Sita con alguien como el Tuercas, que no lo haré nunca si lo puedo evitar, pero si me hubieran preguntado de joven, yo hubiera dicho más bien que no quería tener hijos, ¡mucho menos nietos…! Yo quería vivir, que ya era bastante difícil, y que rodara el mundo. Que se cayera, decía. Decíamos muchos. Realmente lo decíamos así: "Si se está cayendo, que se acabe de caer. De una vez. ¿Qué puede una hacer? Nada".

Y entonces acabó de caerse.

Recuerdo que el Día Cero fue un martes. El colegio, entonces esto era un colegio, estaba medio vacío. Yo había venido a cubrir mis horas de servicio social, pero nadie me hacía caso: la gente iba de un lado a otro de los pasillos y todos hablaban a la vez. Todos estaban muy nerviosos. Aunque ese era el tiempo en el que todos estábamos siempre muy nerviosos. La Universidad ya había cerrado y yo no estaba segura de que fuera a obtener mi título, incluso si completaba todas mis horas. Ya había apagones por las noches y escasez de todo. Conseguir gasolina para los coches se había vuelto casi imposible y la gente se peleaba por un ventilador o un garrafón de agua. Había dos levantamientos diferentes contra el gobierno, y uno dentro del gobierno. O más. Todo era peor desde que los estados del norte, del sur y del noreste se habían separado y formado sus propias repúblicas, porque esta ciudad —la ciudad enorme que luego se iba a partir en muchas— tenía que importar casi todo, y apenas quedaban lugares de donde hacerlo. Muchas zonas, sobre todo de las ecuatoriales, donde siempre había hecho más calor, ya eran totalmente inhabitables. Todos los días llegaban cientos de personas a la ciudad, y todos los días huían otros tantos, quién

sabe hacia dónde, para qué: si querían ir al norte, a climas más fríos, no sólo debían cruzar las antiguas fronteras, sino las de los nuevos países.

En las redes, la gente preguntaba, discutía, peleaba, compartía noticias y ruido. Era casi imposible ponerse de acuerdo en ninguna cosa. Había quienes creían que el antiguo país seguía existiendo o que la temperatura del mundo estaba bajando.

Y yo venía a disgusto al trabajo porque era arreglar aparatos, improvisar instalaciones y piezas, tratar de mantener equipos que ya tenían años y no se iban a poder reponer. Yo había estudiado ingeniería en electrónica y comunicaciones. Aspiraba a otra cosa. Decía: "¡No me quiero dedicar a esto toda la vida!"

Esa mañana entré, dejé mis cosas en la oficina donde trabajaba y vi de pronto al director del colegio, corriendo por el pasillo con una maleta enorme. Después supe que en el colegio había documentos antiguos, obras de arte, muchos objetos de siglos anteriores, del tiempo de la fundación del colegio…, y que ese día desaparecieron algunos de ellos. Ya se habían robado otros, y en los años que siguieron no quedó ninguno. Quién sabe quién se llevó todo y adónde.

Varios profesores iban también a toda prisa, para un lado y para otro. No entendí qué estaba pasando y me fui tras un grupo de ellos. Llegamos a las puertas de entrada, donde también había muchos niños: algunos se salían, aunque apenas eran las nueve de la mañana, o se quedaban esperando, como a que alguien llegara a recogerlos. Otros más esperaban en los patios o en sus salones, mirando sus teléfonos con miedo. Yo entendí hasta que quise ver si había un simulacro de terremoto o algo así, saqué mi propio teléfono… y no pude encontrar noticias en la red porque no había red, porque ese fue el día en que la red no sólo se fue, como ya había sucedido varias veces antes, sino que ya no regresó. Las aplicaciones se activaban, pero no aparecía ninguna información nueva en ellas.

—¿Ahora sí la habrán tirado? —me preguntó Cecilia, la abuela de Plebe, que entonces era de las encargadas de limpieza del colegio.

—¿Tirado? ¿La red? Se supone que no se puede "tirar".

—Andaban diciendo que la iban a cancelar. Que ya no era útil que la tuviéramos acá. Que ha servido para tenernos

anestesiados, alelados, pero que ya cumplió su misión, porque es demasiado tarde para impedir lo que ellos van a hacer.

—¿En qué grupo de teorías conspiratorias viste eso? —y ella me lo quiso enseñar, pero, claro, ya no era posible.

Cecilia, por otro lado, fue quien tuvo la idea de encender una radio, y en la radio había algunas estaciones con música, como si nada, pero otras con voces que decían que el gobierno se había marchado, que no estaba claro si había un sucesor del presidente, que no había noticias del ejército, y yo no hice caso de todo, recuerdo, porque seguía en estado de *shock* por lo de la red. ¿Cómo podía no haber red? ¿Cómo le iba a avisar a mi familia, si sus números los tenía en la nube y jamás me los había aprendido? ¿Realmente no había red o sólo era en el colegio? ¿Qué iba a decir el director si regresaba? ¿Me echaría la culpa, en mi calidad de encargada de los equipos?

El horror entero de todo eso nos llegó hasta después, cuando entendimos bien, cuando supimos que realmente se había terminado. Lo de menos era que todos los teléfonos y todas las computadoras se hubieran vuelto ciegos y estúpidos.

También hasta después comprendí lo que había querido decir una voz en la radio al avisar que "En un comunicado, la presidencia declaró que no tiene más opción que dar por perdida la plaza". Así lo dijeron, con esas palabras, eso no lo olvidaré nunca, y "plaza" no quería decir "ciudad", como en otro tiempo, sino "país". Nos estaban diciendo que hasta el paisito pequeño en el que habíamos acabado viviendo ya no existía. "Deseamos buena suerte a nuestros escuchas", dijo luego la voz, y ya no volvimos a escuchar nada en aquella estación.

Y para entonces ya habían llegado los otros ejércitos, los que se iban a pelear el Centro, incluyendo a la Tropa. Y los balazos fueron cuadra por cuadra, puerta por puerta, hasta que se acabaron las balas, y entonces salieron los machetes, las porras…

De joven, a la edad de mi hija y hasta más grande, siempre me estuve burlando del futuro. Siempre estuve anticipando que iba a ser horrible, pero como si no importara, como si decirlo en voz alta lo hiciera menos espantoso. Y entonces ya no fue más el futuro, sino el presente, y yo vivía en él. Y aquí sigo todavía.

La Bruja del Fuerte, para servir a Dios y a usted, sentada en su taller, sola con su única amiga. Y sin poder quitarse de encima la idea de que algo va a pasar, algo horrible que todavía no

puede ver.

SITA, ONCE, DIEZ,
NUEVE DÍAS ANTES

Cuando salí para el Centro Médico me pusieron escolta, como siempre. No me gusta. Por mí me iría sola a todas partes. Además, con el *look* que traigo, siempre me confunden con un soldado de todas maneras, al menos cuando me ven de lejos.

Y, además, en la escolta estaba el Sombra. Quién sabe cómo le hizo para que lo dejaran salir. Yo hice lo que pude para no mirarlo.

Pero cuando llegamos pasó algo raro.

Nos recibió el encargado: es un tal doctor Mata (qué pésimo nombre, la verdad) y se puso a hablar con el Nueve, que es algo más que siempre pasa, puede que de lejos me confundan, pero cuando me ven de cerca ven que soy mujer y creen que tienen que hablar con un hombre. Y entonces yo les digo que no sean ridículos, y que soy la nieta de la Bruja del Fuerte, y que a mí es a quien tienen que explicarle lo que pasa.

Pero ayer no pude hacerlo, porque el Sombra se me adelantó:

—Oiga, es con ella —le dijo al doctor, y él se me quedó viendo, abrió la boca, y la cerró.

—Ah —dijo—. ¿Tú eres la hija, digo, la nieta de la bru…, digo, de la señora? ¡La ingeniera!

Luego dijo que el Centro Médico es un hospital enorme del que apenas se usa la décima parte (ya lo sabía), que a pesar de eso tienen generadores propios (ya lo sabía), que son de pedales, para que los que tienen enfermos paguen con energía (ya lo sabía también), que con la electricidad cargan pilas y cosas así para venderlas (también) y que uno ya no servía porque varias piezas se habían roto (esto era la novedad, e iba a ser un problema, porque su mecánico no tenía repuestos).

—Tenemos a un montón de seres queridos con ganas de ponerse a pedalear, pero no hay dónde. Ya tenemos los demás generadores funcionando las veinticuatro horas —me siguió

diciendo, y mientras hablaba alcancé a oír que el Nueve se burlaba del Sombra:

—Ay, ya tienes tu capitán. Tu capitancita. Capitán Sita.

Y se rio. Tarado. ¿Tenía que decirlo todas esas veces para darse a entender?

Pero yo no podía defender al Sombra, no podía decir nada, porque cualquier cosa que dijera iba a ser peor para él y para mí. Así que seguí hablando con el doctor. Pero sí estaba muy extrañada. ¿Por qué hacía que lo molestaran así? ¿De qué le servía tratar de defenderme?

Estuve tan disgustada que nunca me acordé de prender mi cámara. ¡Cómo me hubiera gustado grabar al Nueve! Lo habría usado para un momento cómico.

El doctor acabó de explicarme, me enseñó la marca del generador y cómo se veían las piezas rotas, regresamos al Fuerte y (por cierto) otra vez le saqué la vuelta al Sombra, pero yo sabía que él estaba todo el tiempo voltee y voltee, para ver si me encontraba la mirada.

Al otro día regresamos a que yo tomara fotos. No había información suficiente en el Tesoro: a lo mejor sí existía alguna pieza que pudiera servir en algún lado del taller o en las bodegas del Fuerte o en alguna otra parte, pero primero había que precisar, dijo Celeste: ver mejor la forma de las piezas, quizá encontrar un número de parte, algo, cualquier cosa.

—Lo que me puedas traer estará bien —me dijo—. Lo malo de no ser un robot es que no puedo clavarme a revisar toda la información disponible que pudiera ser pertinente hasta llegar a algo. Me aburro, se me va la cabeza. O sea, tú me entiendes.

Ahora sí prendí mi cámara para casi todo el camino, pero ahora en mi escolta no estaba el Sombra. Se habrá quedado en el Fuerte, y nadie me dijo nada al respecto. En realidad no me dijeron casi nada de nada. Esta vez sí usé mi cámara. Subida en el carro, hice tomas de las calles, de la gente caminando con sus mantos (hacía más calor que de costumbre), de las ruinas de una iglesia que está por ahí…, y también de algo que me sorprendió mucho: ¡un gato! Se me quedó viendo desde atrás del vidrio de una ventana. Creo que es la primera vez que veo un gato en el mundo. En las películas hay muchos, pero aquí la gente se los come. O se los comió, diría la mamá de Plebe. Mi abuela habla de eso de vez en cuando, en sus historias de horror sobre la caída

del mundo.

Nos quedamos mirando, yo como tonta y él como gato (o gata, no sé): tenía el pelo blanco con manchas negras, los ojos amarillos y una mancha negra en la nariz, en forma de corazón. Quien lo tiene así debe quererlo mucho porque ha de ser dificilísimo cuidarlo, darle de comer. Por menos problemas hay familias que mandan a sus enfermos o a sus abuelos para que los reciclen.

(Dicen que la señora Cecilia, la abuela de Plebe, hizo eso con su marido, y a veces me acuerdo de todo lo que nos odiaba a mi abuela y a mí, y como que me gusta pensar que ella ya está reciclada también. Que ya no queda nada de ella. Pero luego pienso que así vamos a acabar todos, de todas maneras, y que no sé si realmente hizo eso que dicen, ni, para el caso, por qué nos odiaba. Nunca le hicimos nada, pero a lo mejor ella tenía un problema, y es bien fácil desquitarte con alguien más de los problemas que no puedes resolver. Cuando entendí esto me enfugoné muchísimo, pero no había nada más que pudiera hacer.)

En el Centro Médico nos llevaron a un taller que tienen y yo saqué el teléfono que había traído: de los viejitos, que guardamos bien envueltos en tela y dentro de cajas de metal o madera, porque son los que mejor sirven para tomar fotos y guardarlas, y de ésos ya no va a haber nuevos nunca más, y arreglarlos cuando se rompen es casi imposible.

Una señora que estaba con el doctor, y que era quien había traído las piezas rotas, se le quedó viendo con asombro.

—¡Oooh! —dijo, de verdad lo dijo, y la volteé a ver para hacerle una toma larga de la cara y la boca bien abierta, y ahí supe que nunca ha visto una película porque ahí salen muchos teléfonos, y además los usan para todas las otras cosas que podían hacer, como encontrar información, tocar música o comunicar a una persona con otra.

—Tantito hacia atrás para que no me tapen la luz —les dije. Los trozos de metal estaban puestos en una mesa. Yo tenía que hacerles fotos desde todos los ángulos para Celeste.

—Con eso nomás aprieta un botón y aparece la pieza —dijo el Nueve, que sí es bien ojete, la verdad. Eso lo dijo para meterme en problemas a mí. Les tuve que explicar que no, que iba a tardar más tiempo, y que tampoco, no es con magia. Es como hacer

cualquier otra cosa. Y él todavía me dijo riéndose—: Bruja tenías que ser.

Y entonces fue cuando la señora se me acercó.

El doctor no alcanzó a detenerla y los soldados tampoco.

—Oye, ¿no le puedes ayudar a mi hijo? —me preguntó. Me tomó del brazo. No era tan grande como parecía. A lo mejor tenía unos treinta años, pero tenía la cara toda ajada y caminaba encorvada, como con un gran peso. Llevaba una sudadera de color gris sucio que, de nueva, tal vez había sido negra. En el pecho tenía restos de color. Me recordó la forma del escudo amarillo de Batman.

—A ver, señora —empezó el doctor, pero ella no me soltó y se siguió.

—Un troceado lo picó. Le dio en la panza. No se alivia y no se alivia. Y le duele. ¿No lo puedes curar? Lo tienen acá en una cama… Óyelo.

Primero no oí nada. Luego me di cuenta de que alguien se quejaba. Varias personas. Seguramente estaban en otros cuartos del mismo edificio. Serían víctimas de los troceados, se habrían caído de alguna parte, estarían intoxicados o enfermos de viruela, influenza o cualquier otra cosa. O alguien más les habría caído a golpes o a cuchilladas. Algo más que existe en las películas, pero casi no hay en la vida real, es anestesia o medicinas. En general, las que todavía se consiguen o se pueden hacer se las quedan el Jefe o su gente. (Este Mata dice que aprendió con un doctor de antes de la caída, pero tampoco debe ser tan bueno, porque no trabaja para la Tropa, sino para personas comunes, pobres.)

—Ayúdalo —me dijo la señora—. Ya uno de mis hijos se fue a la planta. Ya no quiero mandar a otro…

—A ver, no, espere —dijo el doctor, y los soldados lo ayudaron a hacerla a un lado y a sacarla, y no fueron tan bruscos, pero ella empezó a llorar, y esa voz, junto con las otras, fue también de lo que grabé con mi otra cámara, la secreta, durante ese día.

Y hoy domingo es misa. Ahora estoy en la misa. Y otra vez pido perdón sin hablar.

Ya acabó el sermón. La gente ya está bailando. Es la parte que más me gusta de las misas, porque el profeta usa de la misma música que se pone en las fiestas. Así que es como si tuviéramos

otra fiesta. ¡Cinco fiestas al mes! Hasta luces pone, y la música está al mismo volumen, aunque se oye más fuerte porque estamos dentro de la capilla del Fuerte, que es más cerrada y más pequeña que los patios, y la usamos solo para esto.

Los videos que el profeta pasa en el proyector no son de mujeres "buenotas" (así dicen los soldados), como las que pasamos mi abuela y yo en los bailes, sino de Jesucristo, la Virgen o la Santa Muerte. Sé que vienen de películas también —*El Manto Sagrado, Jesucristo Superestrella, Últimos días en el desierto* y muchas otras—, que Celeste LOS juntó todos, o al menos la mayor parte, y que mi abuela los regaló a todas las iglesias del Centro.

Un acólito del profeta es el que maneja el proyector. No lo hace tan bien como yo podría hacerlo, pero así yo no tengo obligaciones. Debería estar bailando como todos los demás. Me gustaría.

Pero no estoy bailando. Por eso pido perdón.

Apenas me muevo, en realidad, porque si lo hago no sale bien lo que graba la cámara de mi diadema. Grabo cómo bailan los demás. Me quedo mirando a unos diez soldados que hacen rueda entre ellos, a ver quién hace los mejores pasos. Veo que sus bocas se abren y que gritan, y no oigo nada. Doy unos pasos para atrás y me fijo en Plebe, que siempre se pone loca y brinca sin parar desde el principio hasta el final de cada canción. Es de las que el profeta siempre pone de ejemplo.

—¡Así! —dice él, y se mueve para que su túnica, que tiene lentejuelas y muchos colores, brille con la luz—. ¡Así lo quiere el Señor! ¡Así lo quiere el Jefe, venga! —Plebe no me hace ningún caso, y eso que sí le dio gusto verme llegar.

Muchas mujeres le entran con ganas a la misa. Despacito, voy tomando a Hanna, Sesi y Lola, que son de la gente de la señora Mabel, la mamá de Plebe; de las esposas, la Güera, que es del Urko, uno de los tenientes del Vegueta (Toña no vino hoy); Mandy, la hija grande de Ruth, la Peluche, que es su hija chica… Me echo a andar despacito y las voy encontrando. Las miro para que la cámara las mire. Varias de ellas, y también soldados grandes y chicos, empiezan a hacer otro círculo mucho más grande hasta adelante, junto a la tarima a la que se sube el profeta, y entonces viene el *mosh,* que es cuando todos nos echamos unos encima de otros, nos pegamos y nos pateamos. Es

otra parte que me gusta, aunque la verdad es que a veces uso a Plebe o a alguien más de escudo, porque en cambio me choca que un niño todo emocionado se me quiera arrimar de otra manera. Se supone que la gente no se me debe acercar: que me visto como me visto, me corto el pelo y mi abuela es quien es, y que incluso si no fuera así, no tengo pechos todavía. Ésa es regla en todo el Centro. Pero entre los tarados que viven aquí hay muchos que sí son tarados de veras, o que se hacen los tarados porque les conviene.

Y ahora veo a Plebe, que ya tiene desarrollado el busto, poquito, pero tiene, y que ella misma se arrima al… ¡Móder! ¡Vaya, vaya!

(En estos días apenas la he visto, pero ya me dijeron dos veces que ya ni siquiera se esconden. Incluso se dan besos cuando no están en el *mosh,* de mañana, cuando cambia el turno. ¡Y yo lo supe desde el principio!)

Me acerco al círculo nuevo. No me meto. Quiero grabar cómo se meten ellos. Quiero verlos saltar y chocar en el aire. El profeta dice que todo el baile es para que todos nos dejemos llevar y no pensemos en nada, pero ahora yo tengo esta otra tarea. "Échale ganas a lo que te toca", dice también el profeta, y yo le hago caso ahora, aunque no creo que lo que yo digo que "me toca" —la misión que yo decidí que tengo para hoy— le fuera a gustar.

También uso de excusa algo que siempre me dice Celeste:

—Los dioses perdonan. ¿Crees que todo les va a importar igual? A la gente grande le perdonan las cosas grandes, las más horribles, y a la que es pequeña los pecados chiquitos.

No me gusta que diga "los dioses" porque nada más hay uno, pero he visto películas con dioses. No me espanto. Y así es Celeste. Como tiene el Tesoro, lo sabe todo y de pronto es demasiado y no puede evitar decir ese tipo de cosas. O así lo entiendo yo.

Pero no es momento de pensar en nada de esto. Es momento de pedir perdón con la boca cerrada, otra vez, las que hagan falta, porque si esto es malo igual lo estoy haciendo. Y no voy a parar.

Además, todo esto se me ocurrió por culpa de Celeste y de mi abuela. Así le voy a decir a ella, a mi abuela, cuando haya terminado. Que no lo habría intentado de no ser por ellas. Ya lo tengo todo pensado. La última escena que voy a grabar. Va a ser

conmigo, pero no va a ser de enojo, sino de desahogo. Cuando llegue el momento, yo creo que de día, en un rato de descanso entre las clases que me da mi abuela y alguna salida, voy a ir a mi cuarto. Voy a poner la diadema en la mesita que está junto a mi cama. La voy a apuntar a un rincón y ahí me voy a sentar a hablar. Mirando directamente a la cámara para que quien vea la pantalla sienta que me está mirando. Que nos miramos.

Ya tengo muy pensado lo que voy a decir.

—Todo empezó cuando yo tenía siete años. Estaba jugando con tres amigas: Plebe, Melisa y la Ratona. A las dos últimas no las van a ver en esta película porque se murieron poco después. En esta época la gente no vive mucho en general.

"Teníamos muñecas que nos había hecho Celeste. También teníamos ropita para ponerles. Unos vestiditos rojos y negros, chiquititos, pegados. Me gustaría enseñarles cómo eran, pero todo eso se recicló cuando dejamos de usarlo. Primero las poníamos a coquetear y luego a pelearse con espadas y pistolas. A mí me gustaba más la parte de las peleas y a ellas la del coqueteo. Decían que las mujeres no usan armas, que eso es cosa de hombres. La Ratona dijo que había visto una vez un muñeco con aspecto de hombre, en el mercado. "¿No nos podrían hacer unos muñecos hombres?", preguntó. Para que ellos tuvieran las armas.

"Ese mismo día fui al taller de mi abuela. No le pedí muñecos, sino que pasara una película para mis amigas y yo: una de las que veían los soldados y en las que salían mujeres con armas. Para convencerlas. Y ella no quiso: nada más me dijo que las mujeres no tenemos permiso de usar armas y que no debía estar poniéndole ideas en la cabeza a la gente. Y yo me enojé mucho. Muchísimo.

"Como soy necia, no me di por vencida y fui con Celeste. Y ella tampoco quiso pasarnos la película ni hacer más juguetes ni nada parecido. No podía, me dijo. Y yo le dije que no era justo, y ella me contestó que no, no era justo, pero que el mundo entero tampoco lo es.

"Y luego dijo que lo que sí podía hacer era enseñarme algo distinto. Eso dijo. Distinto.

"Primero pensé que iba a echarme datos raros, que es algo que le encanta. Pero no.

"Mi abuela ya se había ido. Celeste no tuvo que esperar. Yo le pregunté que qué era lo distinto, y ella puso en una pantalla pedazos

de… otras películas. De muchas otras. Me dijo que tenía guardadas en el Tesoro miles y miles que nunca le podría pasar a los soldados o a las mujeres, y que sólo las veía ella, o si acaso mi abuela. Que estaban prohibidas.

"¡Todavía me acuerdo y me da un escalofrío…!

Acá y ahora la gente se está poniendo más loca todavía. Plebe se sigue besando con el Móder. Mandy se le avienta a la Güera y la tira. También veo a dos o tres soldados ya en el suelo, pegándose unos a otros, ¡y uno voltea a verme! Se levanta a toda velocidad y se va para otro lado. Los otros dos se van también, en otra dirección.

Y ahora…

Alguien más me está mirando.

Creo que no lo quiero ver. Pienso en otra cosa. En lo que voy a decir en mi película:

—Lo que mi abuela y Celeste guardan, lo que llaman el Tesoro, no es más que información de antes de que el mundo se cayera, bajada (¿copiada?, ¿transferida?, ¿descargada?, esa parte me cuesta trabajo todavía) antes del Día Cero, o agregada después por mi abuela y por Celeste. Muchas cosas viejas como libros y cintas que compramos en el mercado se van para allá también. Para que no se pierda.

"Son millones de archivos: textos, fotos, audio y video, y también otros que no sé muy bien qué son y ellas tampoco. Todo está guardado en unidades de gran capacidad como las que usa Celeste. Y entre ellos están esas otras películas, las que Celeste me enseñó. Y que estaban prohibidas, me dijo, porque la cuestión no es nada más si las mujeres pueden usar armas o no.

¿Quién es ése y por qué sigue ahí?

—En las películas que me puso Celeste, y que he seguido viendo desde entonces, hay algunas mujeres que usan armas, pero eso no es lo más importante.

"Hay mujeres que viven solas. Hay mujeres que no tienen que trabajar para soldados ni para nadie. Hay mujeres que tienen hijos cuando ellas quieren y no cuando dice su hombre. Hay mujeres que no tienen hombre siquiera. O con otras mujeres. Hay una donde sale

un bueno, de ésos que pelean contra malos y les ganan, y el malo tiene una mujer, pero ella no se queda con el bueno al final: pasa a su lado, no le hace caso y sigue adelante. Hay una donde un grupo de puras mujeres le roba a unos tipos y logra salirse con la suya con sus puras habilidades, sin tener que disparar un solo balazo. Hay varias que son acerca de la vida real de mujeres; les dicen documentales…

"¡Y otra cosa! Hay muchas mujeres que se parecen a mí. A mi abuela. A las que viven en el Fuerte y en el resto del Centro. En las películas que le pasamos a los soldados, novecientas noventa y nueve de cada mil mujeres son blancas. Las que no lo son aparecen poco, las matan o nada más están para atender a alguien más, para hacer bulto, para cometer algún error. Casi nunca se ve dónde viven ni qué hacen ni cómo se llaman.

"En cambio, en las películas de Celeste hay muchas mujeres muy diferentes, con muchos colores de piel, y bastantes tienen caras parecidas a la mía. Y todas hacen todo. De hecho…

Es el Sombra. Claro que es él. Quien me mira es el Sombra. No está bailando. A lo mejor estaba bailando hace un momento. Está parado sin moverse. Parece escondido tras una columna, pero está escondido entre la gente. Como a mí, todos lo ven y nadie lo nota. A lo mejor se dio cuenta de que yo tampoco estoy bailando.

Estamos solos, él y yo, en medio de la música y el baile. Ni el profeta se da cuenta de lo que pasa. Y aquí no hay cámaras, así que Celeste y mi abuela tendrían que venir aquí para poder vernos.

Trato de pensar en mi proyecto. Llevo casi un año juntando material. Y más tiempo pensando en hacerla. Tal vez desde aquella tarde que pasé con Celeste. Otra cosa que hacen esas mujeres que veo es películas. No todas las hacen hombres como Arnoldo. ¿Por qué no podría hacer yo la mía? Una película donde se vea cómo son las cosas aquí y ahora, y no nada más en el pasado y en otra parte. Algo nuevo que poner en el Tesoro.

El Sombra sigue ahí parado. Se ve raro. De pronto me doy cuenta de que está nervioso. Yo también estoy muy nerviosa. ¿Por qué estoy nerviosa? ¿No se da cuenta ese fugón de que estoy muy nerviosa? ¿Por qué no se va? ¿Por qué no se regresa a bailar? Yo podría hacerlo. No regresarme a bailar porque no estaba bailando. Ir a grabar otra cosa. O ir a trabajar con lo que ya tengo. Hacer una película es grabar imágenes y luego

juntarlas unas con otras: editarlas, se dice. Hay herramientas e instrucciones para hacerlo en el Tesoro.

Editar no es una antigüedad porque es una palabra que uso yo. Esa es una palabra que ni Plebe ni el Sombra ni nadie…

El Sombra da un paso hacia mí y luego otro.

Me doy cuenta de que le está costando muchísimo. Es como si tuviera más miedo de mí que del Vegueta, de Chapu, del profeta, del Jefe y hasta de los troceados, y de todas maneras aquí viene.

También podría salirme. Nadie se daría cuenta. Muchas veces no vengo y no pasa nada. La gente sabe que a mi abuela no le gusta que venga. Nadie me lo toma a mal. Plebe dice que soy rara, pero que seré normal cuando se muera mi abuela o cuando me pida un hombre. Dice que no falta mucho. Que según su mamá es lo natural, lo que debe pasar con las mujeres, y además debe pasar pronto porque la gente vive muy poco. Según la señora Mabel, Plebe y yo ya estaríamos casadas y hasta con bebés si no viviéramos en el Fuerte.

Eso es tan feo como las cosas que me dicen el Nueve y otros. O no, es peor, porque Plebe me lo dice con cariño.

El Sombra ya está aquí, delante de mí. Sé que va a decir algo. Sé que quiere decirme algo. Hay mucho ruido a nuestro alrededor, pero él ya se está inclinando. Acerca su boca a mi oído. Pone su mano en mi hombro para apoyarse.

No dice nada. Quiere decirme algo, lo sé, pero no me lo dice. Me podría ir.

No me voy.

Entonces llega Plebe, de no sé dónde, llega saltando y gritando y me empuja sin darse cuenta de nada, y el Sombra se aparta, y Plebe grita:

—¡Báilale, princesita! ¡A gozar! ¡Eh eh eh! —y me toma de las manos y empieza a brincar en su lugar. Me obligo a brincar también. ¿Adónde se fue su Móder adorado? Me detengo un momento para meter la mano en mi bolsillo y apretar el botón que apaga mi cámara—: ¡Ya, Faiseven, sonríe, no seas así de seria!

Saco la mano y vuelvo a brincar, pero no me concentro en lo que estoy haciendo. No puedo. Y ya no veo al Sombra. Mi mirada sube y baja mientras salto, mientras sigue y sigue el baile de la misa. ¿Se fue? Debe estar aquí. A lo mejor se marchó a darle de patadas a alguno de sus compañeros. O a besar a alguna otra…

No es justo. No quiero que el Sombra me pida. Y no me digan que él no me puede pedir porque es un soldadito cualquiera, y en realidad de los que más abajo están. ¡No quiero que me pida nadie! Cuando un hombre te pide tienes que dejarlo todo por él. Aun si siguiera viviendo en el Fuerte, tendría que quedarme encerrada todo el día, como Toña, nada más esperando a ver qué quiere el hombre, qué le manda hacer, a qué horas quiere besarla o ir a hacer sus cosas con ella. Ya no podría trabajar con mi abuela. Ni con Celeste. Ya tampoco podría hacer esto: la película de mi vida, del mundo en el que yo vivo aunque se haya caído, para ponerlo con todas las demás.

(—Para que lo vean las personas del futuro —me dice Celeste —, cuando ni yo ni tu abuela ni tú estemos en el mundo. No estaremos, pero sí estaremos.)

¡Que al menos me pida después, cuando haya terminado! Que se espere. Que le eche ganas y se haga capitán, teniente. Ten paciencia, Sombra. Entrena. Sobrevive. Ya entendí qué quieres. Ya sé. Pero todavía no. No seas fugón. A ti nomás te falta que te dejen salir a pelear, que mates en una guerra, y entonces serás un valiente. Sólo eso necesitas. Yo en cambio necesito hacer esto otro, necesito…

¿Por qué no se acaba esta música? Y, además, ahora que me acuerdo, ¡no he apagado la cámara! Metí la mano y no encontré el botón. Debo tener ya grabados muchos minutos de saltos, pura imagen inservible, movida. Voy a tener que borrarlo todo. También debo tener como cuatro horas del Sombra parado ahí como idiota. Cuatro días. Una semana. No sé cuánto tiempo.

Un año entero de su cara, tan cerca.

CELESTE, OCHO, SIETE, SEIS, CINCO DÍAS ANTES

La siguiente semana pasa… en abundancia. Es el mejor modo en el que puedo describirlo. Ocurren muchas cosas. Así era la vida casi todos los días antes de que el mundo se cayera.

El lunes, Lucina se lleva al Tuercas y a Sita a un "viaje de estudios", a revisar conexiones en la colonia Doctores. Los escoltan cuatro soldados y diez hombres de tiro jalan el carro. Los veo salir del estacionamiento subterráneo a través de la cámara de Sita, y luego los voy siguiendo con las cámaras que tengo a lo largo de su ruta. Los veo pasar en la calle Bernard, al lado de un terreno baldío y quemado que en un tiempo fue un parque y donde se quiere excavar para hacer una nueva cisterna; en Doctor Arce, al lado de otro parque que sí sobrevivió, pero convertido en plantío cubierto; paran en todos estos lugares para que Lucina revise y repare transmisores, cámaras y otras instalaciones con ayuda de Sita y el Tuercas. Una o dos personas —hombres o muchachos— los reciben en cada lugar. Son operadores o cuidadores de los equipos. Algunos tienen sus propios oficios: son herreros, carpinteros, plomeros, pero de nuestra tecnología no aprenden más que a apretar los botones, a accionar interfaces, a pelar cables (cuando hay). Durante años —desde que llegué, cuando aún vivía Amira, su hija— le he dicho a Lucina que tal vez debería entrenarlos mejor, para que no tuvieran que depender tanto de ella. Pero Lucina no me hace caso… y lo entiendo: la mayor fortaleza que tiene es que es indispensable.

—Cuando nos necesiten —dice el Tuercas a un encargado—, acuérdese: pida por nosotros.

—Ay, sí, ajá, por ti y tus sirvientas —agrega Sita.

—Pida por mí —corrige Lucina.

Todo es parte de las actividades "de tiempo de paz" de la Tropa, como cobrar impuestos, administrar justicia, ayudar si

hay una inundación o un incendio. No puedo estar segura, pero sospecho que casi ningún grupo de los que mandan en los reinos tenía experiencia en algo parecido antes del Día Cero. Ahora es su obligación porque no tienen de otra: para poder seguir explotando a la gente deben ayudarla a mantenerse con vida. Hubo caciques, amos, monarcas que nunca lo entendieron, y que ahora están muertos, junto con la gente a la que gobernaban.

Aquí, en el Centro, Lucina fue quien lo vio primero: quien peleó para que no se les olvidara. Aunque no se le da el crédito, aunque a todos se les dice que el Jefe es el que tiene todas las ideas, ésa es otra más de las cosas que la Tropa le debe a ella.

Una parada más es en el Eje Central, en la esquina con una calle llamada Morones Prieto (si en esa época nadie sabía quién fue, ahora menos). Aquí hay una bodega de cosas viejas que se van recogiendo de los edificios para usar como combustible. Mientras Sita y el Tuercas trabajan en los monitores de sus cámaras, el encargado del lugar, un tal Pardo, le dice a Lucina que al lado de la bodega, en una estación abandonada del Metro, hay fantasmas: que una niña muerta se le aparece a los transeúntes, y que si no serán los troceados, y que si la Seño (es decir, Lucina) no es la que hace los exorcismos. Sólo le falta llamarla bruja.

—Oiga —dice Lucina—, ¿no acaba de ver lo que hemos estado haciendo? ¿Le parece que nos dedicamos a eso que usted dice?

Y mientras Lucina lo regaña, pasa algo raro: la cámara de Sita, que es la que usaba para ver lo que sucedía, deja de pronto de enfocar a Lucina, Pardo y el Tuercas, que discuten. Es que Sita baja la mirada: la pone sobre su mano izquierda, que está apoyada en una banca de metal. Sobre ella está la mano derecha de alguien más, muy morena. Veo cómo se tensa la mano de Sita y, luego, cómo se relaja. Veo que su pulgar abraza el dedo meñique de la otra mano. Y luego ella vuelve a mirar hacia su abuela, y entiendo que es para asegurarse de que nadie los descubra.

El martes por la mañana, mientras Sita está en nuestro mercado comprando más objetos para el Tesoro, un grupo ataca el de La Lagunilla. Son diez, matan a cuatro, hieren a otros dos, se roban dos bultos con comida y a una niña de brazos. Un pelotón que está cerca tiene a alguien con radio, y otra vez no

hay nadie en el centro de control del Fuerte (me parece que el Jarvy se toma descansos demasiado largos), así que me animo a dirigir yo misma la persecución.

O, más exactamente, a usar la voz de Arnoldo para dirigirla. Un pelotón nunca le haría caso a una mujer, pero en cuanto creen estar oyendo al ángel guardián de la Tropa (o quién sabe cómo le dirán en estos días), me preguntan para dónde correr. Les doy indicaciones. Una de mis cámaras encuentra rápido a los ladrones que huyen y puedo irlos siguiendo. El pelotón los acorrala en la callecita de Berriozábal. Puedo verlos desde la esquina, a través de otra cámara, puesta en lo alto de un poste. Son ocho, contra los diez ladrones, pero éstos tienen dos bates y una barra de hierro para todos. Los soldados les ganan sin que ninguno sea herido siquiera. Matan a nueve.

La bebé muere también: uno de los ladrones quiere usarla como escudo y el soldado que lo ataca —uno grandote y bobo al que le dicen el Chiquito— no se detiene ni se tienta el corazón. Después de que les ha pasado por encima se pone a llorar porque realmente no quería hacerle daño a la pequeña. Desde donde está la cámara no alcanzo a distinguir qué le sucedió exactamente. No quiero verlo.

Le hablo al del radio, a quien le dicen el Tuerto a pesar de tener ambos ojos, quién sabe por qué. Le digo que el cuerpo debe ser devuelto al mercado, a algún pariente. El Tuerto manda al Chiquito, que se estremece bajo su manto.

Resulta que los asaltantes no se llevaron a la bebé para protegerse ni para nada en particular: la levantaron porque estaba allí, desprotegida, a su paso mientras huían. Así lo dice el superviviente al Tuerto mientras los otros soldados lo interrogan allí mismo, en la calle. Que es donde viven. Yo pensaba que allí no vivía nadie porque todo está en ruinas. Alguien tendrá que revisar la zona. Tengo que decirle a Lucina que se lo diga al Vegueta.

El ladrón también dice que no estaban pensando. Y confiesa al Tuerto que no son espías ni infiltrados. Son gente del Centro; viven en esta área porque la gente cree que se aparecen los troceados y no hay quien los moleste. Hoy tuvieron hambre y se les hizo fácil ir a robar. Yo pregunto al pelotón cuál es su Cuartel y ellos me dicen que es el Garibaldi, el más pequeño de todo el Centro, ése que en otra época fue un teatro. Ellos no saben esto,

claro. Les digo que, cuando hayan terminado, vayan allá a entregar los bultos y por una recompensa, pues han protegido bien la propiedad del Jefe. Luego dejo de escuchar por la radio del Tuerto, de ver por la cámara, porque no quiero saber lo que sigue, y de todos modos necesito dar aviso a quien esté a cargo en el Garibaldi.

El miércoles, hay cine para los soldados y el Vegueta acepta ver una película nueva: *Bala en la cabeza,* que los pone locos a todos. Cuando termina la función, Sita —que apenas ha venido en los últimos días— me busca. Quiere más información sobre edición de video y más películas documentales.

Creo que estoy esperando que me cuente algo… y no me dice nada. Yo hago una expresión de extrañeza con mi propia cara (es decir, la imagen digital que hago de mi propia cara, de la que tenía) en la pantalla más grande del taller. Sigo imprimiendo las pistolas que nos pidieron del Palacio, pero no necesito prestar atención para hacerlo. Me basta crear una rutina para que lo haga: es como apartar un poquito de mi pensamiento y volverlo a recoger cuando la tarea esté terminada.

(Qué bueno que nunca he tenido que explicar a nadie este tipo de cosas que sólo yo puedo hacer.)

Mientras busco, Sita se esfuerza por mirar directamente a la lente de mi cámara. La verdad es que se acuerda de hacerlo con más frecuencia que Lucina.

Se me ocurre abrir un archivo de video que no he abierto en décadas:

—Mira —le digo a Sita—, esto sería como para otro documental.

—¿Qué es eso? —dice ella cuando lo he puesto en la pantalla —. ¿Quién es…? ¡Eres tú!

—Sí —le respondo. Lucina nunca ha visto esto. Probablemente nadie que esté vivo hoy lo ha visto. Soy yo, en una de las primeras sesiones de prueba para mi captura en el laboratorio médico. Estoy sentada en una silla, visto un camisón, un médico me toma el pulso. Tengo los electrodos en la cabeza y un técnico observa no sé qué lecturas que aparecen en la pantalla de su tableta.

—¡Ay, mira! ¡Sí es cierto que no siempre fuiste computadora!

—Ay, qué chistosa —le respondo, ofendida—. Soy una persona.

—Ya lo sé…

—Mi mente fue *grabada* en una computadora a lo largo de muchas sesiones como esa que ves.

—Ya lo sé.

—Entonces lo llamaban IC: *inteligencia capturada*. Ya lo sabes.

—¡Sí, ya lo sé!

—Lo que se me acabó fue el cuerpo —pongo brevemente mi cara de ahora y le enseño la lengua. Sita hace una mueca y me enseña la lengua a mí. Luego nos sonreímos.

—Estás pelona —observa Sita, cuando he vuelto a poner el video. Sí lo estoy, es decir, sí lo estaba en aquel tiempo. Es muy penoso de ver ahora, igual que entonces.

—Es por el cáncer que tenía. La medicina que me daban causaba ese efecto.

—Si a mí me diera eso, ¿me podrían grabar como a ti?

—No depende del cáncer —le contesto—. Ah, no, ya entendí a qué te refieres. No…, no se puede. Ya no hay con qué hacerlo. La tecnología se perdió, como mucho de lo que había entonces. Tampoco creas que es tan maravilloso —agrego deprisa.

Sita se queda callada, sólo mirando, por un momento.

—Te pongo esto —digo— porque el video no estaba pensado para ser parte de una película, para que lo viera nadie más que los médicos y los patrocinadores del experimento…, pero podría ser parte de una. Se podría montar junto con otros fragmentos de pruebas y capturas de las que me hicieron… —al vuelo, voy abriendo archivos adyacentes a aquel y voy pasando de una a otra grabación: en una estoy leyendo, en otra camino sobre una banda sin fin, en otra como un plato de sopa, siempre con electrodos puestos y técnicos y doctores alrededor—. Es que he visto que te preocupas mucho por mantener tus tomas estables, y está bien, pero incluso una toma movida te podría servir en un momento dado. Todo está en encontrar cómo ensamblar las piezas. Para que se sientan más un todo les puedes poner música —y lo hago con las tomas que estoy poniendo en la pantalla: el cuarto movimiento de la *Sonata para violín y piano* de César Franck, que tengo en noventa y siete versiones diferentes y que ni ella ni nadie aquí ha escuchado jamás. Dejo correr las imágenes un minuto o dos, por encima del piano que va primero, seguido del violín, aunque de pronto el violín lo alcanza y lo rebasa, y ahora es el violín el que marca el paso del piano,

despacito, con cariño…, y de pronto me da miedo que Sita se esté aburriendo: la cara se le ha puesto rara—. ¿Lo quito?

—No, no, déjalo, está bonito.

Lo dejo. Me doy cuenta de que no está prestando atención a las imágenes, sino sólo a la música. Devuelvo mi cara a la pantalla. El movimiento llega a la parte dramática, donde los dos instrumentos se ponen más intensos, y no sé cómo leer la expresión de Sita: no sé si está a punto de sonreír o de llorar. Solamente suspira, pero es un suspiro lento, profundo, que me hace recordar, por primera vez en muchísimo tiempo, otro suspiro: uno mío, cuando tenía la edad de Sita.

Recuerdo la imagen de su mano con la mano de alguien más y entiendo perfectamente lo que está pasando. Creo que él —el dueño de la mano que vi— es el Sombra, el soldado que suele vigilar la puerta de Aldaco. ¿Pero qué le digo a Sita? ¿Le digo algo siquiera?

No alcanzamos a llegar al fin de la sonata. Sita se excusa con una frase que no tiene mucho sentido y se va. A través de una cámara, la veo caminar por el pasillo y encontrarse con Plebe, su amiga, que está medio oculta tras una columna, abrazando a un soldado. Creo que… sí, es al que llaman el Móder. Ay, el amor.

Sita se detiene y se desvía de manera muy brusca y deliberada para evitarlos.

Esto me sorprende. Prefiero no seguirla más y me pongo a reintegrar mi conciencia completa para seguir fabricando partes de pistola.

El jueves es día de torneo. Hay uno cada seis meses: se abren las puertas del Fuerte y cualquier niño puede venir, inscribirse y pedir un lugar en la Tropa. Las familias mandan a sus hijos para recibir algo de su paga, que no es mucha, o al menos para ya no tener que darles de comer. Quienes no tienen familia vienen solos. Las pruebas del torneo son tres: aguantar una golpiza, terminar una carrera después de la golpiza y al final una pelea de todos contra todos entre los candidatos que hayan soportado las dos anteriores. Todos hacen las pruebas desnudos, para que ninguno pueda meter un arma a escondidas, y bajo el sol, en el patio del fondo, que no tiene techo: para que tengan que aguantar el calor. Algunos se desmayan. Los soldados hablan mucho sobre el torneo cuando tienen tiempo libre, igual que otros hablaban en mi época acerca de futbol. Yo los veo desde

lejos darse de puñetazos, patadas o cabezazos cuando se ponen locos.

De veinte o treinta, más o menos, que suelen llegar a cada prueba, al final nunca quedan más de tres o cuatro. Hoy son tres: uno tiene la nariz rota, otro, tal vez, un par de costillas, y el tercero sangra por la boca, pero se mantienen de pie en el centro del patio, mientras los demás los vitorean. Tendrán que aliviarse de sus heridas mientras empiezan su entrenamiento y se les asigna dónde van a vivir. Solamente se quedarán aquí si el Vegueta y sus hombres los juzgan suficientemente buenos. En cualquier caso, en menos de un mes estarán rapados y tendrán su nombre nuevo.

Los perdedores se van, algunos cojeando, otros sangrantes, otros más en brazos de alguien por no poder caminar o estar inconscientes.

Plebe tiene un primo que trabaja de cargador en el mercado de Frontera, ha intentado seis veces entrar en la Tropa y no ha podido nunca. Aquí está también hoy: es su séptimo fracaso y tiene un ojo morado y la boca sangrante mientras se aleja, tapado con cualquier trapo y apoyado en el hombro de ella, por un lado, y de su madre, por el otro. No es el único al que he visto venir en más de una ocasión.

Y a lo largo de todos estos días, también he estado trabajando con Lucina aquí, en el Fuerte. ¿Ya dije que eso no para nunca?

Además de su viaje del lunes, Lucina ha tenido que revisar un lote grande de piezas recicladas para el alumbrado alrededor del Fuerte y del Cuartel La Viga; reparar tres máquinas de las que hacen material para las impresoras a partir de biomasa, una aquí, otra en el Cuartel Sanregis y otra más en las cisternas de Estela de Luz, en la frontera con la zona M entre nosotros y Chapu; darle clases a Sita cada mañana y supervisar un poco de las que ella da a los soldados encargados de vigilancia; darle clases a Susana y a Alex, dos de las mujeres, para que puedan usar utensilios e instalaciones en sus áreas; hacer lo mismo para un grupo de trabajadores de una planta y huerto en el Parque del Eco; verificar que en el Mercado de Peces funcionen bien las básculas, porque se sospecha que alguien está robando de la parte del Jefe; ir hoy a su junta semanal… Y eso es sólo el trabajo que se ve. El otro: lo que vamos digitalizando, los archivos que agregamos al Tesoro, eso no lo ve nadie. Y a eso le

dedicamos al menos dos horas diarias en el taller con el escáner, la cámara y los trucos que uso para ocultarnos de mi propio sistema de vigilancia.

—Ese libro de los billonarios y el cambio climático —le digo a Lucina, el mismo jueves, cuando ella ha vuelto del Palacio, mientras respaldamos documentos de una computadora— se ve interesante. ¿Ya le diste un vistazo?

—No.

—De entrada, es como otros libros y videos sobre el tema hechos antes del Día Cero. Cuenta de Aquellos, pues. Los tipos muy ricos y poderosos que supuestamente querían poner colonias en Marte, o en los polos, o en algún otro sitio por el estilo para irse y sobrevivir aunque el resto del planeta se volviera inhabitable, etcétera, etcétera.

—Ah, sí, suena a cosas que ya hemos visto. Todo eso se decía en aquella época. Según esto, iban a construir ciudades nuevas a donde todos los demás podríamos ir llegando, ¿no? De hecho, me extraña que sea una edición en papel.

—Es de cuando empezaban a cerrar las redes. ¿No recuerdas que por un tiempo hubo mucho material impreso, como si hubiéramos regresado al siglo xx? La diferencia es que aquí vienen detalles sobre cómo se iban a hacer realmente esos proyectos. Parecen de leyenda urbana, pero a juzgar por cómo se puso todo en los años anteriores al Día Cero, quién sabe. No es muy agradable: se mencionan grandes barcos de esclavos enviados a la Antártida, drones y robots de bioplástico hechos en plantas automáticas, bombas atómicas para esterilizar países enteros y poder volver a colonizarlos…

—Qué bonito —dice Lucina—. ¿No salen los troceados?

—En lo que ya vi, no. Después lo acabaré de leer.

—Tantos años después —reflexiona— y seguimos sin saber exactamente qué son…

—No me vayas a decir que crees que son espíritus. Que ya te convencieron.

—No, no. ¿Pero qué sí son? ¿Y de dónde vienen? Gran tema para charla entre amigas.

—Nunca hemos podido ver uno de cerca —le respondo.

—Ni ganas.

—A mí sí me gustaría…

—Recuérdame cuánto tiempo llevamos en esto del régimen

de supervivencia —me pide, mientras se recuesta en un sillón largo que hicimos poner aquí para que pudiera hacer siesta y que parece casi de mi edad, con tantos remiendos y parches en el forro que ya no se sabe de qué color era originalmente.

—Treinta y seis años, nueve meses, un día y seis horas contando desde que se cortaron las comunicaciones en el Día Cero —le contesto. Odio sonar como robot, pero a veces simplemente no puedo evitarlo. Revisar el reloj interno toma sólo un instante. Con una parte de mi atención la miro a ella y con otra, más pequeña, a la prueba de iniciación, que está concluyendo en el patio al mismo tiempo que hablamos—. ¿Cómo te fue en tu junta, por cierto?

—Regular —dice Lucina—. Ahora sí hubo, y hablamos de trabajo y todo, después te paso el dato de lo que quedamos… Pero otra vez no estaba aquel.

—El Jefe.

—Estuve con el Brocas y con el Hielo —no digo nada, aunque las dos sabemos que son, con el Astro, entre la gente del Jefe, de los que menos quieren a Lucina—. Y no estoy segura, pero creo que cuando llegué estaban hablando de Sita. Lo del dichoso Tuercas. Se callaron en cuanto me vieron entrar y me sacaron la vuelta cuando les pregunté. La verdad es que ya me está preocupando. Voy a tener que saltarme a los intermediarios… Y vamos a tener que enviarles pronto una respuesta —dice ella.

No le entiendo:

—¿A quiénes?

—A la Universidad —esto me sorprende. Es la primera vez desde la semana pasada que habla del mensaje que nos enviaron y que ella descifró con Sita—. Deberíamos hacerlo ahora mismo… ¿Lo podemos hacer mañana? —se tapa los ojos con una mano—. Estoy muy, muy cansada…

—Vete a dormir —le digo.

—También es que estoy asustada —me dice, sin descubrirse —. No te voy a decir que no. Desde que empezaron a escribirnos, estoy asustada.

—Lo sé. Yo también, créeme que sí.

—Si nos decidimos va a ser un cambio enorme.

—¿Si nos decidimos? —le pregunto. Ahora me sorprende (un poco) el tono de mi propia voz.

Lucina descubre los ojos y voltea a mirarme. O más bien a mi

pantalla.

—¿Estás enojada?

—Lucina, ¿cómo que "si nos decidimos"? ¿No estamos decididas? ¿No acabas tú de mencionar el tema?

—Bueno, sí, pero…

—Además, ¿qué es eso del cambio enorme?

—¿Has oído todo lo que están diciendo sobre Sita?

—Aun sin eso, ya iba a ser un cambio enorme. Para las tres. ¿No se supone que estamos preparándonos para esto desde hace años?¿Con lo del Tesoro y todo? ¿Cuánto tiempo llevamos de que de allá nos escriban: CUÁNDO VIENEN, LAS PODEMOS RECIBIR, NO OLVIDEN QUE TENEMOS HASTA DIEZ LUGARES, ESTA ES LA CONTRASEÑA PARA PASAR CONTROLES, LOS LUGARES ESTÁN DISPONIBLES, LOS LUGARES SIGUEN VACÍOS?

—Oye, Celeste…

—¡Hace más de un año que dijeron que sí!

No me contesta y yo entiendo que realmente está muy asustada.

Pero, de nuevo, no puedo contenerme:

—Lucina, aparte…, lo de Sita lo empezamos a oír hace dos semanas. Tú misma me dijiste que algo se traen en el Palacio. Y no has hecho nada. Hace mucho que podríamos…

¡Con eso basta para que ella se enoje!

—¡No puede ser, Celeste! —aprieta los dientes—. ¿Hace mucho que podríamos *qué*? A ver, dime. ¿Qué? ¡Dime! ¿Tantos años y no entiendes?

—¿Tantos años de qué? De no hablar claro de las cosas —le digo—. De dar vueltas alrededor del asunto y de que no avancemos en ningún plan. Esto era así hace dos semanas, pero también hace un año y hace diez, Lucina. ¡Pasan los años y no hacemos nada!¡Allá nos esperan y no hacemos nada! ¡Ya despierta! Si no por ti, por Sita…

Lucina se levanta del sillón. No me dice nada. No voltea hacia mí. Entiendo que la conversación se terminó.

Yo apago un par de luces a su alrededor para indicarle que ahora tampoco quiero decir nada.

Lucina sale del taller. Sé que va a su cuarto a dormir.

Y la tarde del día siguiente, viernes, llega la comitiva del coche blindado, la escolta armada, la música de guerra.

SITA,
CUATRO DÍAS ANTES

—¡Sí traen tambores!

El carro del Jefe es de película: una camioneta grande y blindada. Negra. Le dicen la Jómer y no hay otra igual en todo el centro. ¡Tiene motor! Nadie tira de ella ni hay manera de que nadie la mueva pedaleando. Hemos visto muchos carros parecidos en las películas, pero ver uno en la vida real es diferente. Seguro que hay quienes están mirándolo ahora y no pueden creerlo.

Mi abuela dice que el Jefe sale poco en ella porque la camioneta está adaptada para usar combustible del que hacemos para máquinas y otras cosas, y consume mucho. La verdad es que rara vez se le ve.

Pero qué increíble es verla. ¡Y esto es un desfile! Delante de la Jómer, que avanza despacio, va un pelotón de soldados bien armados y con sus mantos. Detrás hay un carro cubierto, que jalan doce hombres de tiro, y hasta el final del desfile otro más, pero grande y descubierto: una plataforma con ruedas de la que tiran treinta. Sobre la plataforma está la música: diez chicos que tocan grandes tambores de madera. Los tocan con grandes baquetas y mucha fuerza. ¿Irán a tocar en el Fuerte también? ¿Irá a haber otra fiesta como cuando le ganamos a Chapu? Aquella estuvo fugoncísima.

Subimos corriendo al siguiente piso del Fuerte para verlos mejor, pero en cuanto abrimos una de las grandes ventanas que dan a la calle nos llega el sonido, que rebota por todas partes y se hace más y más grande.

—¿Quién se está quedando en sus puestos? —nos reclama el Pepino, que está encargado de aquel pasillo—. ¿Quién les dijo que podían abrir eso?

Pero todos le decimos lo mismo:

—¡Permiso del Vegueta! —y es la verdad, o eso es lo que

todos decimos. Yo no lo oí, la verdad. Todos nos amontonamos para poder asomarnos, y por una vez las chicas estamos ahí con los soldados y nadie se queja. Hasta Toña está aquí, empujando.

Ahora los estamos viendo dar vuelta a la esquina del Eje Central y acercarse para acá. ¡Vienen para acá! ¿Adónde más iba a estar yendo? Y no nada más nosotros estamos mirando. Afuera, hay hombres, mujeres y niños que salen de los edificios habitados y se acomodan en el borde de la calle.

—¡Ahí está! —grita el Eskín—. ¡El Jefe!

—Pues ni modo que quién —le dice el Sombra. Aquí no le puedo decir nada, ni voltearlo a ver siquiera, y no lo hago, pero sé que él me está mirando.

—¡Dejen ver! —piden otros.

—¡Cuando vuelvan Aquellos les vamos a dejar, qué!

Y al mismo tiempo, como si quisieran darnos algo por igual a todos, los de los tambores empiezan a cambiar el ritmo. De pronto nos damos cuenta. ¡Es la canción del Jefe!

De siempre yo soy
el más hábil en todo:
armas y mujeres,
yo siempre a mi modo.

Yo soy el más fuerte
de toda la zona:
los hombres me envidian,
las nenas me adoran.

¡Saluden al Jefe
de esta gran ciudad!
Con mis enemigos
no tengo piedad.

Yo mato a los malos,
yo pongo las reglas.
Mando a mis guerreros
a que te protejan.

Acá en mi Palacio

soy el ganador,
armando el desmadre
yo soy el mejor.

Los de los tambores no cantan, pero los que van a pie y los que jalan los carros y todos nosotros sí, igual acá adentro y en la calle. Cuando acaban, todos aplaudimos y gritamos. Mi abuela es una amargada: a mí sí me emociona ver al Jefe cuando sale así.

—¡Pinche Jefe! —gritamos—. ¡Siempre fuertes, al Jefe!

Ahora la Jómer se está estacionando. Y se abren sus puertas…

—¡Guardia! —dice una voz—. ¡Órale, fugones, a formarse! ¿Qué hacen aquí? ¡Guardia en la entrada!

Es el Nueve. ¡Hay que recibir al Jefe! A lo mejor nunca hubo permiso del Vegueta. Nunca voy a saber quién se inventó eso. El Nueve trae una radio en su mano incompleta, así que él sí está recibiendo sus órdenes directo de alguien. Todos los soldados se van corriendo a tomar sus lugares. Sólo el Sombra se tarda un momento más en echarse a correr.

—¡Ya vete! —grita el Nueve, que sigue detrás de mí, y lo hace marcharse—. Oye, tú —me dice.

—¿Qué pasó?

Él señala hacia abajo, al área de las mujeres.

—Dice la bruja que te equipes y vayas con ella. O sea, tu abuela.

—La tuya —le contesto, sin pensar. El Nueve hace un ruido raro con la boca, como echando aire por entre los dientes.

—Ya que estás aquí —me dice—, ya te vimos. Ya no te le estés arrimando al Sombra.

—¡No me le estoy…! —empiezo a decir, pero el Nueve me interrumpe:

—No seas perra. Haz como tu amiga, que respeta.

Por una vez no sé qué contestarle al bruto ese. Sólo se me ocurre pensar que hace días que no hablo con Plebe. La última semana apenas la he visto. Y antier, cuando la vi, le saqué la vuelta. ¡Es que todo el tiempo está con el Móder! Ya ni siquiera me ha acompañado al mercado, al cuartito secreto ni a ninguna otra parte. Parece que se le apagó la curiosidad, el interés… Y ahora que quisiera tanto hablar con ella.

El Nueve se da la vuelta y se va. Ahora, como mínimo, él y sus amigotes me van a estar fastidiando durante *mucho* tiempo. Y

también al Sombra. Esos babosos siguen pensando que me van a casar con alguien más. ¡Ojalá que el Sombra no lo crea…!

No hay nada que hacer por el momento, así que me voy a mi cuarto, donde dejé mi diadema. *Equiparme* es traer todos los aparatos que pudieran hacerme falta en el trabajo. A lo mejor va a haber que ponerle una película especial al Jefe o algo así.

(¿Qué le habría podido decir al Nueve? ¿Que no soy eso que dijo? ¿Que me juzga mal? ¿Que de cuándo a acá quieren ellos al Sombra y se ponen a defenderlo?)

No hay nadie en los pasillos más allá de uno o dos guardias con aspecto enojado. Todos los demás deben estar ya en el patio. Llego al cuarto, me equipo y salgo otra vez y entonces escucho, por mi audífono:

—Sita.

—¡Hola, Celeste! —digo.

—¿Ya vas para el patio? Detente un momento —me detengo —. No te espantes que no pasa nada malo. Hace rato, el Nueve te debe haber dicho que te buscaba Lucina. Era yo. Necesito hablar contigo.

—¿También puedes hacer la voz de mi abuela?

—Puedo imitar cualquier voz. No te espantes, ya sabes cuál suelo usar. No soy una asesina cibernética —me aclara, recordando una película de ciencia ficción (bastante mala) que me pasó hace unos meses—. Te tengo que contar varias cosas. Ayer, tu abuela y yo tuvimos una discusión. No es la primera vez. Hay algo que yo creo que ella debe decirte y ella no se anima. Creo que a su modo te quiere proteger. Pero también pienso… Espera. ¿Sabes qué? Muévete. Ve al baño grande de mujeres junto al patio descubierto. O ponte debajo de las escaleras entre ese patio y el dos, que hay un espacio libre que no se ve tan fácil. Cualquiera de estos es un buen lugar para que no nos interrumpan. ¿De acuerdo?

Me muevo. Esto que estoy oyendo tampoco es normal. ¿Tendrá algo que ver con el Sombra también?

—¿Ya te estás moviendo?

—Ya.

—Ah, sí, ya te vi. Mira, la cosa es esta: ¿tú querrías saber este asunto del que te estoy contando?

Aquí me detengo por mi propio gusto.

—¡Oye, no! ¿Cómo me preguntas eso ahora? Obvio que te

voy a decir que sí. ¿Qué pasa?

—Sigue —me dice Celeste—, y te sigo contando.

Sigo. Paso a un lado del patio descubierto, donde los soldados se forman, y ahora están todos ahí, bien alineados, esperando al Jefe. Los veo de lejos. Ninguno me mira. De pronto empiezan a gritar. ¡Debe estar llegando! Pero ya se me quitaron las ganas de estar con ellos.

—El Jefe está hablando con tu abuela ahora mismo. Están en el taller. Él vino a eso, a hablar con Lucina.

—¿En serio? Ya estoy en el baño —digo, en voz baja, pero las paredes de cemento pelado, con algunos azulejos aquí y allá, aumentan el volumen de mi voz.

—Métete en una letrina. Hay cuatro, ¿no? O cinco.

Cinco. Me meto en la del fondo, que tiene un pasador para cerrar la puerta.

—Antes había muchas más y no eran letrinas —dice Celeste —, sino que tenían agua corriente. ¿Te has fijado cómo es en las películas? Así. Bastaba con bajar una palanca…

—¡Celeste! —la interrumpo—. Ya estás como mi abuela. Ya estoy aquí. ¿Qué pasa?

—Escucha. Ellos no te pueden oír —dice ella, y de pronto estoy oyendo la voz de mi abuela. Está a más bajo volumen, como más lejos. Debe estarla captando un micrófono de los que tenemos en el taller. Si estuviéramos en una película de espías, la estaría viendo en una pantalla, en una toma como desde arriba. También estaría en un lugar muy limpio, con muchas luces, y no aquí. Y sería un hombre o una mujer más alta, más blanca.

—Hola —dice mi abuela.

Y una voz de hombre le contesta:

—Ya, Lucina. Veme. Estoy aquí solo. Vine a verte. Nadie nos está oyendo.

¡Es el Jefe! Conozco la voz. La última vez que la oí fue en la fiesta grande que hubo en su Palacio, cuando acababa de pasar la batalla en la que le ganó al Perro Muerto de Chapultepec. Yo estuve ayudando con un desfile de tropas de casi todos los cuarteles. Las dos veces habló poco, y no me acuerdo de lo que dijo, porque todos estábamos como locos, muy emocionados… Pero esa voz no se olvida. Pienso que en un rato, cuando le hable a la Tropa, va a ser la locura otra vez.

—Hay gente aquí afuera —dice mi abuela—. No me digas que

no.

¿Cómo se atreve a hablarle así mi abuela?

—Son discretos —responde él—. Otra cosa en la que tenías razón. No nos van a escuchar. Sí sirve tener gente así. Algo más en lo que tenías razón.

Mi abuela se ríe un poco. ¿A él también le dice eso?

—Te dije, júntate conmigo y llegarás lejos.

Yo no lo puedo creer. ¿Se conocen? ¿Se *llevan*? Mi abuela siempre está hablando de todo lo que hizo por él. ¿Será verdad?

—Te vine a ver a ti —dice el Jefe después de un momento de silencio.

¿Realmente vino a verla a *ella*?

—¿Tanto lío para eso? A ver, siéntate. Dime. Acá.

—Gracias.

Oigo un rechinido y entiendo que el Jefe se ha sentado en el sillón grande de mi abuela. No hay ninguna otra cosa que suene así en todo el taller.

—Dime. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

No entiendo.

Creo que no entendería si estuviera allí con ellos, viéndolos además de oírlos. El Jefe se oye muy raro. El Jefe es un cabrón total que le da órdenes a todos y todos lo obedecemos porque es el Jefe. Es lo que todo el mundo sabe y lo sabemos desde siempre, de toda la vida. Reconozco la voz, estoy segura de que es él, pero parece otro. Se me ocurre una idea muy loca y muy estúpida:

—Celeste, ¿no eres tú? ¿No estás imitando…?

—¡Shhh! —dice ella— No, ¿cómo crees? ¡Escucha!

—Pero…

—¡Shhhhh! —vuelve a decir ella, y yo escucho, y este es el momento en el que necesito hacerlo, porque el Jefe suspira (¡suspira!) y habla otra vez y dice:

—Vengo por mi nieta.

—Por Sita —dice mi abuela.

CELESTE,
CUATRO DÍAS ANTES

A mí no me tocó ver el Día Cero. Vi cómo se acercaba, eso sí, aunque (como la mayor parte de la gente) no tenía idea de todo lo que iba a suceder.

Pero digamos que no estaba ahí cuando pasó. Lo último de lo que fui testigo ocurrió cinco años antes de que el mundo se cayera: la última vez que vi a la gente de mi laboratorio.

Había pasado mucho tiempo metida allí. Me estudiaban. Llevaban décadas copiando la mente de seres humanos en máquinas, pero de sus muchos voluntarios en una docena de países yo era la única que había sobrevivido —en forma digital— más que unos pocos años. Las demás inteligencias capturadas, siempre, acababan por deteriorarse: era como si se volvieran seniles, o locas, y un día dejaban de responder por completo. Pero yo no. Por eso me seguían manteniendo. Por eso y porque todo el proyecto era para asegurar la supervivencia de personas importantes o ricas. Entonces se hablaba mucho de las celebridades que iban dejándose de ver: se mudaban a refugios especiales, decían. Se creía que así se libraban de cómo el mundo se iba poniendo más y más violento. Y no nada más se iban a escapar de las guerras por el agua, por la tierra fértil o por no dejar pasar a los que huían de desastres y regiones devastadas.

En el laboratorio, sabíamos que si de verdad le estaban dando la espalda al resto de nosotros, además les iban a sacar copias, para que pudieran (en cierto modo) vivir para siempre.

Creo que todos teníamos la esperanza de que las leyendas fueran ciertas y de que, a cambio del servicio que les íbamos a dar, irían por nosotros: nos llevarían con ellos.

Pero un día nos pasó lo que a muchas otras empresas y organizaciones. Nos quedamos incomunicados: los laboratorios en otras ciudades, las oficinas de los jefes en Londres, Tokio, Beijing, Washington dejaron de responder mensajes, y también

dejaron de mandar dinero. Fue más o menos al mismo tiempo que la ciudad en la que estábamos —no era la de Lucina, donde hoy están el Centro y el resto de los reinos: prefiero no pensar en ella— estaba a punto de caer.

Nos quedamos perplejos, alelados, aterrorizados por unos cuantos días. Y luego los técnicos me metieron en la UEAPDB: la Unidad Especial A Prueba De Bomba.

Así le decían. En el fondo es una memoria grandota. Estaba yo, es decir, mi conciencia completa, y lo que todavía es la mayor parte del Tesoro: toda la información que habíamos podido descargar de la red mundial en el último par de años, guardada en los discos más resistentes y de mayor capacidad que tenían. Hasta donde sabíamos, muchos otros institutos, laboratorios y escuelas estaban haciendo lo mismo: previniéndose contra la destrucción del conocimiento del mundo entero, de la que nunca hubo aviso ni certidumbre, pero que todos empezamos a sospechar a medida que los países se iban haciendo pedazos y se veía (contra todas nuestras esperanzas) que todos íbamos a quedar librados a nuestros propios medios. La idea muy vaga que teníamos era que la crisis no podía ser eterna. Que se debía guardar lo que tuviéramos, protegerlo de la destrucción, para recobrarlo en el futuro. Para volver a empezar, decíamos.

A mí todos me decían que no me preocupara. Que no me iban a borrar. Que la UEAPDB era realmente UPDB. Estaba hecha de materiales reforzados que podían soportar una explosión, me explicaron, o muchas toneladas de peso o quedar sumergida a cientos de metros bajo el agua. También me dijeron que me apreciaban como sujeto de experimentos, sí, pero, sobre todo, como persona. Y que todo iba a salir bien. Ya empezaba a haber combates en nuestro barrio, pero nos había llegado la noticia de un sitio en la ciudad que podía recibirnos. Yo me iría por separado al punto de reunión, en un camión con utensilios y muebles, en la unidad apagada para ahorrar energía tanto como fuera posible. Allí volverían a encenderme. Aunque cabía en una mochila grande, la unidad tenía el hardware necesario para que yo me quedara en ella por tiempo indefinido. Tenía además una cámara, un micrófono, una pantallita con altavoz, puertos y una tarjeta inalámbrica, para no dejarme incomunicada, incluso si no había manera de conectarme pronto a algún sistema mayor.

—No te preocupes —me dijo Érika, una de las técnicas—. La unidad es realmente de las que íbamos a usar para guardar políticos o empresarios. Tiene que aguantar. Y nada más va a ser un viaje corto. ¿De acuerdo? Nos vamos a reunir y no vas a estar sola.

—¿No me van a borrar para poner a un oligarca que se quiera ir con ustedes?

—No seas ridícula, Celeste.

Yo estaba muy asustada, pero ella también. Se le veía. Su rostro era estrecho y de ojos pequeños y tenía el pelo pintado de rosa. Si viviera, sería incluso mayor que Lucina. Detrás de ella —grabé cerca de un minuto de video, y lo veo en ocasiones— el resto del personal estaba ocupadísimo guardando objetos, copiando archivos a los discos que se irían conmigo, borrando archivos de otras computadoras, quitándose batas y uniformes para ponerse otra cosa, cualquier otra cosa. Alguien guardaba botellas de agua y barritas de cereal en una mochila.

—¡Ya! —gritó alguien más. Nunca supe quién—. ¡Ya nos tenemos que ir!

—Érika, tengo miedo —dije.

—Nos vemos al rato. Buena suerte —me contestó ella, y movió una mano hacia un punto que mi cámara no podía ver.

—Érika —empecé a decir otra vez, y ella apagó la UEAPDB.

No percibí la interrupción. Supe lo que Érika había hecho hasta que recobré la conciencia: hasta que la unidad estuvo encendida otra vez. Tuve unos segundos de desorientación, de darme cuenta de que algo había pasado, de entender que ese algo era *tiempo:* mucho tiempo, de un solo golpe. Me llegó (no hay otro modo de decirlo) la información de los diagnósticos automáticos: la unidad estaba bien, y en cuanto supe esto lo primero que hice fue poner mi cara en la pantalla de la unidad, para que Érika me viera, y encender la cámara, para verla a ella.

Y quien me veía era Lucina, sorprendidísima. Y habían pasado siete años, y el mundo llevaba dos de haberse caído, y nunca supe qué fue de Érika ni de ninguno de los otros.

Recuerdo esto ahora porque, en realidad, nunca lo olvido. Pero también porque lo que sentí entonces: el asombro, el horror, la sensación de que algo se ha roto en todas las cosas, o que tal vez siempre estuvo roto, debe ser muy semejante a lo que Sita, pobre, está sintiendo ahora.

—¿Sita? —dice el Jefe—. ¿Cuándo le cambiaste el nombre?

—Yo no se lo cambié. Es su apodo —dice Lucina, que sigue de pie ante él—. Se lo puso la gente. Por "princesita". Fue hace mucho.

No sé si estoy haciendo bien. Sé que Sita aún está escuchando. Puedo oír su respiración a través del micrófono y hace un segundo hizo un ruido raro. Escuchó todo lo que ya se dijo y lo entendió.

Y realmente no sabía. No tenía ni idea.

Quién era el padre de Amira, de la mamá de Sita, no tendría que ser un secreto, pero casi no queda gente de la que vivía entonces: cuando llegó el Día Cero, Lucina era joven y el Jefe no era el Jefe… Y ella, Lucina, me pidió que no lo revelara. Y hasta hoy yo había obedecido. Su bendita discreción.

Cómo quisiera estar con Sita ahora. Cómo quisiera tener un cuerpo para estar con ella, tomarla de la mano, algo. Debe sentirse muy sola.

Pero esto era necesario. Me lo repito otra vez. Era *necesario*.

—Bueno, princesa sí es —dice el Jefe—. Y Faiseven no es nombre para una mujer…

—Díselo a su papá.

—¿No está muerto?

—¡Ay, Ramiro! —dice Lucina, exasperada—. Es un chiste. Si tú sabes cuándo los mataron.

Amira tuvo una vida mejor que la que casi todos en los primeros años después del Día Cero, pero no una vida feliz. Su padre le puso el nombre, por unos años la procuró mucho, y luego ya no. Aunque estuvo protegida del caos, de los troceados, de las guerras, creció para convertirse en una niña rebelde, resentida. Y cuando llegó a la edad que hoy tiene Sita, ya hablaba de tener hijos, juntarse con un soldado, empezar *esa* vida, la que había aprendido a desear, y lo hacía hasta con más insistencia que el resto de las muchachas. Yo creo que era para golpear a Lucina, para que le doliera, porque se sentía abandonada. Pero Lucina no era capaz de mostrar dolor en ese tiempo. No le dio el gusto, y en cambio se dedicó a retenerla, a impedirle hacer lo que quería.

Cuando se fugó con un soldado llamado el Punta, para que los casaran de madrugada en el Templo del Agua, tenía diecinueve años y ya la llamaban *quedada, señora, anciana.* A mí me parecía

absurdo, pero era porque yo vengo de mucho antes del Día Cero, cuando la gente esperaba vivir mucho más y pensaba de otro modo acerca del mundo, de los hijos, de las mujeres… Yo vi cómo se perdía y se olvidaba todo lo que había dado por sentado, y ni así pude ayudar a Amira cuando aún era tiempo de hacerlo.

Poco más de un año después de que Amira se fuera, unos sicarios del reino de Mixiuhca la asesinaron junto con el Punta, para vengar a no sé qué notable de allá a quien el Punta había matado en una batalla. Los emboscaron a los dos cerca de los huertos de El Pípila. A ella la mataron primero. Y si su bebé hubiera sido niño lo hubieran matado también. A Sita la encontraron otros soldados del cuartel, tirada en una banqueta, y vinieron a dejárnosla.

Sita apenas iba a cumplir los seis meses.

No sé qué me dio cuando vi a la bebé, cuando supe lo que había pasado. Tampoco sé qué le dio a Lucina: lo primero que hizo fue pedirme información acerca del nombre que le habían puesto.

—Amira nunca nos dijo por qué, ¿verdad? —me preguntó.

—Hubo una pistola famosa —le dije yo, leyendo de una nota de un portal desaparecido en el siglo pasado—. Antes de que se cayera el mundo. La FN Herstal Five-Seven, que era de origen belga y disparaba municiones de cinco punto siete por ocho milímetros.

—De ahí lo de "cinco-siete" —dijo Lucina. Lo dijo en voz muy baja. Entonces pensé que no quería despertar a la bebé, que dormía—. Ay.

—Parece que no es la primera persona a la que le ponen así. Y el artículo donde viene esto dice también que en México a la pistola se le conocía como la *Matapolicías,* por su capacidad para penetrar chalecos antibalas.

—Es viejo el artículo, entonces —dijo Lucina—. Todavía dice *México*.

Yo pensé que *Faiseven* era un nombre mejor que *Matapolicías* o *Aerrequince*. O *Cuernodechivo*. Pero no lo dije.

—Ay, niña —dijo Lucina. No supe a quién se lo decía. Abrazó con fuerza a la bebé, con lo que la despertó y la hizo llorar.

—Todos estos años y sigues pensando que soy un pendejo —dice ahora el Jefe, sentado junto a Lucina.

—Te respeto, Ramiro —aclara ella—. Cuando vuelvan Aquellos será cuando hable mal de ti. También lo sabes. ¿No?

—¿Dónde está la niña?

—¿Sita? No sé. En la ceremonia que están haciendo para ti, supongo. ¿De verdad están haciendo todo este lío solamente para que tú hables conmigo?

—Estoy viniendo por ti —dice él. Y el rostro de Lucina se relaja, por un instante, y entonces él dice—: y hoy es cuando podía venir. Y me hacía falta un pretexto.

Es un hombre de estatura media, moreno como casi todos en el Centro, de anchas espaldas y manos grandes y fuertes. También es corpulento: fue todavía más fuerte, pero ahora tiene cincuenta y un años, siete menos que Lucina, y ya pasó su momento de más vigor. Sentado, su vientre redondo se ve claramente bajo la tela de la camisa. Ha comido mejor que la mayoría durante la mayor parte de su vida. Tiene un bigote largo y no lleva manto: en cambio, viste un traje completo de tela negra y brillante. También lleva sombrero y botas. Hay canciones sobre este atuendo, y sobre la pistola enorme que trae bien a la vista en un cinturón de piel. Es de metal: según sé, es la única que queda en el reino. No sé si tendrá balas. Aquí nunca hemos fabricado de ese tipo, aunque tal vez en otros lados sí lo hayan hecho, o tengan reservas…

Parece acalorado: su show se veía muy bien, pero venir en el coche no debe haber sido muy cómodo.

—Gracias —dice Lucina, aunque su voz no suena agradecida.

—En un momento me tendré que ir para allá, pero te digo, Lucina: ve que lo primero que hago es esto. Ve que vengo a decirte. Que vengo yo. Ya me dijeron que me fuiste a ver y te dejaron esperando. Eso no fue idea mía. Te debieron haber dicho que yo no estaba. Yo te respeto.

—Gracias —vuelve a decir Lucina—. Pero…

—Al rato me buscas a la nieta y me la guardas con mucho cuidado. Me la voy a llevar.

Y ahora Lucina pone cara de sorpresa.

Yo lo haría también.

Debimos saber que esto iba a suceder. ¡Debimos haber hecho algo desde el primer momento! ¡Hace años que pudimos haber hecho algo…!

—¿Qué? —dice Lucina—. ¿Ahorita? No, Ramiro, espérate.

Ella ni siquiera sabe… —y un segundo después se calma, veo cómo hace el esfuerzo de calmarse, de no perder el control—. ¿Para qué la quieres?

Eso. ¿Para qué? El Jefe lleva años sin venir a ver a Sita. Jamás se ha ocupado de ella. Si yo tuviera manos, me bastarían los dedos de una para contar las veces que ha venido al Fuerte para algo que no fuera conversar con sus oficiales y dejarse ver por sus soldados, siempre lejos de las áreas de las mujeres. Y si ha preguntado por Sita, yo no me he enterado.

A lo mejor sí hice mal al hacer que Sita escuchara todo esto. A lo mejor hice muy mal. ¿Debería cortar la transmisión? No. Ya es demasiado tarde. ¿Debería decirle algo a Sita, ahora que ninguno de los dos está hablando?

—¿Para qué la quiero? —pregunta el Jefe. Y vuelve a decir—: ¿Para qué la quiero?

Cruza los brazos. Se ve enojado. Nadie debe haberle hablado en muchos años como lo ha hecho Lucina.

—Sí —dice ella—. Merezco, al menos, saber para qué la quieres.

El Jefe cruza los brazos con más fuerza. Aparta la mirada. Sigue sentado. La cámara que uso para verlo me deja ver bien su cara. No está enojado, está incómodo. ¡El hombre más poderoso de todo el Centro tiene miedo de Lucina!

Pero Lucina lo conoce de antes: de cuando no era el Jefe.

El hombre suspira y baja los brazos.

—La voy a casar —dice. ¡Lo que ya habíamos escuchado! Pero, ¿con quién? ¿Y para qué…?—. Con el hijo chico del Perro Muerto. No me acuerdo cómo le dicen, pero está jovencillo. De la edad de Faiseven.

—¿Y por qué vas a hacer eso?

—Para amarrar la paz. Faiseven se va con él para Chapu, y a cambio la hija mayor del Garras se viene a casar con el Águila.

—A ver, no, espera, un momento. ¿Qué? ¿Quién? ¿Quiénes son todos esos?

—No te hagas, Lucina. El Garras —el Jefe levanta un dedo, como para ir contando— era lugarteniente del Perro. Es el que va a quedar allá de jefe, en Chapu. Su hija mayor —levanta otro dedo— es la que va a venir. Se llama… Deborah, creo.

—¿Y quién es el Águila?

—¡Cómo que quién! El hijo de Rosita. El mayor de mis nietos.

—Rosita es una de tus otras hijas, ¿no? La que tuviste con María Elena.

Lo que dicen me hace pensar en algo que leí hace mucho, y además en un libro de historia, de mucho mucho antes de hoy. Una costumbre de hace siglos: los intercambios de gente. La princesa de un reino se casaba con el príncipe de otro o viceversa. A veces se hacía para crear una alianza y otras como una rendición: como entregar un botín o un rehén. Nunca era por el gusto de quienes se casaban.

—Sí —dice el Jefe—. Tú no la conoces.

—No conozco a ninguna de las hijas de tu esposa. O tus esposas. ¿Cuántas tienes?

—¡Una! —exclama el Jefe, ofendido—. Cuando me casé con la Cristina, María Elena ya se había muerto…

—Ah, sí, ya me estoy acordando. Es que tú nada más andas teniendo hijos y nietos, Ramiro, y nunca me platicas quiénes son. Ni nada. Todo me llega por chismes.

Y ahora el Jefe hace otra cosa rara. Baja la vista. Está ofendido de verdad, pero además hay algo distinto, más profundo, porque no estalla, no grita… y no se marcha.

—¿Tú sabías? —dice la voz helada de Sita, que solamente yo puedo escuchar.

Y yo, sólo para ella, suspiro. Es decir, hago sonar un suspiro. No tengo pulmones, obviamente, pero sé hacerlo muy bien y quien me oye entiende lo que significa.

—Sí sabía, Sita —le digo luego, deprisa—. Me habían pedido que no te dijera. Y aún hay mucho más que debes saber…

Hay otro suspiro, más profundo que el mío. Es del Jefe.

—Espera, por favor —alcanzo a decir.

—Tú piensas lo peor de mí —dice el Jefe a Lucina—, pero siempre voy a estar en deuda contigo. Por eso estoy aquí. Ya. Lo dije.

—Por eso y porque me quieres quitar a mi nieta.

—No era el plan casarla así —responde el Jefe—. Se la iba a quedar el fugoncito ese que es tu, ¿cómo se dice?, tu alumno, tu aprendiz. El que te pusimos para que le enseñaras. Pero ahora hay que reforzar…

—¿Reforzar qué?

—La ventaja que tenemos. No podemos seguir peleándonos como hasta ahora.

—Pero, ¿no se supone que les habíamos ganado? —dice Lucina—. Es lo que tú y toda tu gente han estado diciendo. Que ustedes arrasaron, dicen. Que los troceados llegaron a recoger puro cadáver porque ustedes ya habían acabado con todo. ¡Hay una canción que dice Chapu se va a volver parte de…! —no termina la frase; otra vez se queda callada—. ¿Ramiro?

Y ahora Lucina me sorprende. Yo vi buena parte de su relación con el Jefe, antes de que la abandonara, pero igual me asombro cuando la veo acercarse al sillón, que es de dos plazas, y sentarse al lado de él.

Lucina toma su mano derecha y la sostiene entre sus propias manos.

—¿Qué pasó, Ramiro? —dice, mirándolo a la cara.

—Íbamos a perder —contesta él.

Y le cuenta: sí, el ejército del Centro estaba muy motivado, sí, iban bien armados y sí, tenían su plan para sorprender a los de Chapu, aunque fueran más. Esas partes de las noticias y las canciones son todas ciertas. Estaban yendo a medianoche para aprovechar la oscuridad: iban a pasar por el lugar donde la zona M es más estrecha, donde los bordes de los dos reinos casi se tocan, tan rápido como fuera posible. Pero el plan no funcionó.

—Nos estaban esperando —dice el Jefe.

Sus soldados no pudieron tomar la ruta más corta por la zona M desde la calle de Lieja porque había barricadas cerca de los grandes edificios derribados. Un sargento quiso disparar una pistola impresa y el arma le explotó en la mano, como pasa cada cierto tiempo, pero los soldados de su pelotón se asustaron y se fueron corriendo y los que estaban a su alrededor también empezaron a perder el control. A los que siguieron adelante los empujaron hacia otra barricada, puesta a la altura del Museo de Antropología. Los de Chapu llevaban reflectores grandes, quién sabe de dónde los habían sacado, quién sabe cuánto tiempo los habían estado guardando, y el Jefe, que dirigía el ataque desde la retaguardia, pudo ver cómo los usaban para localizar a sus soldados y cómo llegaban tropas de Chapu a cazarlos, armadas con palos y machetes. Otro reflector lo tuvieron siempre apuntando a la estatua de Tláloc, el dios antiguo que todavía sigue a la entrada del Museo, como para espantar.

—Alguien les dio el pitazo de que íbamos.

—¿Ya saben quién?

—Ya lo matamos y todo. ¿Te acuerdas del Arcadio? Ese fugón fue. Pero lo que importa…

Lo que importa, dice el Jefe, es que él pudo verlo todo hasta el momento en el que ya no lo pudo ver más, porque las luces, de pronto, empezaron a apagarse, una por una.

—Algo las estaba apagando —cuenta—. No éramos nosotros. Ni a mí se me ocurrió tratar de romperlas a golpes o a balazos, así de apendejados estábamos. Al final estaban todas apagadas, se quedó todo a oscuras otra vez y empezamos a oír gritos. Y a ver chispas.

El Museo de Antropología, igual que el Auditorio, el zoológico, toda esa extensión a los costados de la antigua avenida Reforma, es zona M. Ahí había un bosque y todavía quedan algunos troncos grandes, muertos, sobre todo alrededor de donde estaba el lago. Yo recuerdo cómo era antes, pero para la mayoría es nada más un lugar al que no se debe ir nunca. La gente de Chapu tampoco va. A lo mejor empujaron hacia allá a la gente del Jefe para meterles miedo, para acabar con ellos más fácil y rápido. Pero…

—¿Ellos apagaban las luces? —pregunta Lucina.

El Jefe no responde. Ella sabe la respuesta, igual que yo. Y que Sita. La oigo murmurar a ella, encerrada todavía en la letrina junto al patio, aunque no entiendo lo que dice.

El Jefe no los llama por su nombre, pues no hace falta. Tampoco puede describirlos. Una vez más, como siempre, nadie los vio de verdad. Nadie los tuvo delante (y sobrevivió) el tiempo suficiente.

—No cayeron después de la pelea. Fueron contra ellos y contra ustedes también. Al mismo tiempo.

—Nunca habíamos estado tan cerca de ellos. Pero ni así se pudo… nada. Nada más veíamos cómo desaparecía un pelotón en un lado, cómo… Y los gritos, los pinches gritos. Los de los troceados —ahora sí lo dice—. Unos oyeron las voces de tal o cual, de gente que se murió o se perdió hace mucho. Estuvo muy fugón.

Y ahora el Jefe no se mueve, no dobla la espalda, no quita sus ojos de Lucina, pero hasta yo, observándolo desde lejos, limitada como estoy porque no tengo cuerpo y tampoco, la verdad, puedo

captarlo todo exactamente como cuando lo tenía, hasta yo puedo ver que él quisiera inclinarse, poner la cabeza en el hombro de mi amiga, dejar de fingir que es todopoderoso y fiero y perfecto.

Pero no lo va a hacer, claro que no. Que estúpidos son los hombres, de verdad.

El Jefe termina su historia. Los dos ejércitos, los que quedaban de uno y de otro, se retiraron. Es decir, huyeron.

—La suerte… Lo que pasó que nadie se esperaba fue que ahí no sólo se murió el Perro, sino su hijo mayor. Ellos sí estaban hasta adelante. Querían que los vieran acabar con nosotros. Y en cambio los troceados acabaron con ellos. Se tardaron demasiado en querer atraparnos. Ése fue su error. Los troceados se llevaron cuerpos, se los comieron, lo que sea que hagan, pero el papá y el hijo sí quedaron ahí. Nos iban a ganar, pero al final les fue peor a ellos. Al final murieron muchos más de Chapu que de nosotros. Lo supimos hasta después, pero lo pudimos aprovechar. Los amenazamos con atacarlos mientras se peleaban entre ellos por ver quién se quedaba con el reino y se doblaron. Y acá lo pudimos manejar todo como victoria. También pudimos sacar a varios espías y traidores aparte del que dio el pitazo…

El Jefe aparta su mano de las de Lucina.

—¿Qué? —dice ella.

—Ahora la cosa es amarrar todo para que no se nos voltee.

—¿Tú sabías que sí era cierto que me iban a emparejar? —me pregunta Sita.

—No —le respondo—. ¡No! ¿Cómo crees?

Voy a decir algo más cuando noto que su voz se oye distinta.

—Qué poca madre, Celeste.

Resuena de otro modo. Antes hacía un poco de eco y ahora no. Además, se oye otra cosa, más lejos de su micrófono…

Pasos. ¡Pasos de ella! Se salió de donde estaba. ¿Por qué se salió? ¿Adónde va?

—¿Sita? —pregunto.

—Ya estoy grande y todos mis pinches hijos quisieran tener el mando —dice el Jefe—. Si al menos puedo dejar de preocuparme de Chapu, con eso tengo. Si todo sale bien, el que va a seguir después de mí es el Águila, y él va a ser el mandamás de aquí y de allá. Pero me quedaba el pendiente del hijo chico del Perro. Si

lo caso, si lo hago familia, le va a costar más trabajo…

—Y por eso te acordaste de Sita —le dice Lucina. Su voz parece amable, pero no, no lo es. Ese tono lo conocemos todos aquí en el Fuerte. A lo mejor el Jefe ya no lo conoce—. Quieres a la más importante de allá casada con tu nieto. Pero a ese otro, que no tiene tanta posibilidad de ser un problema, pero quién sabe, no le vas a dar a una de tus nietas "oficiales", de las que te ocupas, las que tienes viviendo en tu palacio…

—Tú fuiste quien la quiso tener aquí.

—Eso no importa. No me digas que siempre la quisiste igual que a las otras.

Sita sigue caminando. Ya no puedo aguantar más y digo, bajito:

—Lucina —pero ella no trae ningún audífono ni tiene encendida ninguna bocina.

—La van a tener que cuidar bien —dice él, pero ahora sí ha apartado la vista.

¡Sí, claro que sí! Sita no vale tanto para él como sus otros nietos. La va a mandar a Chapu. Al lugar que todo el mundo odia acá, y adonde todos odian a la gente del Centro. Y la va a casar con alguien que no importa tanto, que a lo mejor no se queda con nada, a quien todo podría salirle mal. De seguro se preguntó: "¿Quién es la nieta a la que quiero menos, la que menos voy a extrañar…?"

Malditos hombres, malditos hombres.

Y ahora hay sonidos que no reconozco: ¿qué está haciendo Sita?

¿Está abriendo una puerta? ¿Está subiendo escalones?

—¡Lucina! —digo, a pesar de que es inútil, y luego—: ¡Sita! —y ella apaga su diadema, y ya no me responde.

SITA,
CUATRO DÍAS ANTES

Otra vez estoy en mi cuartito, mi tapanco secreto. Desde aquí veo todo el patio y nadie me ve a mí.

No sé qué vine a hacer hasta acá. Tendría que haber ido con ellos a que me dijeran todo en mi cara. Con el pinche Jefe y con mi pinche abuela, hijos los dos de toda su…

O haberle dicho algo a Celeste, también, perra, maldita chismosa, manipuladora.

O tendría que haberme ido.

No es la primera vez que se me ocurre. ¿Por qué no estoy afuera en este momento?

Porque me costaría salir. Porque no se me ocurre qué pretexto dar, cómo evitar que Celeste y mi abuela se enteren.

Pero sobre todo es porque me da miedo, ¡claro que me da miedo!

¡Qué estúpida, pendeja, imbécil…!

Por hacer algo, me acerco al hueco en el piso. Para ver mejor. Miro a los soldados. Están allá abajo, formados. Están… ¿cantando? Echando porras. Cuando vuelvan Aquellos será cuando les cueste trabajo ponerse locos. Están puestos en círculo alrededor de alguno de los tenientes —el Yonwik, creo— y otros que no conozco. Supongo que han de ser cacas grandes, o sea, todavía más grandes que el Yonwik y que cualquier otro teniente: de los que estaban en los carros que llegaron con el Jefe. Le están hablando a los soldados. Los están preparando para cuando llegue el Jefe…, Ramiro…, mi *abuelo*…

No puedo ver todo el patio, pero en la parte que sí puedo ver estoy buscando. Claro que estoy buscando.

Miro las cabecitas pelonas, los hombritos cubiertos de negro. Los veo levantar los bracitos, saltar… Los sargentos tratan de mantenerlos entretenidos. El Jefe no ha llegado todavía. Ha de seguir hablando de mi futuro con el… ¿Garras?

No, no. El Garras es otro. No oí su nombre. ¡No lo dijo! ¡Mi abuelo no sabe ni cómo se llama el que va a ser mi marido!

Si Plebe estuviera ahí abajo, podría encontrarla más fácil, pero las mujeres deben estar en otro lado. A ellas, a nosotras, estos eventos no nos tocan.

¡Y esos soldados son todos iguales…!

No encuentro al Sombra. Quién sabe si está ahí o no.

¿Pero qué caso tendría haberlo encontrado? ¿De qué me serviría? ¿Para verlo después de que mi abuelo llegue con ellos y le hagan su fiesta y se vaya? De todas maneras, si bajo, en vez de encontrarlo a él me podría encontrar con mi abuela. O con el Vegueta. O con… aquel otro…

No, ya sé. Ya sé. Creo.

Salgo del cuartito. Bajo corriendo las escaleras, o más bien la mitad de las escaleras, porque luego se me ocurre que no debo hacer ruido y el resto lo bajo despacio, con tanta suavidad como es posible con las botas que traigo. ¿Me las quito? No da tiempo. Trato de caminar como si nada. Como si tuviera una tarea, un encargo. ¿Me está viendo esa mujer al otro lado del pasillo? No. No, pinche Faiseven, pinche princesita mimada, nadie te ve porque te la vives despreciando a todo el mundo.

(“Un día vas a pagar por nunca haber pasado hambre”, me dijo una vez, me acuerdo, la abuela de Plebe. De veras nos odiaba. Pero hasta hoy, en este momento, entiendo por qué. Sabía que yo realmente era una “princesa”. Ha de haber pensado que mi abuela hizo a propósito… todo. Para estar mejor, para tener los privilegios que siempre hemos tenido.)

Me acerco a la mujer. Caminando. Con calma. Sé quién es.

—Oiga, Fede, ¿no ha visto a la Plebe? ¿No sabe dónde andará?

Federica me señala una dirección con la cabeza. Le digo que gracias, lo cual debe ser rarísimo. No sé. Ya no sé nada.

Me pongo a caminar y me tardo un momento en darme cuenta de que Federica no me señaló los establos (pero, ¿dónde más iba a estar Plebe a esta hora?, estoy toda babosa hoy, qué feo es todo). Estoy yendo hacia las puertas del fondo, las que llevan a las rampas detrás del Fuerte, que sólo se usan para sacar o meter cosas en carros. Por suerte no tengo que pasar cerca del patio donde están los hombres.

Entro y bajo los escalones. Este lugar no era parte del Fuerte,

pero lo hicieron, abriendo paredes y parte del suelo. No está muy bien hecho y es como entrar en una cueva de película de aventuras. Ya adentro puedo ver a Plebe desde lejos. Aquí está siempre oscuro, pero hay luces encendidas: antorchas y hasta algunas lámparas eléctricas o de biocombustible. Plebe está subiendo en un carro de los pequeños, cubierto y tirado por seis hombres. La mayoría no voltea y los dos o tres que sí, no ven quién soy y vuelven a mirar hacia la rampa de salida. De seguro han de estar furiosos por hacer esto ahora y no estar en el patio, con los demás, celebrando al Jefe.

—¿Qué haces aquí? —me dice Plebe cuando la alcanzo.

—¿Qué haces *tú* aquí?

—¿No sabes que va a haber fiesta? Toda la demás gente está trabajando en otra cosa…

—Tengo que hablar contigo —le contesto, y me trepo a la tabla donde está sentada, al frente del carro.

Ella no parece estar contenta de verme.

—Ahorita va a venir el Urko —dice en voz baja—. Él se viene conmigo. Vamos a dejar esto a los huertos de la Ciudadela. Espérame a que regrese.

—No puedo. Necesito ayuda.

—Al rato —insiste ella—. Perdón que no te haya buscado ni nada en estos días. Es que el Móder…

—Tengo que salir de aquí —le digo, y entonces tengo una idea. Digo en voz alta—: Bueno, ya me voy —pero me meto bajo la cubierta en la parte de atrás del carro, entre las mercancías.

—¡No, Sita! —dice Plebe, pero lo dice en voz baja—. ¡Sita!

Y se calla cuando un soldado llega a sentarse junto a ella. Supongo que es el Urko, pero sólo porque Plebe me lo dijo. Todo lo que veo es un trasero puesto en la tabla junto a mi amiga (eso sí, es un trasero grande, y el Urko es más ancho que casi todos en el Fuerte).

Yo estoy rodeada de huacales de madera. Han de ser de la edad de mi abuela, igual que una que otra caja hecha de plástico del antiguo, y no del que fabricamos ahora. Por lo que alcanzo a ver, hay ropa vieja, de la que hemos dejado de usar en el Fuerte, y también sacos de abono. Muchos: me basta con olerlos.

Y ahora escucho que el Urko está gritando.

—¡Arre! ¡Para adelante! ¡Rápido! ¡Como si fueran hombres, bola de fugones! ¡Vámonos!

No lo veo, pero los hombres de tiro amarrados al carro empiezan a jalar. Hay una sacudida y nos estamos moviendo. Me encojo. Me digo que Plebe no puede decir nada, no puede avisar que estoy ahí, porque…, porque es mi amiga. No sé qué voy a hacer cuando lleguemos a la Ciudadela. He ido, conozco el lugar, pero, ¿dónde me voy a esconder? ¿En el huerto grande? ¿En la parte abandonada donde antes —dato inútil de los de Celeste— guardaban libros? No tengo plan, no tengo nada. Pero no me puedo…

Nos detenemos. Hay gritos. No hemos salido todavía. ¡Ni siquiera hemos llegado a la rampa! ¿Me descubrieron? ¿Alguien llegó por mí? ¿Me van a sacar de aquí para llevarme con mi abuelo, con el otro tipo, que ni su nombre sé?

El Urko se baja de la carreta y Plebe se inclina para decirme bajito:

—No hagas ruido. ¡Quédate ahí y no hagas ruido!

Le hago caso. Empiezo a escuchar lo que pasa afuera. El Urko se está gritando con alguien.

—¡Dejen pasar! —dice una voz que no conozco, de tipo grande.

—¡Dejen pasar ustedes! —dice el Urko.

—Esto es del Jefe —dice el otro. Debe ser uno de los cacas muy grandes. Se nota que el Urko le molesta, que está acostumbrado a que lo obedezcan.

—Esto también es del Jefe, tarado. ¿Ya viste quiénes somos? ¿Ya viste dónde estás?

—¿Ya sabes a quién le estás hablando, simio?

Ninguno de los dos deja de insultar al otro durante un rato. Me asomo por un doblez en la lona y veo, delante de nuestro carro, otro carro distinto, que está entrando en el Fuerte, bajando por la rampa, y por lo tanto tapándonos el paso. Viene del Palacio y trae cosas para la fiesta que va a haber. Vamos a tener que echarnos para atrás. ¿Y por qué no estamos yendo para atrás ahora mismo? Porque el Urko y el otro tipo —que viene vestido de camisa blanca y pantalones azules y que trae el pelo largo y recogido en una trenza— tienen que acabar de presumir lo machos que son antes de llegar a un acuerdo.

—Cuidado, pinche animal —dice el tipo de la trenza. Por lo que entendí, le dicen el Astro.

—Cuidado tú, pinche nena —le dice el Urko.

—¿Qué? —contesta el Astro, sacando el pecho.

—¿Qué? —responde el Urko, haciendo la misma pose. Los dos se miran.

—Pendejo.

—Fugón.

Y con eso se dan la espalda el uno al otro y regresan cada uno con su gente.

Yo me vuelvo a agachar bajo la lona. Los de tiro se tardan un largo rato en darle vuelta a nuestro carro y apartarlo del camino del carro del Astro, que al final queda estacionado tan cerca como le es posible de la puerta por la que entré aquí, la que da al Fuerte. Nosotros quedamos al lado, tan pegados como se puede.

—A ver —dice el Astro—, ya está. Ahora pon a tu gente a bajar nuestras cosas…

—No —contesta el Urko, y luego—: Dejen todo aquí. Desamárrense. Formados. Tomen distancia. ¡Ya, fugones! Les vamos a dar el privilegio de ver a su padre. ¡Van a ver a su Jefe!

Y los de tiro empiezan a gritar:

—¡Siempre fuertes al Jefe! —y oigo que se mueven, y cuando me asomo otra vez veo que ya se quitaron las cuerdas que los ataban al carro.

—¡Ustedes! ¡Vámonos! —ordena el Astro a su gente de tiro. No son de los nuestros: traen otro uniforme, aunque se ven igual de flacos y maltratados que los de aquí—. No recojan nada.

—Ellos tampoco van a recoger nada —dice el Urko.

—Vamos a ver —lo desafía el Astro, y oigo cómo se va caminando con su gente.

—Ah, qué necio —dice el Urko—. Tú quédate.

—¿Yo? —pregunta Plebe.

—¿Cuántas viejas más hay aquí? No me dejes solo mi carro. Ahora mando a alguien. ¡No te vayas a ir!

—No, señor —dice Plebe. De pronto, su voz tiene miedo.

El Urko le grita un poco más a su gente y se marcha con ellos a paso veloz para alcanzar al Astro. No alcanzo a ver quiénes pasan primero por la puerta.

Yo espero a que los pasos de todos se alejen.

—Ya sal —dice Plebe, pero yo no salgo—. Sita, ¿qué te pasa?

—Nada —le contesto. ¿Por qué contesto “nada”? ¿Quiero parecer valquiria, que aguanto todo y nada me altera?

Peor aún, lo siguiente que pienso es que le podría hablar un

poco de algún otro tema. Algo sin importancia, un chisme… Pero ella se da cuenta.

—Estás toda rara, ¿qué te pasa? Al menos saca la cabeza. ¡Sácala! Y veme, Faiseven. Veme a la cara… —cuando me ve, se asusta—. ¿Lloraste?

Claro que lloré. Toda la historia de mi abuelo y sus guerras fue mitad de horror y mitad de mocos y lágrimas. Y ahora también quisiera llorar. No pude salir, ¿y adónde iba a salir, si pudiera? ¿Y cómo me voy a regresar ahora al Fuerte, sabiendo que en cualquier momento van a llegar por mí? ¿Y qué va a pasar con mi película?

¿Por qué estoy pensando ahora en la película? ¿Qué caso tiene pensar en eso? Es como acordarme de las cosas que cuentan mi abuela o Celeste de cómo era el mundo. O de lo otro que pasó aquella vez de las muñecas, y que nadie nadie nadie sabe: que nos las quitaron para reciclarlas, sí, pero yo saqué una de la caja de desecho, y todavía la tengo, aunque no la toco desde hace años…

Ya, Sita. Ya. Te estás evadiendo. Le tienes que contar a Plebe. Le tienes que contar lo que sí puedes explicar.

Por si alguien aparece, me vuelvo a meter bajo la lona que cubre las cajas. También es viejísima: tiene impresa la cara de alguien, un tipo bigotón y sonriente, y grandes letras de colores que dicen VOTA ASÍ. Le cuento todo a Plebe sin salir de mi escondite.

Cuando acabo, ella dice:

—¿Te van a *casar*?

—Y no con el Tuercas.

—Wow —dice—. ¡Wow! ¿Estás segura?

—¡Sí! Éste sí es en serio. No sé cuándo, pero va a ser pronto.

Se queda callada. Me doy cuenta de que estaba contenta, se dio cuenta de que yo no lo estoy, y ahora no sabe qué decirme.

—Y… ¿cómo lo ves? —me pregunta al fin.

—¿Cómo *lo veo*? ¡Horrible! ¿De qué otro modo lo voy a ver?

—Ah —dice ella—. Perdón. Es que a lo mejor sí querías…

—No. Así no. Ya sé, muchas sí quisieran, ha de ser alguien muy acá, muy rico, sexy… Pero no. No, Plebe.

—Sí, bueno. Es de Chapu. Te van a hacer de Chapu. Aquí nadie te va a querer.

—¡Aunque fuera del castillo de Luna Brillante, Plebe! Con

ése…, sea quien sea…, no. Así no.

Ni el otro día en misa me sentí así. Siempre he sabido que me iban a casar. Es lo que le pasa a todas las mujeres. Casarse o por lo menos juntarse con alguien, tener todos los hijos que puedan, tratar de mantenerlos con vida tanto como se pueda. Morirse como a los cuarenta. Mi abuela no me ha soltado nunca, y me ha tenido aprendiendo cosas que nadie más que ella y Celeste saben, pero nunca voy a ser tan buena como ella, nunca voy a ser una ingeniera de verdad, y tampoco quiero. Hubiera querido ser cineasta, que era como le decían antes a la gente que hacía las películas. Pero eso ya no existe. Y ahora pienso: incluso si hubiera terminado la película que quería hacer, ¿qué?¿Qué iba a hacer con ella al acabarla, después de guardarla en el Tesoro? ¿Verla yo sola todos los días? ¿Pasársela a los soldados, hacer que vieran sus jetas y sus estupideces?

A veces pensaba no en casarme, pero sí en tener yo sola a una hija o un hijo, para enseñarle lo que mi abuela me enseñó a mí y seguir manteniendo las instalaciones del Fuerte y del Jefe. Y luego morirme, y que ella o él se quedara con el trabajo o hiciera lo que quisiera…

—¿Ni por ser importante? —dice Plebe—. A mí me gustaría que me casaran con alguien importante. Yo también sería importante. En realidad, si el tipo este no fuera de Chapu…, yo sí te diría quítate. Sí me andaba casando. ¡Nomás por viajar a otro lado!

—¡Plebe! ¿Y el Móder?

—Ay, Sita… Lo que te digo es un sueño. El Móder es otra cosa. Tuve suerte de que se fijara en mí, yo no soy importante…

—Para mí eres importante —le digo—. Ahorita. Siendo quien eres.

—Pero tú me quieres. O sea, te entiendo. Quisieras que el tipo ese te quisiera. Y tú quererlo. Y que no fuera de Chapu.

—Sí, pero también…

—Mi mamá dice que tuvo que aprender a querer a mi papá —dijo Plebe—. Aunque él nos pegaba diario y en cuanto pudo se pasó a vivir con la otra vieja que tenía, por el Cuartel Frontera.

—Sí, es cierto, ¿verdad? Que por eso se cambió para allá.

—Sí.

—Fugón.

Vuelvo a salir a ver a Plebe, que se encoge de hombros.

—Bueno, ya ves que se murió de influenza. O algo así.

—Sí… Pero ahora, Plebe, ¿qué hago? No me quiero…

—¿Tú no te podrías aguantar? ¿De veras aprender a quererlo? Al final sí resultaste una princesa.

—¡No! ¡Que no! ¡No me vuelvas a decir eso!

De oír esa palabra se me retuerce el estómago. ¡Qué asco me dio cuando el Jefe la dijo…!

—¡Shhh! —me regaña Plebe, y tiene razón, y respiro hondo para tratar de calmarme.

—No me quiero aguantar —digo—. Y no quiero eso. Había pensado en irme. Escaparme. Esconderme con… alguien.

—Pero no tienes a ningún pariente fuera de tu abuela, ¿no? —dice Plebe.

—Gracias por recordármelo.

—A lo mejor el Sombra conoce a alguien.

—¿Qué? ¿El Sombra? ¿Y él qué?

—Ay, Sita. ¿Tú crees que soy tonta?

No, claro que no. Siento cómo mi cara se pone roja.

Nos hemos visto poco y no hemos pasado de tocarnos las manos, con muchísima discreción (o sea, muchísimo miedo, a veces de él, a veces mío). Y no le hemos dicho a nadie. Apenas hemos hablado, en realidad. Nos hemos contado chistes (le tuve que explicar el de la pata de palo, qué tonto). Hemos dicho bobadas. Ni una sola palabra de las de… de ésas. De las de película romántica.

Pero, claro, Plebe lo tenía que notar. Igual que lo notó el Nueve. Y los demás que lo han notado.

—Yo hasta te iba a preguntar qué había pasado con el Tuercas —dice Plebe—. Yo pensaba: a lo mejor convenció a su abuela…

—Ay, Plebe, esto nunca dependió de mi abuela.

—También podríamos decirle al Sombra…

—¿Ese es tu gran consejo? ¿Ver qué se le ocurre a él?

—No es malo. Nunca ha tenido ni novia. A lo mejor te puede ayudar.

—¿A qué?

—Ay, Sita, pues a qué. ¿Qué tal si se casan hoy mismo? O sea, tú y él. Así pueden decir que él le ganó al otro.

Abro la boca, cierro los puños, no sé qué más hago para no reírme como una estúpida, o ponerme a llorar otra vez, o

cualquier otra cosa parecida.

—Ay, Plebe —digo al fin—. No. ¡No! Para empezar…, no se puede. Acuérdate de que es soldado nada más. Cuando vuelvan Aquellos lo van a dejar pedir esposa.

—Ay, sí, es cierto… Oye, ¿y si le dices a alguien más? No sé, al Yonwik, él no tiene todavía…

Ahí me enojo:

—¡No, Plebe! ¿Cómo crees? ¡Entiende! Deja que le diga o no. Pon tú que él sí quisiera. Que se enamorara de mí nada más porque yo se lo pido. Para que eso valiera, nos tendría que casar un profeta, o sea que habría que ir a buscarlo…, y mi prometido tendría que conseguir permiso, mínimo, del Vegueta. Y si el Jefe se entera y de todas maneras quisiera hacer lo que quiere hacer… pues… diría que no, ¿no? Se anularía, no sé cómo se diga. Él lo puede hacer. Él puede hacer cualquier cosa. Nada más con dar la orden, al pobre Sombra, digo, al Yonwik, ¡o a quien sea…! Nada más con dar la orden, lo podría…

Me quedo callada. No quiero acabar de decir esto que estoy pensando. No hace falta.

—Eso es verdad —dice Plebe.

—Así que no, no, no —digo—. Hay que… Hay que pensar en otra cosa.

—¿Sabes qué? De todas maneras habría que preguntarle al Sombra…

—Sí pregúntenme —dice alguien.

¡Es el Sombra! Está parado a un lado del carro. Nos mira cruzado de brazos.

—¿Qué andas haciendo de chismoso? —le dice Plebe, enojada.

—Ah, sí, como yo soy el que anda hablando de la gente a sus espaldas.

—¿Qué haces aquí?

—Ya ven que siempre me agarran para hacer lo que nadie quiere hacer. Me toca cuidar el carro. Me voy a perder todo…

Me mira y sé que ve algo en mi cara que no puedo esconder. Si esto fuera una película, sería una escena en cámara lenta, con mucho tiempo para mostrar los detalles de esa expresión que traigo, sea la que sea. Y de la suya. Aunque también estoy imaginando una sonrisa malvada de Plebe, y otras peores de los soldados…

—¿Nos vas a echar una mano, Sombra? —dice Plebe—. ¿O vas a ir con el chisme?

De pronto, se me ocurre que el Sombra debería ir con el chisme: irse corriendo ahora mismo a decirle al Vegueta que me oyó, que iba a escapar y me detuvo. Pensar esto es muy feo, pero no lo puedo evitar. Al Sombra le iría mejor si se pusiera contra nosotras. Quedaría bien con el Jefe. Lo ascenderían. Todos los soldados le tendrían más respeto.

Pero él sigue mirándome como antes. Eso sí, me doy cuenta de que *no quiere* mirarme así: quisiera tener otra cara, una pose de tipo malo y fuerte. ¿Serán así todos los hombres cuando les pasa lo que le está pasando a él?

Por otro lado (y todo esto, todo se me viene a la cabeza en un segundo, mientras el Sombra me mira y Plebe también), todo lo que oyó debe ser una gran sorpresa para él.

¿Qué pensará de mí, sabiendo lo del Jefe? ¿O qué pensará del Jefe?

—Díganme cómo —nos pide.

—¿No oíste que nos faltan ideas? —se queja Plebe, y entonces oímos un grito:

—¡A ver, ustedes, bájense de ahí!

Es el Astro, que regresa con su gente. No se ve contento. A lo mejor discutió con los de aquí, o hasta con el Jefe, y de todas maneras lo mandaron a él a hacer el trabajo pendiente.

—Abran todo, lo bajan y ya vieron dónde hay que ponerlo —dice el Astro a los suyos, y a nosotros—: ¿Qué hacen aquí?

—El Urko me dejó…, nos dejó cuidando —dice Plebe—. Usted estaba cuando lo dijo —y el Astro no se da cuenta de que no es exactamente cierto.

—Pues menos cuidando y más cargando. Vénganse y ayuden.

—Tenemos que cuidar este carro —respondo yo.

—No, tienen que obedecer —dice el Astro—. ¿Quién les enseña a ser tan tercos? Además —levanta la mano y vemos que trae un llavero, de los que suelen traer mi abuela o los tenientes —, ve, niño: en cuanto saquemos nuestras cosas voy a cerrar. ¿Se quieren pasar la noche aquí?

¿Me dijo niño? Qué bruto: ¡me tiene delante y no se da cuenta!

Sin saber qué más hacer, los tres nos bajamos del carro y vamos a ayudar a la gente del Astro. Lo que traen son sillas: de

plástico, de metal, de madera, todas viejísimas, pues. De cuando mis abuelos (mis malditos abuelos) eran jóvenes. Creo que las vi aquella otra vez, en el Palacio: el Jefe ha de pensar que son muy valiosas y quiere presumirlas. Comeremos sentados en ellas en vez de en los tablones que suelen usarse.

Yo tomo dos sillas dobladas y el Astro me grita que no sea nena y que tome más, como está haciendo el Sombra. Me da risa, pero adentro. Obedezco sin mirarlo.

Unos segundos pienso que me podría esconder entre los soldados. Al menos por un tiempo. Me podría rapar, y luego irme a un cuartel de los lejanos, como el Talismán o el Cien Metros…

No, claro que no. Si no salen bien los arreglos que está haciendo mi abuelo, va a haber guerra más pronto de lo que él quisiera, y una princesita de menos no le va a ayudar. Y siempre podrían descubrirme. Son tontos, pero no *tan* tontos. El año pasado, un teniente en Tlatelolco metió dos novias sin permiso, y a las dos… les fue muy mal. Peor que a él. Y no estaban haciéndose pasar por hombres.

Hago un viaje, otro, otro más cargando sillas. Se está haciendo de noche. Trato de mantenerme cerca del Sombra y de Plebe, que de vez en cuando voltean a mirarme con cara de preocupación. Pero no les hablo.

Algo pasó mientras pensaba en otro modo de escaparme. Siento que se me acabó la fuerza. No la del cuerpo. No veo para dónde ir o qué hacer. Nada más me estoy moviendo. Nada más hago lo mismo, una y otra vez.

Veo de lejos al Vegueta y sus tenientes, incluyendo al Urko, dando órdenes. Veo al Astro gritándole a Ruth y a Federica. También veo a los músicos del Jefe, que tocan en un rincón, bajo un arco de piedra, mientras algunos, soldados sobre todo, se juntan alrededor de ellos, los miran. Algunos medio empiezan a bailar. Pronto acabarán de instalarlo todo y empezará la fiesta en serio. Las mujeres deben estar cocinando. Afuera se oye la voz de alguien que habla al aire por una bocina:

—¡Fiesta en el Fuerte! ¡Baile en el Fuerte! Para toda la familia. ¡Su Jefe está contento! ¡Vengan a ver a su Jefe!

Sigo y sigo. Es como si el cuerpo actuara solo, como si lo moviera alguien más y yo estuviera metida en él de pasajera, sin poder controlarlo. Hay una película que trata de eso y que Celeste me puso una vez. No me gustó…

Voy a recoger otras cuatro sillas. ¿Pero qué me pasa? ¿No se supone que soy una persona fuerte, que le hablo feo a quien yo quiera, que puedo meterme con quien sea y siempre me salgo con la mía? En las películas no pasa esto. Siempre hay una idea genial que llega en el momento preciso, una puerta que se queda entreabierta, un aliado que aparece justo cuando se le necesita. O hay un objeto que el héroe ha traído durante horas y que en el último momento le sirve exactamente para lo que hace falta. O siempre tuvo un plan, y todo ha ido siempre de acuerdo con el plan, y es sólo que no nos habíamos dado cuenta…

Yo no tengo plan. Nunca hice uno. No tengo un arma. ¡No sé pelear! Pero, ¿me voy a dejar llevar así nada más? ¿Voy a dejar que me pinten la cara y me vistan de chica sexy? ¿Que me manden con el tipo ese, como se llame? ¿Me va a tocar hacer lo que obligan a hacer a tantas? ¿No hay nada más?

Llego al patio y algo me toca el brazo.

—Sita —dice la voz de mi abuela. Levanto la vista y la miro. Es ella quien me está agarrando—. No te encontraba. Necesitamos hablar contigo.

—¿Qué te pasó? —le digo yo, no lo puedo evitar, porque veo sus manos—. ¿Eso es sangre?

LUCINA,
CUATRO DÍAS ANTES

—Yo tenía veintitrés y él dieciséis. Le tocó la menos joven de las jóvenes. Tampoco le dieron a elegir. Era un jovencito. Un niño. A lo mejor hasta era el más nuevo de todos. La verdad es que yo tuve suerte: a algunas mujeres las violaron entre varios, de inmediato, en el patio adonde nos bajaron a todas cuando se apoderaron del colegio. Y a otras las mataron…

Camino varios pasos hacia la puerta del taller. Luego regreso a donde estaba. Luego, otra vez hacia la puerta. Mientras camino, hablo. Hablo y hablo. Si alguien me viera, diría que estoy loca, que hablo sola. O que soy una bruja que habla con diablos y fantasmas.

Pero *estoy* sola. Estoy ensayando. Tengo que hablar, en algún momento, con mi nieta. Cuando venga. O cuando me decida a salir.

No he querido ver ni qué hora es. Llevo aquí mucho rato. Ya se hace de noche. En cualquier momento empezará la fiesta para el Jefe, para Ramiro. Va a haber música, alcohol y gritos hasta el amanecer. Un par de soldados vino hace rato por cables y bocinas, pero eso ha sido todo. Nadie más se ha parado por aquí. En algún momento, tal vez, habrá merienda para las mujeres, aparte de lo que se esté cocinando deprisa para la fiesta (imprevista, de ocurrencia, maldito Ramiro), pero yo no quiero comer.

En realidad, lo sé, tampoco quisiera salir ni hablar ni nada. Nada, nunca. Celeste tiene razón. El miedo me paraliza.

Pero de algo debe servir el que me prepare, en lo que Sita vuelve. Hace un momento acabé, por fin, la respuesta al mensaje que nos enviaron de la Universidad. Ya hasta está puesta en clave y guardada en la caja, lista para enviarse. Y estoy preparando la lista de lo que vamos a necesitar para una salida. La estoy pensando: es mejor que no la escriba en ninguna parte. En todo

caso no es un viaje de miles de kilómetros ni cruzando el mar ni volando…

(¿Habrá aviones todavía en alguna parte, a lo mejor con quienes se fueron hacia los polos?)

Cuando era joven nos hubiera tomado cuarenta minutos, una hora como máximo, hacer el viaje hacia el sur, más allá del Fuerte y del Centro. Incluso hoy, a pie, sin obstáculos, no estaría a más de tres horas.

El problema, además de que el mundo es otro, es que hay que cruzar una zona M.

Pero eso vendrá después. Cuando tengamos todo preparado. Cuando ya estemos todas de acuerdo. Cuando le haya contado a Sita esto que estoy ensayando: todo lo que no le he dicho nunca.

—A pocas nos tocó que nos llevaran sin nadie más —digo en voz alta— y que nos dejaran a solas con uno de ellos. Igual todas éramos parte del botín. Ellos acababan de conquistar el Centro. Según Celeste, ha pasado así muchas, muchas veces cuando un ejército llega a una ciudad.

”Cuando fueron por mí me fueron a poner en otro salón. Luego llegó él. Y cuando a él y a mí nos dejaron solos…

Me detengo. Me callo.

Antes de dejarme con él: el día que llegaron y se apoderaron del Fuerte, de lo que entonces era el colegio, lo primero que hicieron fue juntarnos y encerrarnos a todas en un salón del segundo piso, de los de hasta arriba. De los que dan a la calle. Luego empezaron a sacarnos: primero a las que se llevaron al patio, y luego a las demás. No nos resistimos.

Sólo hubo una maestra, Hilda se llamaba, que no se rindió. Todas estábamos juntas en el salón, apretadas en una esquina, con la mirada en el piso, sin atrevernos a nada. Yo estaba llore y llore, me acuerdo. No sabía qué nos iban a hacer, o a lo mejor sí, pero no quería decirlo, no quería pensarlo. Ninguna de nosotras quería. Excepto Hilda. Hilda vio todo claro desde el principio. No recuerdo qué materias daba. Jamás supe su nombre completo. Tenía como treinta años y entonces me parecía muchísimo mayor. Tenía rastas, y el chisme era que eso le traía problemas con la dirección de la escuela.

Al otro día de que nos encerraran a todas, la primera vez que la puerta se abrió, Hilda se apartó del resto de nosotras, dio tres pasos hasta una ventana abierta, trepó y se tiró. Así, sin decir

una palabra. Nadie pudo detenerla. No retrasó mucho lo que nos pasó a todas las demás, pero a ella no le pasó.

Desde entonces, muchas veces, me he imaginado haciendo lo mismo que Hilda. Debí haber saltado tras ella en ese mismo momento. Esta situación no tiene arreglo. No nada más la mía. La del mundo.

Pero ahora ya es demasiado tarde. No nada más han pasado los años: Celeste y yo no estamos solas. No sé exactamente qué quiera Sita, pero de seguro quiere vivir. Y ella nunca pidió estar aquí. Ella nunca ha pedido nada.

Por eso *tengo* que hablar con ella. Decirle lo que queremos hacer, lo que debimos haber hecho hace mucho. Su abuelo quiere disponer de su vida sin hablarle siquiera. Yo no puedo seguir haciendo lo mismo.

Otra vez camino. Otra vez hablo en voz alta. Ramiro ya se fue. A él le grité, lo insulté, le rogué y no sirvió de nada.

Ahora estoy sola y no me oye nadie.

(—La quiero lista para el miércoles —me dijo justo antes de irse. Debí haber sabido que no lo iba a convencer.)

Pongo la mano en una de las mesas, llena de piezas y residuos. Toco la punta fría de un cautín. Sigo ensayando.

—Esa vez, Sita —digo—, nos pusieron juntos y luego nos dejaron solos. Él era más chico que muchos de los que conoces. Me vio con cara de miedo. O de otra cosa. De querer ser muy valiente. De no entender la cara que yo tenía.

"Y luego… Se me echó encima. Que era lo que había ido a hacer.

"Y no pudo. ¡El idiota no pudo! Estaba muy nervioso. Era su primera vez. Él mismo lo dijo así. También era una prueba para él. Tenía que poder conmigo. Demostrar lo que sea que tuviera que demostrar. Lo que siempre tienen que demostrar cuando hacen esas cosas. Pero no pudo. Y entonces me miró de otro modo.

"¿Yo? Aterrada. En otro momento tal vez me hubiera reído de él, de que se las daba de muy macho y en realidad era un pobre niño baboso, pero en ese momento no me pude reír. Pensé que me iba a matar. Que me iba a echar la culpa de lo que no había podido hacer y que me iba a matar. Y a lo mejor lo hubiera hecho de haber sido mayor, de haber estado más maleado, no sé.

"No me mató. Se me quedo viendo. No sabía qué hacer. Tenía

miedo, seguro. Y yo aproveché. Antes de que pudiera hacer otra cosa le dije que no se preocupara. Que…

Esto es muy difícil. Y va a ser mucho peor cuando realmente la tenga aquí.

—Que lo iba a ayudar, le dije. Que él tenía que ayudarme a mí, pero yo lo iba a ayudar primero. Él sólo tenía que salir y decir que lo había hecho. Yo diría lo mismo, que sí. Me comportaría como si él…

"Yo lo ayudé de esa manera y él me ayudó a mí. Fue subiendo, fue agarrando experiencia. Resultó que no era tan bruto para las cosas a las que se dedica. Me protegió. Logró que me quedara a trabajar aquí. Logró que me hicieran caso: que usaran lo que yo sabía. También me hizo caso cuando le dije que había que cuidar toda la información, toda la tecnología que pudiéramos. Por eso todavía nos traen cosas. Por eso pude encontrar a Celeste. Su unidad, en donde está guardada, estaba escondida en una cocina en un edificio abandonado. Quién sabe cómo llegó, pero de no ser por mí, ahí seguiría. O la hubieran deshecho.

"Un día, él logró lo que no pudo hacer cuando lo conocí, y al año nació Amira, tu mamá.

"Y hasta después se volvió el Jefe. Tenía adversarios y los venció a todos. Al último, uno al que le decían el Uña y del que ya no habla nadie, lo mató él mismo, después de haber acabado con sus seguidores. Así se hizo el rey.

"Y entonces me botó. Se consiguió una esposa, hasta se casó con ella. Más bonita. Pero por todo esto es que lo conozco y que él me respeta y que podemos vivir aquí.

"No es por él, Sita. No es porque sea bueno. O porque nos esté haciendo un favor. Es por mí. Por lo que yo hice. ¿Me entiendes?

Me callo otra vez. Tengo que pensar mejor esta parte. Lo que Sita debería escuchar no va por ahí. Ella debe saber que nunca he dejado de pensar en cómo salir de este lugar. El objetivo fue siempre buscar algo mejor, para mí, sí, para Celeste también, pero sobre todo para ella. El plan que empezamos a hacer desde hace tanto con la Universidad, desde que supe que existían, es para *eso*. Y no le había contado nada, y me he retrasado todo lo que he podido…

—Por miedo —digo—. Porque tengo miedo. Sé que

podríamos haber salido hace tiempo, al menos antes de hoy… Sé que a lo mejor tendríamos que haberlo hecho…, pero…

Y me vuelvo a callar porque, al darme la vuelta, miro hacia una de las pantallas y en ella está Celeste, gritando. No la oigo, pero la veo: su cara virtual tiene la boca muy abierta. De hecho, ha creado la imagen de modo que se ven sus brazos y me hace gestos, como si estuviera llamando mi atención desde muy lejos.

Tengo apagado todo, todas las bocinas y los micrófonos: con razón está tratando de llamar mi atención así. Enciendo una bocina y la escucho decir:

—¡Lucina! ¿Me oyes, Lucina?

—Te estoy oyendo. ¿Qué pasa?

—Me tenías apagada. O sea, las bocinas.

—No quería hablar contigo —le contesto. Es verdad. Y tampoco quería que oyera esto que he estado diciendo ahora que Ramiro se ha ido.

(Hay una película en la que una computadora lee los labios de la gente que tiene delante. ¿Celeste podrá hacer eso? ¿Y qué importa? Ella sabe todo lo que pasó. Se lo dije hace mucho…)

—Pero hice mal —digo. Tengo que disculparme con ella.

—Tenemos que encontrar a Sita —dice Celeste.

—Sí. Y tenemos que mandar un mensaje. Ya lo tengo. Nada más falta dejarlo con Elodio y que les llegue allá. A lo mejor hasta podríamos mandarlo antes del día de mercado. Debimos… *Debí* mandarlo antes. Hace mucho. Tú tenías razón.

—Sí, pero además…

—Eras tú la que tenía razón, Celeste. Debí… Es decir, ya sé que no tiene caso lamentarse de lo que ya pasó. Pero necesito que me perdones. También tengo que hablar con Sita ahora mismo. No le puedo seguir ocultando…

—¡Lucina, Lucina, espera! Por favor. Sita te oyó.

—¿Qué?

—Oyó lo que hablaste con el Jefe. Con Ramiro. Lo oyó casi todo.

Siento frío. Algo me pega en el estómago.

No es igual a lo que sentí cuando Hilda se tiró por la ventana, pero sí se parece.

—¿Cómo pasó eso? —pienso en un desperfecto, en un error, o tal vez en algo que Sita hizo a propósito. ¿Usó un micrófono? ¿Uno que ella tenía? ¿Cómo lo instaló…?

Celeste no contesta. ¿Se sonroja? Sí, de hecho, se está sonrojando, en la pantalla. Qué bien le salen esas imágenes.

Entonces comprendo todo, lo que *realmente* pasó, y en vez de frío empiezo a sentir rabia, y esta sí es peor que cualquiera que haya sentido antes. Por un momento no puedo hablar. Se me ha trabado la boca. Cuando era joven, decían que estas cosas pasaban con las emociones fuertes. Ahora me están pasando a mí.

—¿Lucina?

Dejo pasar unos segundos. Respiro hondo. Aprieto los dientes. Trato de hablar y lo logro:

—¿Por qué le dijiste? —pregunto—. ¿Por qué…?

—No le dije —responde ella—. Más bien le transmití…

Levanto el monitor y cuando tiro de él sus cables se botan y caen a la mesa. La cara de Celeste desaparece. Igual lo aviento al suelo, lo levanto, lo golpeo una, dos, tres veces mientras pienso que es un equipo de valor incalculable, que probablemente es de mi edad si no es que mayor, que ya no es posible fabricarlos, que nunca vamos a conseguir otro igual. No sólo estrello el cristal de la pantalla: realmente lo rompo.

—¡Qué haces! —oigo gritar, pero sigo golpeando los restos del monitor. También podría pisotear la bocina—. ¡Ya, te vas a lastimar! ¡Ya basta!

Yo tengo en la garganta un grito largo, atorado, reseco, que apenas ahora, mientras suelto los pedazos de la pantalla, alcanzo a distinguir. Debo haber empezado a gritar hace varios minutos.

Es como las lágrimas que (me doy cuenta ahora) tengo en los ojos, que se sienten como agua hirviendo, como si se hubieran estado calentando en mi interior… ¿Cuánto tiempo?

¿Cuándo empecé a llorar?

—¡Ya, Lucina! —dice Celeste, pero yo ya no estoy sosteniendo la pantalla. Siento algo en las palmas de las manos. Es sangre. Me corté en algún momento.

Voy y me siento en el mismo lugar donde hace rato estuvo Ramiro.

El día en que lo conocí, cuando me quedé sola con él, fue parte de un tiempo de horror, rabia, tristeza. Todo eso siguió conmigo. Pero algo más apareció entonces.

Nunca he sabido exactamente qué nombre darle. Tal vez podría decir que es otro frío, más profundo. En el cerebro, la

columna. O una especie de claridad. Entendí que estaba atrapada: que todo lo que había esperado o deseado hasta aquel momento ya no tenía sentido. Que el mundo se había caído no sólo en general, como se había estado cayendo durante mucho tiempo, sino también para *mí*. Que nunca iba a ser igual y nunca iba a ser mejor. Pero entender eso me dio ganas de vivir: de hacer lo que fuera necesario para seguir viva, y no nada más viva con el cuerpo. Ganas, también, de sentir que aún podía hacer y decidir cosas. Aunque fueran pequeñísimas. Por eso no me resistí a Ramiro. Mejor dicho, por eso le ofrecí ayuda. Porque yo podía elegir hacerlo.

Casi nunca me acuerdo de esto. La mitad del tiempo pienso en Hilda, o en Amira, y creo que todo lo que he hecho ha sido un acto de cobardía.

Pero ahora vuelvo a sentir ese frío. No me puedo quedar quieta. No puedo dejar que las cosas solamente sucedan. Ni a mí ni a mi nieta.

—Dices que hay que encontrar a Sita —le digo a Celeste.

El micrófono funciona todavía porque me dice:

—Sí.

—O sea que no sabes dónde está.

—No.

—No era así como tenía que enterarse, Celeste —le reprocho —. No era así. Carajo, Celeste.

—Pensé que al paso que íbamos —contesta ella luego de un momento— no iba a enterarse nunca. No debí. Ya sé. Pero…

—Ella se enojó, supongo —la interrumpo.

—Se enojó mucho. Conmigo también.

Respiro hondo. Luego lo vuelvo a hacer.

—Está bien. Pues hay que encontrarla.

—No ha aparecido en ninguna de mis cámaras desde hace una hora.

—No has preguntado por ella, ¿verdad?

—¡Si la empiezan a buscar va a ser peor…!

—Estoy de acuerdo —le digo.

—La última vez que la vi iba con su amiga. Plebe. La hija de Mabel.

—Ponme las cámaras en… en alguna otra pantalla. Elodio o alguien debe tener alguna por ahí de repuesto que podamos comprar. Nos va a costar un ojo de la cara. Y Sita tiene que estar

por ahí. A menos que se haya salido del Fuerte.

—¿Tú crees que se podría haber salido? ¿Pero cómo? ¿Y adónde, Lucina?

—Si se le ocurrió algo así, seguro que no hizo planes, no lo pensó primero. Ya ves que luego pasa eso —levanto mis manos lastimadas y se las muestro—. Que hacemos cosas sin pensar.

—Sí, pues, yo también —dice ella, y enciende en otra mesa una pantalla un poco más pequeña que la que rompí, donde me acerco a mirar varias tomas del patio.

Miro con cuidado. Tengo que ponerme los lentes para distinguir las figuras en los diferentes recuadros. La gente está preparando la fiesta de Ramiro. Su pretexto, pues, para venir a verme sin que se note que le debe algo a una mujer. Aquí vamos a sacar lo mejor de lo que tenemos, y la gente que se trajo del Palacio está metiendo en el patio sillas, mesas, manteles. Casi todos son blancos, pero hay algunos de otros colores. ¡Esta gente nunca viene aquí…!

—Ahí está, Celeste. Con los que están cargando sillas. ¿Qué está haciendo?

—No sé.

Me levanto. Voy hacia la puerta. Me detengo. Antes de salir al patio, tengo que ir al otro extremo del taller, abrir la caja fuerte y sacar la caja de plástico del botiquín, que no abro nunca, donde están frascos, botellas y más que he reunido en estos treinta y seis años y no sé cuántos meses que llevo aquí. Con muchísimo cuidado —porque no hay nadie que me ayude— me limpio con alcohol las cortaduras que tengo en las manos. Parece que no son tan profundas, pero yo he visto morir gente de las infecciones más ridículas, como si estuviéramos en la Edad Media.

Me sonrío, sin hablar, de lo que acabo de pensar. Sí, claro, la Edad Media terminó hace mucho tiempo. Otra vez voy hacia la puerta.

—¿Ya te limpiaste bien? —pregunta Celeste—. ¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a ir tú misma a buscar a Sita?

—Oriéntame —le digo, mientras me pongo mi diadema—. Es lo más sencillo. Mientras voy, empieza con la maniobra de los discos…

—¿La “maniobra” que pensamos desde que llegó el primer mensaje? ¿El de hace años?

—Sí, Celeste, sí, esa maniobra. Tenías razón ayer. Ya hay que decirle a Sita. Que sepa cuál fue siempre el plan.

SITA,
CUATRO, TRES DÍAS ANTES

—Abue, dime qué te pasó —le vuelvo a decir. Sí, estoy asustada. Tiene una expresión que nunca le había visto. ¿Y qué está haciendo aquí afuera? No se ve que tenga nada que hacer aquí, en este momento…, salvo encontrarme. ¡Y las manos! Las trae curadas con trozos de tela pegados con cinta, aunque igual se nota que sangró.

No recuerdo si ya he visto cinta adhesiva en la vida real…

El Sombra, que nos ha visto, se acerca a nosotras sin hablar. Plebe también.

—Me lastimé con algo —dice mi abuela—. No pasa nada. Cuando veas qué fue te vas a reír mucho de mí. Ven. Tengo que hablar contigo ahora mismo.

—Espera —le digo. Sigo cargando las cuatro sillas. No sé dónde ponerlas. Las levanto un poquito, como si ella no se hubiera dado cuenta de su existencia.

—Deja eso ahí, tú no tienes que estar cargando —dejo las sillas y veo que el Astro sigue discutiendo con las mujeres. Mi abuela se lo comería vivo, pero qué bueno que no me ve. Pongo las sillas en el suelo, pegadas a la pared.

—Y además —empiezo a decir— no es nada más lo que estoy haciendo ahorita. Yo…

—Sita, escucha —me interrumpe—. Lo que…, lo que oíste hace rato… no es toda la historia, y te la voy a contar, te voy a contar todo. Todo, te lo prometo. Te falta mucho por saber de tu mamá. De tu papá. Pero primero que nada te digo esto: no te va a pasar nada. Nadie te va a obligar a nada que no quieras hacer. Ven por favor. Te prometo que vas a poder hacer lo que tú quieras.

Mis amigos llegan con nosotras. No sé qué tanto han escuchado. Se quedan mirándonos.

—Oiga, señora…

—Hola, Plebe —dice mi abuela—. Tengo que hablar en privado con Sita.

—No la dé —le pide el Sombra—. No la case. No la saque del Fuerte.

—¿Qué dices? —pregunta mi abuela, pero ella es otra que no es tonta. Sólo se queda callada un momento—. Ay, Sita. ¿Le has dicho a alguien más aparte de él?

—A mí, señora —dice Plebe.

—Ah, qué la…

Mi abuela se nos queda mirando. No acaba de decir lo que iba a decir. Ya está empezando a entrar gente, y no sólo de la del Jefe, sino de los edificios de alrededor. Hombres, mujeres, chicos, chicas, niños y niñas. El patio se empieza a llenar, pero mi abuela no se mueve. Ahora sí pasa un tiempo que me parece larguísimo. Ella se ve como una estatua. O muy sorprendida, muy asustada. Algunos entre los que pasan de un lado para otro nos miran también.

Mi abuela levanta las manos lastimadas como si fuera a apretar los puños o algo parecido, pero no lo hace. Hubiera sido su primera pose en la vida de personaje de película.

—Vengan los tres —dice al fin—. Si son amigos de Sita, vengan.

Y se da media vuelta sin mirarnos. ¿Cree que los tres vamos a ir tras ella?

Yo voy. El Sombra y Plebe van tras de mí. Dejamos atrás el patio y nos metemos por uno de los pasillos de piedra. Gente que viene entrando se aparta para dejarnos pasar. También se apartan otros que llevan comida, botellas y más cosas, una señora que lleva a tres niños y tres niñas vestidos igual, un viejo que lleva en alto una guitarra (¡no pensé que todavía hubiera!). Muchos no han de conocer a mi abuela, pero ninguno se le atraviesa. Se me ocurre que ella no será actriz, pero está actuando: está haciendo el papel de persona importante, que no tiene tiempo ni obligación de hablar con nadie ni de detenerse por nada. Y funciona muy bien: en poco tiempo llegamos al taller. Ni los soldados ni la gente del Astro ni nadie vino tras de nosotros.

¿Será que mi abuela ha estado haciendo este papel toda la vida…?

Entramos y ella cierra la puerta con doble llave, con triple

llave. Otra vez se queda quieta, callada, pero no por tanto tiempo como antes. Las luces están casi todas apagadas. Se ven todos los foquitos rojos y de otros colores de las computadoras y de otros aparatos.

—A ver —dice—. Si cuentan una sola palabra de lo que vamos a hablar aquí…

—No, no —dice Plebe. El Sombra hace que no con la cabeza.

—… les va a tocar una maldición —dice mi abuela. Plebe y el Sombra ponen cara de espanto.

—¡Oye, no! —grito yo. ¿Ahorita se va a poner en plan de bruja? ¿Cómo les dice eso? ¡Si ya saben todo! Pero ella no me hace caso.

—Celeste —ordena—. Prende las luces por favor.

Ahora soy yo quien se queda lela.

—Celeste —vuelve a decir mi abuela—. Ya.

—Lucina —dice Celeste, pero con la voz de…

—¡Arnoldo! —grita el Sombra, todo emocionado.

—Lo siento mucho…, este… —empieza mi abuela; me acerco y le murmuro el nombre al oído—. Sombra, Sombra. Sí. Lo siento, Sombra, pero Arnoldo no existe.

—¡Yo ya sé que no existe! Es digital.

—No sólo es digital, sino que es mujer —responde mi abuela.

—¡Lucina! —dice Celeste con su voz.

—Prende la luz y da la cara, Celeste. Ya lo dije. Esto no tiene vuelta atrás. Para que veas, Sita, que va en serio lo de decir las cosas claras y derechas.

Jamás pensé que algo como esto fuera a pasar. Celeste prende todas las luces y veo un monitor hecho pedazos en el suelo (¿esto fue lo que le pasó a mi abuela?) y en todas las otras pantallas con la cara de ella, la que sólo mi abuela y yo hemos visto en todos los años que he vivido aquí.

¡Cómo se ponen Plebe y el Sombra! Esta es la primera vez en sus vidas que entran aquí, y además de entrar les pasa todo lo demás.

Nos tardamos un largo rato nada más en explicarles quién y qué es Celeste, cómo se esconde, a qué se dedica, y todo lo que hemos hecho para mantener en secreto su existencia. Mientras hablamos siento miedo. Y luego pasa algo mucho peor…

¿Por qué siento miedo? Porque (pienso) mi abuela está corriendo un riesgo enorme. ¿Qué pasa si a alguno de los dos se

le ocurre irle con el chisme al Vegueta… o al Astro… o al Jefe mismo?

Y entonces siento vergüenza, porque estoy desconfiando de mis amigos. De las mismas personas a las que estaba pidiendo ayuda hace tan poco tiempo.

—Así que, por favor, nada. Nada de nada —les está pidiendo Celeste—. El que yo sea quien soy ni siquiera es lo más importante.

—Lo más importante es que no queremos que a Sita la obliguen a algo que no quiera hacer —dice mi abuela, y me mira —. Así que lo que sigue… Rapidísimo, nada más para confirmar: ¿quieres casarte con ese?

Quizá en otro momento, para llevarle la contraria, para ponernos a discutir, hubiera dicho que sí.

—No —respondo—. No. No quiero ser una princesa ni una esposa ni nada así.

—Ay, qué alivio —dicen muchas caras de Celeste, con una sola voz.

—Tenemos un plan para que eso no ocurra —explica mi abuela—. De hecho… —suspira— lo tenemos desde hace mucho tiempo. Un plan para salir de aquí.

—¿Para salir? —pregunta Plebe.

—No solamente Sita, sino Celeste —dice mi abuela—. Y yo.

—Y ustedes, si quieren —agrega Celeste. Esto es un poco demasiado hasta para mí, y no quiero ver la cara que está poniendo el Sombra ahora, pero me distrae algo más que estoy entendiendo, porque yo soy otra más que no es tonta:

—Los mensajes —digo.

—¿Qué mensajes? —logra preguntar Plebe.

—¿Me enseñas el mapa, Celeste? —pide mi abuela. Una de las pantallas muestra eso, un mapa, donde se ve el territorio del Centro (lo hemos usado antes y lo reconozco: son los edificios, las cuadras y las calles, todo como visto desde arriba).

—Acérquense —dice Celeste, y nos acercamos. Mi abuela y Celeste explican a mis amigos qué están viendo. Les señalan cuál es el Fuerte. Y luego el mapa en la pantalla… se mueve. Los edificios conocidos se desplazan hacia la parte de arriba de la pantalla y desaparecen. Otros edificios aparecen por la parte de abajo. En un momento aparece también una línea roja.

—¿Esa es la frontera del Centro? —pregunta el Sombra.

—Sí.

—Y lo que sigue es la zona M.

—Exacto. Y más abajo, es decir, hacia el sur…

—Xoco —dice Plebe, cuando aparece otra línea roja: otra frontera.

—¿Van a irse con el Ruco? —pregunta el Sombra, y entiendo que la idea no le gusta nada.

—¿Qué? —dice mi abuela—. No, el plan no es irse con el Ruco. El lugar al que queremos…, al que proponemos ir, está en Xoco, pero no depende de él. Es otra cosa. Es secreto —y Celeste mueve el mapa más hacia el sur, pero no hacia el palacio del Ruco, que es un edificio de piedra, llamado El Risco, viejo, pero menos que el Fuerte, grande, pero menos que el Palacio del Jefe. En cambio, nos enseña una parte que yo nunca había visto. ¿Una zona deshabitada? ¿Otra zona M? Celeste resalta una porción de esa zona en color azul.

—Al principio, ni siquiera sabíamos que ese lugar existía —explica mi abuela—. Celeste y yo nos enteramos hace unos pocos años, cuando nos contactaron. Fue por radio. Después arreglamos con Elodio que fuera nuestro correo, nuestro mensajero, y empezamos a comunicarnos por escrito.

—¿Elodio el del mercado? —pregunta Plebe.

—Por cierto —mi abuela continúa sin hacerle caso—, es muy, muy en serio, que no le pueden contar nada de esto a nadie. ¿Entienden, Plebe, Sombra? ¡A nadie! Ni a tu mamá, Plebe. Y tú…

—Yo soy solo —le dice el Sombra—. Nada más dígame una cosa.

—Qué.

—¿La… señora… o señorita…? —y señala a la pantalla.

—¿Celeste? —digo yo.

—¿Es como Viernes? —y sonríe. Creo que esto realmente no me gusta de él: parece tonto por la risa que le dan ciertas cosas. O *ingenuo,* pues. (Esa es otra antigüedad de mi abuela y de Celeste: es como *tonto,* pero menos tonto, dicho con cariño.)

—¿De qué estás hablando? —dice mi abuela, y yo tampoco lo entiendo.

—No —responde Celeste, muy seria—. No soy como Viernes. Viernes era una inteligencia artificial. Nunca fue humana. Yo empecé como ser humano y luego me grabaron aquí. Es de una

película, Lucina —le explica—. Y de hecho esa película se basa en *otra* película, donde sale una mujer muy inteligente y que habla rápido, como la tal Viernes…

Por suerte, no nos cuenta el resto de la historia. En cambio, nos cuenta, con mi abuela, el resto de lo que quieren hacer.

—Cuando se estaba cayendo el mundo —empieza Celeste— había historias de lugares que ofrecían refugio a gente como yo. O como tu abuela. Nunca pudimos llegar a uno… obviamente… pero este sitio con el que hicimos contacto podría ser eso.

Y sigue.

Cuando termina, salimos, porque no podemos quedarnos más tiempo en el taller, sin que nos vean. Estuvimos horas ahí metidos. Mientras hablábamos casi llegó la medianoche: en algún momento empezó a sonar la música a todo volumen y no ha parado.

Los tres ayudamos deprisa a mi abuela a levantar y esconder los restos del monitor —ella lo rompió, nos lo dijo, aunque no llegamos a que nos contara exactamente cómo o por qué— y luego las dejamos a ella y a Celeste.

Y ahora tenemos un plan. Como en las películas.

Casi todo el mundo está bebiendo, bailando, comiendo en la fiesta, y casi nadie se fija en nosotros cuando llegamos. En la tarima en el centro del patio, los músicos tocan a todo volumen y acompañados por el Tuercas (qué sorpresa) en plan de DJ. Es malo, la verdad, pero a la gente no parece importarle. Nunca han visto a nadie más hacer lo que él está haciendo. Supongo que no vinieron tantos como cuando el baile es planeado, pero no estoy segura. Traigo mi diadema con mi cámara. Siento que no la he prendido en muchísimo tiempo.

La prendo (¿para qué?, no sé) y grabo a los muchos que bailan todavía alrededor de la tarima o comen y beben, sentados en las sillas que trajeron los del Astro, ante varias mesas largas puestas en los extremos del patio, cerca de los arcos: de un lado la Tropa y el resto de los hombres del Jefe, del otro todos los demás.

También hago una toma del Jefe, que está sentado en una silla grande, como un trono, en un extremo del patio, alumbrado por luces más potentes que las que alumbran a los músicos. Tiene su propia mesa con la mejor comida y bebida: creo ver una

botella de vino (vi dos en el Palacio cuando fuimos, la otra vez) y un plato grande con tacos. No se ve desde aquí, pero estoy segura de que son tacos de carne: la de uno de nuestros animales, que deben haber matado hace poco para esto.

El Urko y el Yonwik están sentados con el Jefe, igual que el Astro y otros que no conozco. Sé que son de la gente del Palacio por su ropa lujosa (aunque no tanto como la del mismo Jefe): sus camisas son de colores brillantes y uno trae el pelo pintado de amarillo.

Pero a los lados del Jefe, justo en las sillas a su izquierda y a su derecha, hay dos muchachas, como de la edad de Toña o un poco más jóvenes. No son del Fuerte: deben vivir cerca de aquí. Deben haberlas arreglado deprisa.

Me imagino a mí misma un poco mayor, con el cabello largo y bien peinado, la cara pintada como ellas. Pecho, como ellas. Un top y una faldita, como ellas. Una sonrisa como las que ponen ellas de vez en cuando, y que se nota que les cuesta. Me da horror.

—Qué bueno que la bruja es persona —está diciendo el Sombra, y prefiero prestarle atención a él. Me ve y añade—: o sea, la señora. Tu abuela. Perdón.

—A ver, ¿cómo? —le pregunta Plebe—. ¿Pensabas que no era persona?

—Los troceados no son personas —contesta él—. ¿No? ¿No son igual las brujas?

—Te va a echar una maldición si sigues pensando lo mismo —digo, ¡y el Sombra se asusta! Para calmarlo, tenemos que recordarle lo que mi abuela nos dijo apenas, y que vimos sus manos lastimadas, y todo lo demás.

—No le hagas eso —me regaña Plebe.

—¡Que no sea tonto! —le contesto. Sí es muy fastidioso, aunque pienso que me da un poco de ternura también, la verdad, aunque ahora nos mira como enojado.

La verdad es que Plebe tuvo su propia sorpresa hace rato cuando entendió quién era Celeste, porque no ha visto tantas películas como el Sombra.

—¿Usted conoció a mi abuela? —le preguntó a Celeste.

—Sí, un poco. De hecho, tengo la impresión de que también conocí a la abuela de ella, o sea, a tu tatarabuela. Hace muchos

años. No puedo estar segura, porque eso fue antes del Día Cero, pero tu abuela era igualita a una compañera mía cuando estudiaba la carrera, y tú también —y entonces nos tuvo que explicar qué quería decir con "carrera": ponerse a aprender cosas durante cierto número de años para luego hacer una misma cosa toda la vida, que es lo que he estado haciendo yo desde que me acuerdo, y seguiría haciendo si me fuera a quedar aquí. Aunque ya sé que no me voy a quedar aquí. Ahora está más claro que antes. Más claro que nunca.

Alrededor de la mesa del Jefe, y de las muchachas que tienen un lugar en ella, hay muchas más, tan arregladas como pudieron venir. ¿Llegaron después? ¿Son menos jóvenes, menos bonitas…? Algunas tratan de hablarle a otros soldados, y varias no van solas, sino con señoras y señores igual de arreglados. Sus mamás y papás, seguro, tratando de conectarlas: de ofrecerlas a alguno de ellos.

Creo que no quiero verlas, pero no me aparto de inmediato, porque sigo grabando. Me quedo unos segundos mirando al Sombra, que camina hacia una de las mesas de su lado. Plebe y yo nos quedamos del otro y nos sentamos juntas. Hay una olla vacía cerca de nosotras, pero la señora Gaby nos ve y nos trae platos de papel con dos quesadillas para cada una. Esto me alegra un poco, porque no hay nada más sabroso que esas quesadillas y sólo las podemos comer dos o tres veces al año.

Me quedo mirando el plato. A lo mejor ya no queda ningún otro lugar del mundo donde hagan quesadillas. A lo mejor algún día alguien ve lo que estoy viendo y se pregunta qué era.

Como. Luego Plebe y yo dejamos que pase un rato. No hablamos. Creo que las dos estamos muy nerviosas por lo que hablamos con mi abuela y con Celeste.

—Yo estudiaba —nos dijo ella— en una institución que se llamaba la Universidad. Era una escuela. Un lugar donde la gente iba a aprender cosas. Había muchas, en realidad, miles y miles en todo el mundo. Y cuando todo se vino abajo, desaparecieron… o eso es lo que pensábamos. Pero cuando nos llegó aquel mensaje por radio, resultó que sí quedaba por lo menos una. Allá, en el territorio de Xoco, pero oculta. Sin que el Ruco ni su gente la controlen ni sepan de su existencia. Un

instituto entero de investigación que vio lo que iba a venir y que logró protegerse. Guardarse.

—Voy a extrañar —le digo a Plebe. La miro.

—¿Qué? ¿Qué cosa? ¿Las quesadillas? —me contesta.

—No, tonta —levanto la vista. Miro los arcos iluminados a nuestro alrededor—. Esto. Todo.

—¿Esto? Ay, no, qué dices. Qué flojera. Esto ya está muy visto.

—¡Y yo soy la que no tiene corazón! —le digo—. Oye, de hecho… ¿estás segura de que quieres venir?

—Ya dije que sí, ¿no? —sí, lo dijo hace rato—. Bueno, no sé. Está mi mamá…, y el Móder… Todavía no me dice nada en serio. Pero… ¡Ay, Sita! A mí me gustaría no nada más irme. O sea, irme sí, pero no sólo para allá. Me iría a Grecia. ¿Sí era Grecia, así se llamaba aquel lugar? ¿El que salía en aquella película, la de la señora narizona? ¿Musical?

—Ah, sí.

—Ahí, a Grecia me iría. Pero ese lugar no existe. Y si existiera, ¿qué? Cuando vuelvan Aquellos me podría ir, a menos que fuera contigo y con tu abuela. Ustedes son las importantes.

—Plebe…

—Así es. No me enojo. Te estoy tratando de decir que para mí todo es bueno. Para mí esto es una oportunidad…

Yo estoy masticando el último pedazo de mi última quesadilla.

—¿Y entonces?

Plebe suspira.

—A mi mamá sí la extrañaría. Si me decido, me vas a tener que ayudar a escribirle un mensaje, o grabárselo, no sé, para cuando llegue el día. Y al Móder… no creas que no lo pensé hace rato. Si me quedo, ya sé cómo va a ser mi vida con él. Pero creo que sí lo quiero. Le tengo que preguntar. Hoy le pregunto.

Alguien empieza a cantar a gritos. Vemos a nuestro alrededor y hay varias personas tiradas en el suelo, o abrazadas para sostenerse unas a otras, como suele pasar en las fiestas. La gente del Jefe debe haber traído de su alcohol, que viene de Azcapotzalco. Plebe se para.

—Vente, vamos a bailar.

—No —contesto.

—Oh, un ratito.

—Ve tú, ándale —le digo, y ella finalmente se decide y se va. Da unos pasos y ya está brincando. Yo la miro y la grabo. Pienso que esta es otra cosa en la que las dos somos diferentes. Y, bueno, no sabemos si allá habrá música. Si bailan.

—Parece que allá —dijo mi abuela— tienen bastante información, tecnología, cosas por el estilo que se habían perdido. O que creíamos perdidas. Algo parecido a nuestro Tesoro. Por eso quieren una copia. Y por eso aceptaron que nosotras vayamos a llevárselas y que nos quedemos. Están haciendo lo mismo que Celeste y yo: guardan todo lo que pueden.

—¿Para qué lo guardan? —preguntó el Sombra.

—Para que no se olvide —contestó Celeste—. Para cuando pueda volver a usarse. Para ver si con el tiempo encontramos mejores modos de sobrevivir. También tienen clarísimo que Aquellos, los que se fueron, nunca van a volver, y que la situación acá no está mejorando. Son como los monjes medievales. ¿Han oído hablar de los monjes medievales?

Oigo desde lejos que una mamá habla con el Vegueta, que no está con los de la mesa, sino en el patio:

—Tiene muchas ganas de conocerlos —y le señala a su hija, a la que trae de la mano y no suelta—. Y es decente. Pero muy cariñosa. ¿Verdad?

La miro. La grabo. Quién sabe cuál será su nombre. Ella también está tratando de sobrevivir. ¿Pero le preguntó su opinión a la hija?

Según Celeste, mi abuela tuvo a mi mamá todavía más pegada a ella que yo. Apenas la dejaba hablar con otra gente. Y cuando ella se juntó con el que fue mi papá, fue idea suya, sólo suya, para escaparse de mi abuela.

Pero si no hubiera sido el Jefe, si nada más hubiera sido Ramiro, ¿mi abuelo no hubiera ofrecido a mi mamá como quiere hacerlo esta señora? ¿Como me quiere regalar ahora al príncipe de Chapultepec?

La chica (pequeñita, casi una niña) empieza a hacer pasos de baile. Baile sexy. Creo. ¿Y Toña? El Vegueta hace que no con la cabeza.

El Jefe quedó con mi abuela de mandar por mí la semana que viene. Mi abuela lo convenció diciéndole que así le dará un poco más de tiempo al Tuercas —que sigue en la tarima, dándole a la máquina que trae— para aprender lo que hago y reemplazarme. Nos lo explicó también. Estábamos sentados en sillas alrededor de una de las pantallas de Celeste.

—Y esto, lo digo otra vez, es muy serio, muy en serio —remató—. No es nada más que nos vamos a la aventura. No es nada más que vamos a tener que cruzar una zona M y que no sabemos si de verdad las cosas están mejor allá que aquí.

—Según esto, allá todavía tienen café —dijo Celeste.

—¿Café? —preguntó el Sombra.

—Celeste, espera —dijo mi abuela—. Sombra, Plebe, escuchen. No es nada más todo lo que ya dije, sino que en estos días nos estamos exponiendo muchísimo nada más por haberles dicho a ustedes dos. Así que va de nuevo: si realmente quieren a mi nieta…

—Abuela, ya. Los dos dijeron que no le van a decir nada a nadie —le dije—. ¿Verdad, Plebe, Sombra?

—¡A nadie! —dijo Plebe. Y el Sombra, en vez de contestarnos, tomó mi mano y la apretó. Yo sentí sus dedos entre los míos.

A lo mejor, de haber estado solos, nos hubiéramos dado un beso entonces.

Pero no estábamos solos. Plebe empezó a decir no sé qué cosa, Celeste fingió que miraba para otro lado (desde su pantalla) y mi abuela abrió mucho la boca y cruzó los brazos. El Sombra la miraba a ella.

Y ahora oigo gritos. ¿Quién está gritando? Los músicos no han dejado de tocar. Miro a mi alrededor. Entre algunas parejas que bailan todavía, tres soldados se están peleando por una chica. Uno la ha tirado al suelo y está encima de ella. Otros dos (el Nueve, lo reconocí, ¡y el Sombra!) quieren separarlos. Cuando logran mover al otro soldado, el Nueve empuja a la chica para que no se levante y se le trepa. Le acerca la boca a la cara. Las luces los alumbran, así que en el video se va a ver clarísimo.

Y luego el Sombra quiere mover al Nueve, y el otro (¿quién es?) se empieza a pelear con ambos, y ahí se arma la bronca. Los tres valientes soldados se dan de patadas y puñetazos. La pobre chica sigue a sus pies, de espaldas, sin poder levantarse. Oigo que

llora. Uno de ellos la pisa. Una mujer llega hasta ellos (¿la mamá?) y ya no puedo ver qué sigue, porque a su alrededor se hace un círculo de gente que les empieza a gritar que ahí no, que se consigan un cuarto, que se maten de una vez, que no se peleen y sean felices. Los seis pueden ser felices, oigo que dice alguien.

Corro a ver. Me cuelo entre la gente hasta poder ver. La chica por fin se ha levantado. Trae un vestidito, hecho de pedazos de biotela cosidos con mucho esfuerzo, que ahora está roto por la mitad. Ella quiere echarse a correr. El otro soldado, el que no es el Nueve ni el Sombra, la agarra de un brazo. ¡Hasta entonces lo reconozco! Es el Móder…

Y junto a él está la persona número seis, que es Plebe. Le está gritando algo al Móder. El Móder le da un golpe en la cara. La otra chica se suelta, logra evitar que el Nueve la agarre y la gente se aparta de ella. Pasa por donde yo estoy: hago una toma de su boca llena de sangre y de cómo llora, ahora sin hacer ruido, pero con lágrimas grandotas, que le esparcen la sombra de sus ojos por toda la cara.

Siento tanta rabia que cuando el Móder se acerca, porque viene tras ella, yo voy a pegarle, voy a darle un puñetazo en la boca, una patada entre las piernas, no sé, y no alcanzo a darle nada sólo porque cuando casi lo tengo delante el Sombra lo agarra por detrás y lo hace caer de espaldas. Luego empieza a pegarle. Alcanzo a ver que el Nueve está en el suelo también, desmayado o a lo mejor simplemente perdido de borracho. La mamá ya se fue, tal vez va ahora tras su hija por algún otro lado. Plebe, que ahora también sangra por la boca, ayuda al Sombra agarrando al Móder.

El Sombra levanta la vista, me mira, y vuelve a pegarle al Móder. El Vegueta aparece y los separa, ordena que la gente se aparte. Viene con diez o doce soldados y está muy enojado. Le dice al Sombra:

—¿Por qué le estás pegando a tu compañero? —y detrás de él, a lo lejos, alcanzo a ver que el Jefe, mi abuelo, sigue sentado en su silla, ante su mesa servida, y ni siquiera voltea para acá, a ver qué está pasando.

LUCINA,
TRES, DOS DÍAS ANTES

La fiesta que empezó el viernes dura hasta el sábado. ¡Tanto lío para que no te vean hablando con una mujer…!

Ese día yo salgo a eso las siete de la mañana, cuando la gente de los alrededores ya se ha ido del Fuerte. Los de aquí siguen recogiendo la basura. Muchas cosas se van a reciclar; quienes limpian las letrinas tendrán mucho más material que de costumbre para hacer composta y biomasa, y por lo mismo no están nada contentas. Las veo llevar sus contenedores en carretillas.

Sita volvió a la una o las dos. Insistió en que todo estaba bien, pero no quiso decir más. Ahora, que la he dejado dormir en nuestro cuarto, le pido a Celeste que me cuente si sabe algo de ella o de sus amigos.

—De nuestra gente —le digo—. O cualquier otra cosa digna de mención.

Ella me cuenta que el Jefe se fue cerca de las seis, pero el resto de la gente del Palacio también sigue aquí. Recogen lo que ellos trajeron. Una patrulla grande se fue hacia la frontera con la zona M entre Lindavista y nosotros, pero parece que es rutina. Plebe trabaja con su mamá y tiene la boca lastimada. El Sombra está castigado: un día de encierro por haberle pegado a alguien.

—No tengo claro qué pasó. A lo mejor tomó mucho.

—Se supone que no debo preocuparme, ¿verdad?

Celeste suspira.

—No ha pasado nada todavía. Por otra parte, ya está el aviso, ya está pedida la gente, así que puedes salir cuando quieras.

En la puerta me espera una escolta de tres soldados, pedida por Arnoldo o quizá por la voz de alguno de los tenientes. Dos de los soldados están crudos y el otro desvelado, pero no hago caso. Salimos. Avanzamos por Vizcaínas, dejamos atrás el Fuerte y luego las ruinas de los edificios, resecas, intocadas desde hace

más de treinta años, que lo separan del Eje Central. Lo cruzamos. Seguimos por Vizcaínas, doblamos a la derecha en López y a la izquierda en Ayuntamiento.

Para los soldados —ninguno que yo conozca— debe ser parte de la rutina: otra caminata por estos caminos de tierra aplanada, polvosa, en la que de vez en cuando se asoman piedras y fragmentos. Mostrar las armas si es necesario, intimidar, si no con el uniforme, con el paso seguro. Pero yo veo los restos y recuerdo cada cosa que estaba en su lugar. El edificio Cosmos; el mercado de San Juan, cuando era realmente mercado; la iglesia del Sagrado Corazón (cuyo dios era el mismo que en la mayoría de las otras iglesias, a pesar del nombre) y los edificios de departamentos de dos, tres, cuatro pisos que había alrededor. La vinatería. Las tiendas de focos y material eléctrico. La de café.

La gente, la gente. Entonces había más. Mucha más. Tres niños se asoman por detrás de una pared negra, la única que queda de un lugar incendiado. Una mujer carga un bulto por la plaza arrasada, pura tierra de color muerte o color nada, que era un parque y también se llamaba de San Juan.

Al vernos se aparta. Al verme. Cuando llego a salir, siempre me pasa, y Sita no deja de repetirme que a toda la gente del Jefe la ven así, pero no me entra en la cabeza. Tal vez necesito salir más.

—Sí, claro, más —digo en voz alta.

—¿Qué dice? —pregunta un soldado.

—Nada, nada —y él frunce el ceño y aparta la vista.

Nos metemos por la calle de Dolores y llegamos a otro edificio viejo. “PARROQUIA DE SAN JOSÉ”, dice una placa de piedra sobre su puerta. Lo usaríamos como cuartel si hubiera gente con la que llenarlo. Lo ocupan varias familias, y en la división más cercana a la entrada encuentro a Elodio, que aquí vive, compra y vende cosas siempre que no es día de mercado.

—¡Doña Lucina, qué milagro! —dice al abrir y dejarme pasar. Realmente parece sorprendido. Es la primera vez en años que lo vengo a ver aquí y es temprano: tiene el pelo blanco más revuelto que de costumbre y viste algo parecido a una piyama—. ¿Qué tal el fiestón de anoche? Hasta acá se oía.

—Debiste haber ido.

Su cuarto fue una oficina en otro tiempo: tiene una ventana grande y aparte de un catre y una estufa está lleno de cosas

viejas, un poco como mi taller. Lo que más tiene son fundas y cajas de discos de música. Todo lo demás lo mueve: lo vende o lo compra, pero eso no. Elodio no tiene un aparato para escuchar música (ni mucho menos discos de ésos), pero se ven bonitos, dice.

—Quédense afuera —le ordeno a los soldados, y obedecen.

—Gusto de verlo otra vez, señor —le dice Elodio al más pequeño de los tres. Yo cierro la puerta para que no nos escuchen. Al mismo tiempo, pienso que a lo mejor el Sombra está confesándolo todo en este mismo momento, pero me obligo a concentrarme en la cara de Elodio, otro viejo como yo, aunque uno que se las arregló para quedar libre. Es decir, en aquel tiempo.

—Disculpa que te venga a ver a esta hora —le digo—. Y sin ser día de mercado ni nada…

—Ay, no, qué dice, con todo gusto. Nomás me hubiera avisado: me agarró en fachas. Y le tendría un tecito, algo… Mi chalán llega hasta las nueve o diez —me pone un banquito para que me siente y él lo hace en su catre—. Pero, pues, dígame.

Yo decido no darle vueltas al asunto.

—Hoy sale caravana, ¿no? —digo, en voz un poco más baja. Él se inclina un poco hacia mí para escucharme mejor, y también habla más bajo:

—Ya sabe usted que sí. Domingos y jueves, a mediodía, más o menos. Seguridad y rapidez.

—Tengo envío —lo saco de uno de mis bolsillos. Se lo doy, metido en la misma memoria falsa en la que llegó el de la Universidad. ¿Cuántos años llevamos usándolo? De joven, nunca se me hubiera ocurrido que un objeto así me fuera a durar tanto.

—¿No podía esperar al jueves?

—No.

—¿Y no hay extras?

Elodio se refiere a los archivos y objetos que de tanto en tanto hemos mandado para la Universidad, como muestras y también (la verdad) para tantear un poco. Una vez les envié una película de las más viejas que tenemos: *Tiempos modernos*. Si la copiaron o la vendieron, nunca pasó de los límites de Xoco.

—No, esta vez no —digo.

—Muy bien —Elodio, sentado en su catre, me sonríe.

—Permíteme y te pago.

—Señora, desde hace tiempo le quería decir… Me gustaría mucho saber qué se traen, oiga.

… Esto no me lo esperaba. ¡Y yo preocupándome del Sombra!

—¿Cómo dices?

—Sí, usted y la otra persona. La que le manda los mensajes desde Xoco.

No sé qué contestar a eso. Trato de mantenerme inmóvil, de que no se note lo que estoy pensando. Sintiendo. ¿Qué hago? ¿Me va a amenazar? ¿Me va a denunciar? Él sigue:

—No se me vaya a preocupar. Ella no sabe cómo se llama usted, usted no sabe cómo se llama ella, y yo no abro el recipiente. Como ustedes mismas quedaron. Por seguridad. Y yo, señora, ya sabe que no le digo nada a nadie. Toda la gente con la que hago negocios confía en mí por eso. Porque yo nunca digo nada.

”Pero fíjese… ¿Tiene un minuto? —no espera a que conteste y sigue, en voz un poco más baja—: primero pensé que aquella persona estaría queriendo hacer algo contra el Ruco o usted algo contra el Jefe. A mí qué, me dije. Pero ya fue mucho tiempo. Y no se mandan cosas. Nomás se mandan sus… mensajes. ¿No? ¿Como cartas? Entonces… —empieza, pero no sigue.

—¿Entonces qué, Elodio?

—Mire, la verdad…

Sita dice que Elodio es como el mago Gandalf de mala calidad. Cuando se queja de él, habla de su pelo blanco, de su barba y las ropas sucias, muy viejas, que suele llevar cuando está en el mercado. Yo no he visto tanto cine como ella, y lo que veo no lo retengo, pero de esa película sí me acuerdo. Y justamente ahora, Elodio se ve como el mago cuando va a caerse por el precipicio. Esa cara tiene.

—He hecho muchísimas cosas, señora. He traído y llevado de todo. Eso me tocó para sobrevivir. Usted sabe. Y de verdad no pregunto. ¿Se acuerda de la cocaína? O sea, no de que existía, aunque sí se acuerda, ¿no? Alguien le ha de haber contado cómo se usaba… —se ríe. Yo no— perdón. Me refiero a que hace once años yo traje para acá toda la que quedaba en el mundo…, o por lo menos en Iztapalapa, Lindavista y Cuajimalpa…, en tres caravanotas, señora, cruzando nueve zonas M…, toda una hazaña, la verdad —yo asiento. Claro que me acuerdo, porque toda fue para el Jefe y sus amigos en el Palacio. Todavía les debe

quedar alguna, aunque no estoy segura—. Y también he llevado y traído cosas peores. Gente. No le voy a decir. No tiene por qué enterarse. He hecho lo que he tenido que hacer.

”Pero ¿se acuerda de lo que decían cuando todo se estaba viniendo abajo? ¿Que nos teníamos que unir, que hacer cosas para sobrevivir todos y no nada más uno? A mí me lo repetía una señora de la unidad en la que vivía, muy entrona, del comité de vecinos. Nunca supe qué fue de ella.

Elodio *es* viejo. Flaco, con arrugas profundas y la carne floja, colgando del esqueleto. Su cuerpo fue muy gordo hace mucho y ya no lo es. Y ahora me doy cuenta de que está más encorvado que la última vez que lo vi en persona.

—Sería muy bonito saber que este asunto, así tan secreto, es para eso —termina Elodio—. Me gustaría saber al menos que *una* cosa en mi vida fuera para eso —y luego de una pausa—: de esas bobadas que se le ocurren a uno.

Mi primer pensamiento es que no puedo decirle nada. Es peligroso.

Pero el segundo pensamiento es que, probablemente, nunca volveré a verlo.

Incluso si todo sale bien, los dos hemos vivido más de la cuenta. ¿Y cuándo voy a regresar aquí?

Asiento, sin hablar. Hago el esfuerzo y sonrío un poco.

—La idea es que sí —digo, y pongo un dedo sobre mis labios. *Silencio*. Elodio asiente también.

—Otro día me cuenta —contesta.

—Claro que sí. Otro día. Pero, oye…, mientras, déjame pagarte.

Abro mi manto y de una bolsa, que he traído debajo desde antes de salir del Fuerte, saco su paga. Elodio se endereza al verla:

—¡Cinco discos! —dice—. ¡Y de vinil! ¡Y de los grandes!

Una de las poquísimas cosas que sobrevivió del antiguo colegio fue un guardado de cosas viejas que encontré en mis primeros años allí, en un tapanco. Las digitalicé para el Tesoro, pero no pude tirarlas todas: no fui capaz. Y con Elodio me han sido muy útiles.

—Por el esfuerzo —le digo—. Para que veas.

Los discos que traigo son de antes no sólo de que el mundo se cayera, sino de que naciera yo: *Eydie Gorme y Los Panchos; Vida*

de Bohemio de Javier Solís; *Lo mejor* de Agustín Lara; *Los Folkloristas,* volumen 2; *Una aventura llamada Menudo* (Celeste, desde luego, los conoce, y supongo que si la dejara me contaría todo sobre ellos).

Dejo a Elodio fascinado. Los discos se verán muy bien en su colección.

—Qué maravillas —me dice.

—También —le contesto— voy a necesitar un par de cositas más. Estoy buscando…

Y le compro un par de collares que tiene por ahí, una peineta de plástico dorado intacta en su caja, algún otro adorno. Tarde o temprano empezará a circular el chisme de lo que quiere hacer Ramiro con Sita; mejor fingir que estoy pensando en cualquier cosa menos en lo que realmente estoy pensando al respecto…

Compro también botellas de metal, antiguas, resistentes, para llevar agua; contenedores de plástico y medio kilo de unas galletas de vegetales y grasa que hace la familia de su ayudante. También las hacen en el Fuerte, pero yo no necesito provisiones para la vida cotidiana.

—La mamá de… ¿Agustín, se llama?, las prepara mejor que en el Fuerte —le digo a Elodio, y él sonríe otra vez.

De regreso, me pregunto por qué escogió precisamente el día de hoy para decirme lo que me dijo. No puede ser sólo porque fui a su casa. Espero que no esté enfermo. ¡Ay, si pudiera contarle más! (Si supiera lo que dice el mensaje que le encargué…)

En el Fuerte apenas hay nada que hacer, pero así suele pasar después de una noche de fiesta. Luego del desayuno, me voy al taller a trabajar con Celeste. Sita nos alcanza después: primero tiene que acompañar a varios soldados a la planta de la calle Lisboa, a dejar material de desecho. A su regreso, nos pregunta:

—¿Me veo rara? Los tipos con los que fui estaban dice y dice que me veo rara. Les dije que es por Plebe —y cuenta a Celeste que Plebe rompió con el novio (el Móder, qué apodo horrible). Que se pelearon anoche, después de que él atacara a alguien. Y que sí, que más ganas que nunca tiene de venir con nosotras.

—¿Atacó a alguien? —pregunta Celeste—. Me pareció ver algo así, pero había mucha gente.

Sita le cuenta.

—Qué bestia —dice Celeste.

—Hablando de bestias —digo—, ¿qué hay de tu amigo?

—¡Abuela!

—¡Oh, Sita, no aguantas nada!

Sita nos cuenta que hasta la noche dejarán salir al Sombra, pero que todos creen que estaba borracho cuando se peleó con el Móder. Sí se había tomado algunas. ¡Qué rápido!

—También dicen que a lo mejor quería consolarse porque yo le rompí el corazón.

—¿A qué horas…?

—No, no, por todo este chisme del Tuercas.

—Pero él ya sabe —digo yo—. ¿Verdad? Ya está comprometido.

—Lucina, si nos hubiera denunciado —dice Celeste—, ya estaría aquí el Vegueta. ¿No? O hasta el Jefe.

Tiene razón. En este momento no hay más opción que seguir adelante con el plan que ya tenemos.

—Eso sí —digo.

—¿Cómo van ustedes? —pregunta Sita.

—Mira acá —dice Celeste, y un aparato empieza a sonar sobre una de las mesas chicas, cerca de donde estaba la ventana. Es la *otra* impresora, que compramos hace quince años y no usamos casi nunca: imprime texto o imágenes sobre hojas de papel, y nada más. Cuesta mucho hacer papel del tamaño adecuado y que no se atore, y no tenemos más que un repuesto de cada cartucho de tinta que utiliza. A ver cómo le hace el Tuercas, o quien se quede con todo el equipo, cuando ya no estemos.

Y la impresora está haciendo mapas: mapas con la ruta que vamos a seguir. Poco a poco va saliendo la primera copia, con líneas de color pálido que marcan las calles y las casas y una roja, gruesa, con la ruta que hemos planeado. El punto al que debemos llegar está resaltado en azul.

La tarde siguiente convenzo a Sita de no ir a misa, y salimos.

—Vuelta a la derecha —dice Celeste. Vamos por Bolívar y giramos en 16 de septiembre—. ¿Sí dieron la vuelta, sí están en la esquina de las dos calles? —nos pregunta, a través de nuestras diademas.

—Sí —le digo—. A lo mejor es nada más cuestión de que le agregues un par de metros al cálculo.

Vamos por la calle, que era de las más llenas de la ciudad, pero que ahora está vacía. Esta no es zona M, pero a la gente no le gusta, a pesar de que hay muchos edificios resistentes. Es que aquí hubo muchos combates mientras todo se acababa de caer, en mis primeros años en el Fuerte. Mucho dolor: todavía se le recuerda, aunque apenas queda gente que lo haya visto y los edificios que siguen de pie están limpiados por el tiempo, vacíos, oscuros a todas horas del día.

Por lo mismo, hay muy pocas cámaras y transmisores en la zona, comparada con otros lugares del Centro. Es un buen lugar para probar el otro mapa de Celeste.

—La que sigue es Motolinía. Se abre hacia la izquierda.

Esto es para cuando se dificulte usar los mapas impresos, porque viajaremos de noche. Celeste tiene guardado en su unidad el mapa de la ciudad entera (de la antigua ciudad, la que ya no se menciona) y usa la red de transmisores del Centro para calcular nuestra posición sin tener que vernos. Le basta con que tres transmisores de radio detecten nuestras señales. Triangulación. Ya se lo quiso explicar a Sita.

—Muy bien —dice ella a Celeste—. La vuelta estuvo exacta. Como taxi.

—Mejor que taxi —le contesta ella.

—Si tuviéramos un taxi, todo sería muchísimo más sencillo —digo yo. No sé si estarán hablando de un taxi específico en alguna película.

Y ahora nos internamos por Motolinía, que en cualquier caso era una calle peatonal, estrecha, donde no podían pasar taxis ni coche alguno. Todavía quedan largos tramos de adoquín cubriendo el suelo, un toldo casi intacto en una entrada (dice CENTRO EDUCATIVO y luego otra palabra, borrada) y hasta un tronco de árbol muerto en su caja de concreto. Pero todo está en silencio.

—Ahora derecha —dice Celeste luego de un rato, poco antes de que lleguemos a la esquina. Tomamos Madero y seguimos, seguimos por entre las joyerías abandonadas, los restos quemados de un antiguo restaurante, el Zócalo, la Plaza de la Constitución.

—Ay, Dios —dice Sita—, esto siempre es horrible.

Ni siquiera yo tengo muy claro qué pasó aquí, entre quiénes, en qué momento después del Día Cero, pero todavía se ven los

agujeros de los cañonazos en el Palacio Nacional y la montaña de restos que antes era la Catedral. La plaza misma es un cementerio, es decir, un cuadrado de tierra lleno de marcadores en forma de cruz y con la insignia del Jefe. Los cuerpos se reciclan, pero se deja constancia. Aquí sí hay alguna que otra persona, cerca del marcador de algún familiar o persona querida.

—Aquí era donde gobernaban antes —dice Celeste—. En el Palacio. Aunque el Jefe no se vino a vivir acá por obvias razones. Creo que a la última gente que resistió adentro se le olvidó cerrar una puerta de atrás. Aunque…

—Guíanos de aquí al Templo Mayor —le pido—. A Sita nunca la he llevado allá.

—Ya he ido —dice Sita—. Mejor vámonos de regreso.

—Está aquí al lado —le insisto—. Y así probamos la localización en esta zona donde hay más espacio abierto, a ver qué tan bien calcula Celeste.

Cruzamos la plaza en diagonal. Cerca de su borde hay un entierro, es decir, una familia que clava un marcador en el suelo. Debe ser de un niño: una pareja joven es la que llora más y la que se ha quitado sus mantos, para indicar que no le importa el calor ni el mundo ni nada. Alguien al lado de ellos tararea una canción, despacio. No es de las del Jefe y suena a cosa fúnebre.

—Cuando vuelvan Aquellos, volverás —dice alguien más.

No nos acercamos mucho. Los dejamos atrás y llegamos a la otra plaza, más pequeña, que está al costado de la antigua catedral.

—¿Ya llegaron a la excavación? —nos pregunta Celeste.

—Estamos a unos diez metros —le contesto.

—Ya —dice Sita—. Abuela. Vámonos. Ahí está la piedra.

—¿Qué? —pregunto, y sigo caminando.

Hasta que llegamos ahí recuerdo a qué se refiere Sita.

La excavación del Templo Mayor tiene más de cien años y está bajo el nivel del resto del suelo. No sólo la lluvia y el aire la han desgastado: hay estructuras destruidas a su alrededor, aunque no sabría decir cuáles serán de hace siglos y cuáles de hace unos cuantos años. El museo que existía en una esquina, con piezas encontradas allí mismo, desapareció a lo mejor antes del Día Cero. Pero la diferencia más notable es la piedra, que no estaba donde está ahora, a la intemperie y a la vista.

Está casi en el borde de la excavación, pero fuera de ella. Es

redonda, de unos tres metros de diámetro, y representa a una mujer muy adornada, aunque casi desnuda, y con los brazos y las piernas cortados. Su cabeza está más cerca de nosotros que sus pies. Una parte está un poco más enterrada que la otra. Siempre he pensado que alguien saqueó el museo (o muchas personas, o muchas personas varias veces) antes de que fuera destruido; se llevó otras piezas, quiso llevarse la piedra también, y se le cayó. Y le dio miedo, o tenía mucha prisa, y se fue sin molestarse en tratar de volver a levantarla.

—Abuela, ¿nos podemos ir? —dice Sita con voz nerviosa, y me toma por el brazo. Me aprieta.

—Va a hacer falta tener mucho cuidado —dice Celeste— con los cálculos. Cuando estemos por allá.

—Abuela —vuelve a decir Sita.

—La precisión de las señales para triangular —sigue Celeste— no es la mejor. Como GPS soy una gran especialista en literatura.

—Abuela…

—¿Qué te pasa, Sita? —pregunto yo.

—Vámonos. No me gusta —dice ella.

—¿Qué no te gusta? —pregunta Celeste.

—La Coyolxauhqui —digo yo—. ¿Te acuerdas, Celeste? La tenemos delante.

—Ah, sí, es cierto. De hecho, Sita, es una diosa de los aztecas, de los que vivieron aquí hace…

—Es una muerta —responde Sita—. ¿No ven? La gente le dice así, la Muerta. ¿No sabían?

—No —respondo.

—Yo había oído que hablaban de una muerta —dice Celeste —, pero pensé que sería una leyenda: un fantasma, como la Llorona…

—La gente cuenta que las mujeres vienen aquí cuando las matan. Que aquí se quedan y no en sus propios cuerpos o en el cementerio.

—¿Cómo? ¿Los espíritus?

—Y que si vienes estando viva, la Muerta te empieza a decir que te quedes con ellas, que adentro de la piedra hace mucho frío y el miedo que tuvieron al morir no se les quita… ¿Nos podemos ir, por favor?

Todavía me resisto unos segundos, porque Sita tiene razón: nunca había pensado en la diosa como en la imagen de una

mujer muerta. La miro un poco más porque, casi con seguridad, tampoco la volveré a ver.

—¿Estás tomando video? —le digo a Sita—. Deberías tomarla a ella.

—¡Abuela, ya!

—Las llevo de regreso por los talleres de Donceles —propone Celeste—. Ya ven que por ahí sí hay gente.

Ya en la ruta, ya avanzando mientras Celeste nos sigue por radio desde el Fuerte, pienso que también ya estamos definitivamente, sí, en *otra* ruta: la de lo que vamos a intentar. No hay escapatoria. No, no, mejor no decirlo así: mejor como lo dije el otro día. No hay vuelta atrás. Todo es para adelante a partir de ahora. Sita acordó con sus amigos contarles todo de esta prueba en cuanto regrese, primero a Plebe y luego al Sombra. Ambos siguen dispuestos. Ambos tienen todo claro, o eso dice mi nieta.

Y el mensaje en clave que Elodio ya debe haber entregado a su contacto en Xoco, quien a su vez lo llevará a la Universidad (¿o será ella misma, o él, de aquella gente?), dará cuando lo descifren estas letras:

VAMOS PARAA LLALL EGARE MOSVA RIOSESPERE NDOND EQUED
AMOSA BRANN OSLAP UERTA MINOM BREES LUCIN A

SITA,
UN DÍA ANTES

Anoche apenas dormí. Fue mi última noche en mi cama, en mi cuarto, aquí.

Y hoy, lunes, tampoco voy a dormir, pero no por nervios o por angustia. O sí, claro que sí. Pero voy a estar en otro lado…

Voy a estar en otro lado. Y sí está bien. Incluso si mi abuelo no tuviera el plan que tiene para el miércoles. Está bien y va a pasar. Está bien y va a pasar.

Me lo tengo que repetir varias veces porque el Tuercas es insoportable.

Está aquí afuera, ahora. ¡Me siguió! Estábamos en el taller, en una clase —una clase normal, una cosa de rutina, debo recordar que es todo rutina— y yo vine aquí por una memoria sin usar para guardar archivos. Y a él se le hizo fácil venir tras de mí. Le cerré la puerta en la cara. La puerta tiene una hoja de vidrio de gota, como lo llama mi abuela, y veo su silueta del otro lado.

—Tuercas, en serio, todavía me voy a tardar —digo.

—Igual tu abuela no puede seguir sin los dos —responde él—. ¿No? Además quería ver. Cuando me venga a vivir al Fuerte, ¿aquí me va a tocar quedarme?

—*¿Qué?*

Ah, claro, también él ya sabe… El día de la fiesta nadie se enteró de nada, el siguiente la mitad de la gente estaba como zombi, ayer fui con mi abuela a visitar lo siguiente mejor que una zona M, ¡y hoy resulta que todo el mundo sabe! Y ahora es el chisme de verdad. ¿Quién habrá empezado a contarlo? ¿El Jefe? ¿Alguien de su gente en el Palacio, como el tipo ese, el Astro?

(¿Será que el chisme ya tiene tiempo, que primero fue nada más que me querían casar y no con quién, y por eso andaban poniéndome de novia del Tuercas o de no sé quién?)

Lo que sé es que hoy, en el desayuno, las mujeres me veían raro, la señora Gaby me dio doble ración de leche y dos galletas

de un montón que acababa de hacer, y Toña me dio un abrazo y me dijo:

—¡Ya supe! Qué bueno que vas a quedar bien. Tienes que venir a visitarnos, ¿eh?

—¡Qué calladito se lo tenían! —dijo la mamá de Plebe—. Ya ni nos van a hablar…

—Ay, señora, mire, le estoy hablando —le contesté, y Plebe se las arregló para reírse poquito.

—Mucha gente te va a ver feo, Sita —agregó Ruth—, pero aquí no. ¿Verdad que no? ¿Verdad que aquí siempre la vamos a querer?

Y de ahí en adelante. Por los pasillos, cuando he subido escaleras o llegado a los patios, la gente me mira distinto. A veces como las mujeres, a veces no. Y alcanzo a escuchar que se dicen cosas.

Ahora, por otra parte, lo que el Tuercas está preguntando en realidad es: "Cuando te vayas, ¿me voy a quedar con tu cuarto?" y no le voy a dar el gusto de contestarle a *eso*. Abro la puerta:

—¿De qué estás hablando? —él se queda sin saber qué decir —. ¿De qué estás hablando, Tuercas? Dime.

—… ¿Es cierto que ya te vas?

—¡Si serás tarado! Aunque fuera cierto, Tuercas, aquí duermen las mujeres. Cochino. ¡Aquí duerme mi abuela!

—¿Tu abuela va a seguir aquí?

Salgo, azoto la puerta y lo empujo.

—Vamos, ándale. Y de tu pregunta, ¿por qué no le dices a ella? Hace dos horas que estás aquí. Te da miedo, ¿verdad?

—¡Pobre Tuercas, le comieron el mandado! —grita alguien. Los dos volteamos a mirar quién y es el Nueve, que está con el Eskín y el Jitomate.

—¡Ni modo, Tuercas! —dice el Jitomate—. ¿O te acaban de dar tu despedida?

—¿No tienen nada que hacer, fugones? —les grito.

—No te preocupes, cuando se la acaben te la regresan —dice el Nueve, y los tres se ríen, y yo quisiera tener un machete en la mano—. Zorra. Primero el Tuercas y luego el Sombra y ahora uno de Chapu. Pinche zorra.

—Cómo te gusta la palabra "zorra" —le contesto—. ¿Te la dicen estos dos de cariño en las mañanas?

No espero a ver cómo reaccionan. Sigo caminando. Ya me

voy, pero no adonde ellos creen. Los oigo reír detrás de mí. Aprieto los dientes y siento el calor en los ojos, pero logro contenerme. A éstos tampoco les voy a dar ningún gusto. El Vegueta llega a hacer que se pongan firmes, a mandarlos a alguna otra parte, y a mirarnos de reojo al Tuercas y a mí.

Pasamos el resto de la mañana en el taller:

—Acuérdate, Tuercas, acuérdate —le dice mi abuela, mientras le señala una pila de hojas que hemos impreso para él desde que empezaron sus clases—. Con estos instructivos, la gente puede apretar los botones de las máquinas en el orden adecuado para que funcionen en un día normal. Este es el montón completo de los que hacen falta para el Fuerte. Te va a servir aprendértelos, pero si no puedes, aquí van a estar, y de todas maneras todo está en los discos duros para que lo veas cuando quieras. También los vas a tener en la memoria por la que fueron hace un momento. Sin embargo, de lo que sí *tienes* que acordarte es de… ¿De qué?

—¿De que no son la única manera de hacer las cosas? —dice el Tuercas.

—Exacto. Y tarde o temprano no van a ser suficientes. Alguien va a apretar el botón equivocado, a desconfigurar una computadora, a encontrarse con un desperfecto… En los discos hay documentación con muchos detalles más de máquinas, herramientas. No tienes que saberlos todos, no se puede, pero tienes que recordar que existen. Y que tarde o temprano, sí, vas a tener que improvisar y resolver problemas y reparar cosas, pero que la información te *sirve*. Que no te dé vergüenza buscar algo que no sepas, investigar si no entiendes algo…

Sigue así durante un rato. No es la primera vez que le dice esto, pero se suponía que hoy íbamos a hablar de otra cosa. Mi abuela actúa casi como si fuera su último día en el trabajo…, y sí lo es, pero no por lo que el Tuercas cree.

—Cuando usted trabaje para mí, le puedo pedir ayuda si me atoro, ¿no?

Ay, maldito animal.

Mi abuela me sorprende cuando le contesta:

—Tuercas, no seas tonto. Cuando trabaje para ti, cuando el Jefe confirme que tú vas a mandar, tú me dirás qué trabajo hacer y yo lo haré. Me podrás ordenar en vez de pedir. Todo esto es básicamente para cuando yo ya no esté.

Y el Tuercas me sorprende también:

—Ay, señora, no diga eso —dice. Y me mira—. Va a ser como si Sita se mudara. No la va a dejar de ver para siempre…

¡Claro, mi abuela está sintiendo que se va a morir de tristeza! ¡Por mí!

Y entonces me doy cuenta de que eso es lo que ella estaba tratando de darle a entender. Es parte de la actuación, ya sé, de la mentira… Y al mismo tiempo me parece que tiene algo de verdad. Mi abuela se ve mal. Tampoco durmió anoche.

Cuando el Tuercas se ha ido (adiós, Tuercas, adiós), y las tres nos hemos quedado solas, Celeste dice:

—Sita, ¿cómo van Plebe y el Sombra?

—Plebe, bien —le contesto.

Y es cierto, ella me lo dijo en el desayuno. Le pregunté cómo iba, me dijo que bien, y sé que entendió a qué me refería. Está decidida. El Móder quiso volvérsela a ligar con una pose de falso galán (“Mira de lo que te vas a perder” y babosadas por el estilo) y ella lo mandó al carajo. Sé que está muy desilusionada, pero también que va a estar lista. Su tarea sólo es empacar lo mínimo necesario: ropa, comida y agua si puede, una linterna. Anoche le pasé la diadema nueva que me dio mi abuela, para que Celeste tenga, mañana, otro par de ojos.

—¿Y él? —pregunta mi abuela.

—No sé. Debe estar en la puerta, pero no he ido.

—Esperen —dice Celeste, y su imagen desaparece de la pantalla como si se hubiera hecho a un lado. Pasa un rato. Al fin regresa a la pantalla y dice:

—Le acabo de hablar. Me hice pasar por el Vegueta. Ya me sale perfecto. No le pude preguntar a las claras, obvio, porque no pude ver si alguien más estaba ahí, pero me entendió. Dice que todo bien.

—¡Ay, Celeste! —dice mi abuela en tono de regaño, pero luego se ríe—. Imagínate que tu poder cayera en malas manos.

—Sería terrible —Celeste se ríe también—. Crearía confusión en el mundo entero mediante noticias falsas. Por cierto, Sita, esa es otra cosa del pasado que tú no conoces. Muy larga historia. Y cambiando de tema…, ya está, Lucina. Acabé.

Sigo a mi abuela hasta otra pantalla, donde se ve una barra de estado en 100%.

—¿Eso qué es?

—Mira ahí —ella señala la mesa donde está el monitor, pero yo no veo nada—. Abajo —dice. Me asomo bajo la mesa: hay dos unidades grandes de memoria, de las que tienen capacidad de varios exabytes, conectadas a una caja de metal negro, muy delgada, con refuerzos blancos y grandes en las esquinas, como una especie de cofre del tesoro—. ¿Ya viste quién es?

¡La caja es la de Celeste! Es la primera vez que veo esa caja afuera de la otra: de la caja fuerte, que es donde mi abuela la guarda. Y es la primera vez que la veo conectada a otro aparato mediante un cable. Esta sí es la primera vez *en mi vida*…

—¿Qué tal luzco? —dice la cara de Celeste desde la pantalla —. No nada más estamos preparando la salida, sino que acabamos la maniobra de copiar todo el Tesoro.

—¿Lo copiaron?

—Bueno, no todo. Las partes que tu abuela y tú han estado juntando se van con nosotras.

—¿Los videos de mi película? —pregunto. Y después de un momento—. Pensé que no íbamos a dejar nada.

Las dos me ven con cara de extrañeza.

—La gente de aquí va a necesitar esa información para sobrevivir, Sita —dice Celeste—. Ya va a ser bastante con que no nos tengan a ti y a mí para ayudarle al Tuercas.

Mi abuela me enseña a quitar y poner los tirantes con los que se puede llevar la caja de Celeste —la "unidad especial a prueba de bomba", dicen ellas— en la espalda, como si fuera una mochila. Después de eso ya no hay nada más por el momento. Es hora de comer. Mi abuela y yo salimos y en el camino ella me dice:

—Ayer, al final, no grabaste nada. ¿Verdad?

—¿Dónde?, ¿con la Muerta? No.

—Si quieres, ahora a lo mejor sería buen momento. Se lo puedes mandar a Celeste y todavía lo puedes ir guardando. A lo mejor allá, cuando lleguemos, puedes…, ay, ¿cómo se dice?

—¿Editarlo?

—Eso.

Este es un buen momento, pienso, porque ya no va a haber otro. Pero igual es un día con mucho sol, que alumbra bien todas las cosas. Prendo mi cámara y durante las siguientes horas no me pierdo de nada. La comida: tacos de huevo, frijoles, agua y té. Las caras de las mujeres: Toña, que va a dar a luz cualquier día y

me sigue sonriendo como si fuéramos amigas de toda la vida, la señora Gaby que parece triste, la señora Mabel que sigue de amargada y peor cuando mi abuela está cerca, Ruth, Mimi, Camila, Vicky, la Chori, Almendra, la Peggy, Federica…, Plebe, que no le habla a nadie mientras bebe despacio un vaso de té. También está nerviosa, claro que también está nerviosa.

Mi abuela y yo le hacemos plática a casi todas las demás. Apenas les hacemos preguntas: dejamos que hablen y que digan lo que quieran. A lo mejor nos ayuda que también saben el chisme. Hemos de ser como la heroína de película que decide cambiar su vida y comunicarse mejor con quienes la rodean.

—Mi hijo —cuenta Federica— dice que el otro día vio a una mujer de Lindavista. Estaba cubierta, pero le vio el tatuaje. Esa cosa que se hacen ellos en la cara. Dice que iba con uno que parecía su esposo y era de aquí. O sea, él.

—¿Qué nos vas a poner la próxima vez en el cine? —me pregunta la Chori, que ha de tener unos seis o siete años—. Me gustó la de la reina.

—¿Cuál de todas? —le pregunto, pero ella no me sabe decir exactamente cuál.

—Andan diciendo que está saliendo menos biomasa que antes —comenta la Peggy, que es de las que limpian las letrinas y recoge para llevar a la tratadora—. Que sale más desecho del que ya no se puede volver a usar. ¿Eso se puede, doña Lucina?

—Ah, no sabía nada de eso —dice mi abuela—. Puede ser un filtro gastado o algún otro desperfecto. Habrá que echar un ojo. Gracias por decirme.

Eso no es buena noticia, y hasta yo lo entiendo. Pero si mi abuela no lo quiere decir, yo tampoco lo haré.

Después de comer, mi abuela tiene que revisar un problema en una de las antenas del techo. La acompaño, y mientras ella trabaja puedo dar un poco la vuelta y hacer unas cuantas tomas del Centro, las calles, los edificios, como se ven desde arriba.

—¿Sigues tomando video? Un día deberías subir hasta la punta de la Torre Latinoamericana… —dice Celeste.

—Ya no se va a poder —le contesto, bajito para que no me oigan los soldados que están con mi abuela.

—Ay, ya sé —dice ella—. Fíjate, yo tengo cámaras allá y jamás se me ocurrió guardar algo de ese video… Voy a tomar algo ahora para que tengas.

Ruth nos alcanza para pedirle ayuda a mi abuela con algo más que no está bien en uno de los invernaderos de aquí arriba. Celeste tendrá que ayudarla desde su caja, supongo. Yo bajo a mi tapanco a recoger mi frasco de miel y otros recuerdos que tengo ahí guardados: elijo una de mis revistas, uno de los libros…

Otra antigüedad de mi abuela es la palabra *relicario*: una cajita adornada para guardar cosas. Ahora me gustaría uno. Que Celeste me lo hubiera impreso para poner en él una foto de mi mamá.

Pero no tengo fotos de ella. No hay.

Lo que sí está aquí es mi muñeca, aquella de hace tanto, que tengo guardada en una caja. Se viene conmigo. A lo mejor ahora sí le cuento a Plebe que la tengo.

Todo lo miro con atención, le doy tiempo para que quede grabado bien. Luego bajo con todo y voy a mi cuarto. Apago mi diadema, la pongo a cargar en el enchufe. Trato de no pensar que esta es otra última vez.

En el cuarto ya tengo mi mochila preparada: la puedo llevar con una correa cruzada sobre el hombro y traer además la caja de Celeste. Guardo una camiseta de uniforme, mi camisón de biotela y la otra ropa que tengo: un pantalón y una camiseta azul, también de biotela. Me los regalaron una vez en la tratadora y nunca he podido usarlos.

Voy a la cocina a llenar de agua unas botellas que me dio mi abuela y a robarme galletas de las que hizo la señora Gaby. Encuentro varias; por suerte no se le ocurrió guardarlas todas en el refrigerador o en la alacena, que están con candado y yo no puedo abrir. Me las llevo todas en un contenedor de plástico. Que me perdone. Logro entrar y salir sin que me vean.

Guardo las provisiones. Mi abuela no regresa.

Me siento en mi cama y veo cómo se va oscureciendo. Me recuerda un poco al amanecer, que hoy me tocó ver porque realmente no dormí nada…

—¡Despierta, Sita! —dice alguien—. ¡Despierta! —y abro los ojos, y descubro que los tenía cerrados, y me levanto. ¡Estaba acostada! ¡Estaba dormida! ¿Cuánto tiempo ha pasado?—. Tranquila, tranquila —es la voz de mi abuela. Está a mi lado. Las luces siguen apagadas—. Tranquila.

—Me quedé dormida. ¡Perdón!

—Estamos a tiempo. Llevo aquí un rato, pero no te quise

despertar. Me daba no sé qué pensar que era la última vez que lo iba a hacer, la última vez que estamos aquí…

Se me ocurre abrazarla. Ella me abraza también.

Recojo todo deprisa. Ella trae ya su propia mochila y la caja de Celeste, que yo me pongo a la espalda. Pesa, aunque menos de lo que yo creía. Esperamos, sin hablar, sin encender ninguna luz.

A las diez es el toque de queda. Seguimos esperando.

A las once es el cambio de guardia. Nos ponemos las diademas y las encendemos. La voz de Celeste nos pregunta:

—¿Los demás están donde quedaron?

—Tienen que estar —dice mi abuela—. No los vamos a poder esperar.

—Bueno, ahí voy —avisa Celeste—. Esperen.

Pasa un momento. Oímos un grito. Luego, pasos.

—Ya —dice Celeste—. Creen que el Vegueta los mandó llamar. ¡Ya!

Salimos, cerramos la puerta con cuidado, cruzamos los pasillos, que también están a oscuras. Subimos por las escaleras.

Ya estamos en marcha. Ya estamos escapando.

—Mi unidad sigue conectada por la red inalámbrica a todos los aparatos que normalmente puede usar —dice Celeste—, pero en cuanto nos hayamos alejado unas pocas cuadras del Fuerte ya no podré utilizarlos. Sólo le quedarán los transmisores de radio. No olviden darles los suyos a Plebe y al Sombra.

Plebe nos espera afuera del tapanco. El Sombra llega casi al mismo tiempo que nosotros. Trae puesto un manto negro, de los que usan los soldados cuando salen a la guerra.

—Hacía años que no venía por aquí —comenta mi abuela.

—Oye —me dice el Sombra—, ¿de verdad no fue el Vegueta el que dio la orden?

—Ya te embarcaste —le respondo—. Ponte esto. Guarda lo demás en la mochila.

Le doy su transmisor. No es diadema, sino un par de audífonos más sencillos, con cables de plástico. También le doy una botella y una bolsa con comida. El Sombra abre su propia mochila y saca tres mantos negros más, para nosotras. Nos los ponemos.

—Éstos son buenos para que no nos vean —dice—. Nos tenemos que quedar juntos.

—Juntas —contesta Celeste en nuestros oídos—. A lo mejor

no te ha tocado, Sombra, pero cuando hay una mayoría de mujeres, hay que decirlo de ese modo. Juntas. Nosotras.

—¿Ah, sí? —pregunta el Sombra. Encoge los hombros—. Bueno.

—Toda la vida quise hacer algo así —me explica Celeste, supongo que sin que el Sombra pueda oírla. Luego se ríe. Casi nunca la he oído reír.

—Apúrense con el manto. ¿Ya estamos todas listas? —pregunta el Sombra.

Yo quisiera decirle algo más, pero no se me ocurre nada. Él me sonríe.

—Todo va a salir bien —dice, y me parece que no lo cree. Pero lo dice.

Las cuatro (las cinco, con Celeste a mi espalda) bajamos otra vez. Nadie nos ve: Celeste sigue haciendo que los soldados se muevan para alejarse de los lugares por donde pasamos. Llegamos a la entrada donde estuvimos el otro día, cuando me escondí en el carro del Urko. Ahora sí está todo oscuro. Vamos entre los carros, puestos uno al lado del otro. Subimos por la rampa y la puerta que da hacia fuera está cerrada, pero aquí tampoco hay nadie.

Mi abuela tiene una llave para abrir la puerta.

—Hay una cámara afuera, pero le puse un *loop* para que no nos vean salir —dice Celeste—. De todos modos, tarde o temprano se van a dar cuenta de que nos fuimos. Esperemos que no sea muy pronto.

No lo digo, lo pienso:"Dios poderoso, tú que quitas la vida, no nos la quites a nosotras". Volteo y alcanzo a ver que Plebe y Sombra sí están diciendo algo, muy muy bajito.

Nos vamos.

Todo está oscuro en la gran avenida. Por suerte el cielo está despejado. La luz de la luna no es tan brillante como en las películas, pero nos alumbra.

—Al sur —dice mi abuela, mientras cierra la puerta por fuera.

—Damos la vuelta a la izquierda en Izazaga —dice Celeste—. En la avenida grande que hace esquina con la otra. Luego la cruzamos. Saltamos una calle pequeña y damos vuelta en la siguiente, a la derecha. Ésa se llamaba Bolívar.

Avanzamos en silencio. Nos vamos alejando. Todavía nadie nos ha visto. Nadie nos busca. Tras nosotras, en el Fuerte, se oye

otro grito, como muy lejos. Pero seguimos avanzando. Plebe me toma de la mano.

—No me despedí de mi mamá —me dice al oído.

—¡Ay, Plebe, se me olvidó! ¡Te tenía que escribir una carta!

—Shhh —dice Celeste en mi otro oído, y también—: enciendan las cámaras, Sita, Plebe, para que pueda ver.

Yo prendo la mía. Pienso: "Ésta va a ser una película de aventuras". Seguimos. Seguimos. "No va a ser de horror." Izquierda, cruzamos la avenida, derecha. Seguimos. "No va a ser de desastre."

En poco tiempo llegaremos a otra avenida grande, que según el mapa se llamaba Viaducto, y que es la frontera del Centro: donde empieza la zona M.

LA HUIDA

Alguien nos descubrió antes de lo debido. No sé cómo. Obviamente, no estaba ahí para ver cómo fue la escena. Tal vez echaron de menos al Sombra. Corrimos (ay, mi abuela), nos escondimos, y por un momento pensé que nos iban a atrapar, hace rato. Ahora no importa. Si no los perdimos, están igual que nosotros, detenidos en algún lugar, bajo la lluvia. Espero que no se ahogue nadie. Y ahora nuestro problema es otro…

—Quítate —dice mi abuela—. ¡Quítense!

Nuestro problema es que las palabras de mi abuela apenas pueden oírse: que sigue cayendo la tormenta, y que además el troceado sigue gritando delante de mí y del Sombra, y esos gritos son casi lo único que puedo oír. Tampoco lo puedo dejar de ver. No sé qué hacer. Mi cuerpo no sabe qué hacer. He visto películas de horror, y una partecita de mí se puede acordar ahora mismo de todas ellas, de todos los monstruos y todas las escenas de susto. Pero esa partecita no tiene el control de mis piernas ni de nada de mí. Nada más puedo quedarme delante del troceado, el troceado que sigue gritando, que da un paso hacia mí y hacia el Sombra. ¡Pobre Sombra! Tampoco se mueve. Tampoco se puede mover. El troceado tiene una cara humana, brazos humanos, una pierna humana y la otra no, un torso que es mitad carne y mitad tubos y placas grises, y le salen chispas de las articulaciones, de los codos, las rodillas, de donde se juntan sus diferentes partes, y tiene una mano con cuatro dedos humanos y otro que no lo es, y la otra no es mano, sino una pinza, negra y brillante, y en vez de ojos tiene lentes de cámara, negros también, y la boca está abierta en una O y ahora se acaba el grito, pero en cambio suena un rechinar espantoso, como si estuviera respirando y gritando a la vez. O a lo mejor va a empezar a gritar *de veras* en cuanto haya tomado suficiente aire…

—Ay —dice Celeste en mi oído. De pronto el troceado da otro paso, alrededor de su cabeza aparecen más chispas, y sí, claro

que sí, grita.

—Ayúdame —su voz es de mujer aunque su cara (pensaba yo, ahora me doy cuenta) es de hombre. Y da otro paso—. No me dejes —y ahora su voz es la de un muchacho, y no es un grito, y otro paso—. ¡Por favor! —dice ahora, con una voz de alguien mucho mayor, y da otro paso, y otra vez hace ese sonido horrible de tomar aire—. ¡Mamá! —grita—. ¡José! ¡Hija, hijita, no te vayas! ¡Siempre fuertes! ¡Corran! ¡Siempre fuertes! —y mientras habla me doy cuenta de que cada vez tiene una voz diferente, y mientras sigue avanzando voltea a verme a mí, y luego al Sombra, y luego a mi abuela que está un poco detrás de nosotros, y luego a Plebe, y otra vez al Sombra, y ya está aquí, delante del Sombra, delante de mí, y todo es verdad: los troceados hablan con las voces de los muertos. De las víctimas que se comieron y que se vuelven parte de ellos.

—Váyanse —grita mi abuela. No la veo. Está detrás de mí, con Plebe. Me dan ganas de reclamarle a alguien. A Dios. Toda la vida he sido creyente, y nada más una cosa le pedí, y es lo único que no me va a dar.

Celeste dice en mi oído, en los oídos de todas:

—Esto yo lo he visto.

¡Y el Sombra se mueve! Se mueve. Se está moviendo. No alcanzo a ver bien, pero cae un rayo, ahora, cae un rayo y alumbra su brazo, que sale de debajo de su manto, y sale sosteniendo un machete, se trajo un machete, y su otro brazo se mueve también, pero el troceado vuelve a gritar y con su mano que es casi humana le da un revés al Sombra, le da en la cabeza y lo hace caer hacia un lado, y algo más que traía el Sombra cae al suelo. Lo veo caer. Es un bate. Lo veo pegar contra el suelo, rebotar, mientras el troceado se mueve hacia el Sombra. ¿Se lo va a comer? ¿Lo va a matar? Lo está levantando del suelo.

—¡Corre! —grita Plebe. O mi abuela. Alguien llora y podría ser Plebe. ¿Lo de que corra me lo están diciendo a mí?

Corro. O no, no corro. Doy un solo paso. No hace falta más. Doy un paso hacia delante y agarro el bate, el bate que está rebotando todavía, y recuerdo que no sé pelear, que soy una princesita, una niña caprichosa, una perra de mal carácter y ya, pero no sé qué quiere hacerle el troceado al Sombra, no puedo dejarlo así, no puedo correr en ninguna otra dirección. Agarro el bate con las dos manos. Me da tiempo.

Puedo levantarlo y puedo pegarle al troceado. No le doy con toda la fuerza que quisiera. No lo hago volar ni estallar en pedazos. Ahorita debería tener superpoderes. Con un puñetazo me bastaría para vencerlo, como hacen muchos que ahora no puedo recordar. Ni siquiera le doy donde quería, que era en la cabeza. Le doy en un brazo. Lo hago torcerse, perder el equilibrio. Llamo su atención. Alcanzo a levantar otra vez el bate cuando gira hacia mí y hace como que respira y grita y le pega al bate con su pinza y casi me lo arranca de las manos. Me tuerce una muñeca y me duele, creo, pero otra vez levanto el bate para pegarle desde arriba, y el troceado suelta al Sombra, veo cómo lo suelta, y con la mano que le ha quedado libre, la que tiene cuatro dedos y uno más, hace un puño y me pega en el estómago.

Me saca el aire. Caigo hacia atrás. La caja de Celeste pega contra el suelo. Siento el golpe en mi espalda. También en mi cabeza. Por un momento sólo me doy cuenta del sonido que hace.

Luego trato de respirar, de levantarme. Estoy de espaldas. Tengo algo debajo —mi mochila, debe ser, además de la caja— y algo encima. Algo que pesa. Todo está oscuro, pero no estoy desmayada: es la noche. El suelo está mojado. Sigue lloviendo y aquí se está empezando a inundar. Mis manos tocan el agua. Mis dos manos. Ahora sí se me fue el bate. Y encima de mí hay algo más. El cuerpo del troceado. Huele a podrido, a sangre seca, a lo que huelen las tratadoras. Saca chispas. Lo que está encima de mi cara es su cara. Es la cara que le arrancó a alguien y que luego se puso. ¿Querrá una nueva? ¿La mía? A lo mejor tiene envidia de las caras de los vivos. Yo le envidio que puede respirar, porque está respirando. Lo sé por el sonido. En un momento va a empezar a gritar.

Antes que él, grita Celeste:

—¡La cara, la boca! —y algo nos mueve. A mí y al troceado. Algo lo hace a un lado, lo quita de encima de mí, y puedo volver a respirar, y es el Sombra, el Sombra está levantado, le está dando de machetazos al troceado, o al menos sí logra darle uno, en la boca que está gritando, sí, y ahora deja de gritar. Y alguien, ¡mi abuela!, le pega al troceado también. Recogió el bate. Tiene el bate en las manos. Me levanto. Al menos me siento. Mi abuela le pega al troceado en la cabeza. Le da con fuerza: ¿le aplasta un pedazo? ¿Le vuela un pedazo? El agua se mueve debajo de mí.

Por momentos pienso que Celeste ya no va a mojarse porque ya me levanté. El troceado le da una patada en la pierna a mi abuela y la hace gritar y caer. Ya estoy de pie. Voy hacia mi abuela. El Sombra le da otro machetazo al troceado en la cabeza y le rompe algo. Los ojos de cámara. Alguien grita detrás de mí y pienso que es Celeste, pero no, es Plebe, Plebe está aquí, estaba detrás y ahora está delante de mí. Plebe tiene un cuchillo, un cuchillito, debe haberlo sacado de la cocina. Lo acaba de clavar en la panza del troceado, en el lugar donde estaría la panza. Hay carne y plástico. El troceado le vuelve a pegar al Sombra, lo tira y ahora sí le tira el machete. Entre mi abuela y yo está el bate, lo vuelvo a recoger, el troceado le da un cabezazo a Plebe, le da en el hombro, la tira también, pero entonces yo le doy un batazo, por fin le doy un batazo bien dado, grito mientras se lo doy y el troceado ya no grita, y estoy mirando cómo el bate le rompe la pierna que no es humana debajo de la rodilla…

—¡Sita, Sita! —dice mi abuela, porque yo quiero darle otro golpe al troceado, pero ella me toma del brazo y me jala. Plebe está corriendo delante de nosotras. El Sombra corre a mi lado. Trae su machete. ¡Mi abuela corre, corre como nunca en su vida! Estoy corriendo con ella. ¿Por qué estamos corriendo? Eso pienso primero, y luego pienso que si no corremos el troceado nos va a matar. Nadie ha sobrevivido a un troceado. Nadie nadie nadie nadie. ¿Estoy diciendo la palabra mientras llegamos al siguiente techo, a la entrada del centro comercial? Cuando llegamos dejo de sentir la lluvia que estaba cayendo sobre mí. Y sí estoy diciendo algo: no es “nadie nadie”, sino alguna otra cosa. Mi abuela me calla poniéndome la mano sobre la boca.

—Calma, Sita, silencio. Dice Celeste que silencio.

Celeste sigue en mi espalda, pero no puedo oírla. Me toco la cabeza. Claro, ahora sí se me cayó la diadema. Estamos en la entrada del centro comercial, donde antes estaban sus puertas, medio escondidos detrás de una pared. El troceado no está viniendo tras nosotras. No va hacia donde estamos. Va un poco hacia la izquierda. Choca con una columna. Se desvía aún más hacia ese lado.

Además, cojea. No le *corté* la pierna, pero sí está rota: no puede caminar bien como está. Ahora echa más chispas que antes, pero… vistos desde aquí, con un poquitito más de calma, no se ven como chispas: son destellos. Focos muy potentes, a lo

mejor, que se encienden durante poco tiempo, menos de un segundo. Tiene varios en un costado y en otro. Así se alumbra sin dejarse ver del todo.

Está tratando de alumbrarse más. Para ver. No nos ve. No sabe dónde estamos. Pero el machetazo del Sombra le dio en sus ojos. Sus ojos que eran cámaras. ¿No se ha dado cuenta de que está ciego?

También se ha quedado mudo. Su boca era una bocina. Con la bocina echaba sus gritos y sus voces. Y sin ellos, mientras sigue cojeando, tratando de encontrarnos, no parece tan horrible. Es decir, sí, sí es horrible. Es un robot que trae puestos trozos de carne de alguien, o de varias personas. Pero es eso. No un fantasma, no un demonio, sino una máquina. Una máquina para asustar y para matar.

Que todavía podría matarnos a nosotras.

Lo vemos desviarse cada vez más de donde estamos. Agita la mano y la pinza como con enojo. ¿O está tratando de darle a algo, aunque sea de casualidad? Sigue y sigue. Nosotras seguimos apretadas en nuestro rincón. El agua nos llega a los tobillos. Si ahorita aparece otro como él, no vamos a poder con los dos.

Pasa una hora. No aparece otro troceado. El que nos atacó sigue dando vueltas por aquí, pero no nos encuentra. Poco a poco se va alejando. Se va por la avenida. Sigue lloviendo. No tenemos más remedio que adentrarnos en el edificio y buscar el modo de subir a su siguiente piso. Se ha formado un río que baja por la entrada donde estábamos.

Subimos por una escalera eléctrica (que no funciona, obvio, pero sigue aquí). Plebe vuelve a alumbrarnos con su linterna. Encontramos un espacio vacío, una tienda, tal vez, que todavía tiene una puerta. Nos metemos y el Sombra y yo la aseguramos tan bien como podemos. Plebe tiene una cortada en la cara, el Sombra una peor, y a mi abuela le duele mucho la pierna, aunque parece que no está rota. Creo que a mí no me rompieron la cabeza, aunque tengo una hinchazón en la nuca, y tendré moretones en varias partes del cuerpo.

Mi abuela saca su botiquín. ¡Se lo trajo! Otra vez veo cinta adhesiva. Ella nos pone curaciones en las heridas y casi se acaba la cinta, la gasa, el alcohol y el resto de lo que trae.

—Hará falta no volver a lastimarnos —dice—, y de preferencia no encontrarnos con ningún otro troceado.

Cuando termina, Plebe me avisa que Celeste quiere decirnos algo. El Sombra me presta uno de sus audífonos para que pueda escuchar.

—¿… estás oyendo, Sita?

—Sí —respondo. Ella habla bajito a pesar de que sólo podemos oírla nosotros. Yo hago lo mismo.

—Les decía que tuvimos mucha, mucha, pero *mucha* suerte.

Su caja está en el suelo. Mi abuela abre una puertecita que tiene y tras de la que está una pantalla. Vemos su cara mientras nos habla y ella nos ve con un lente que tiene al lado.

—Tengo todo el video que estuviste tomando, Sita —dice Celeste—, hasta que el troceado te tiró la cámara. Y creo que ninguna persona había grabado a uno en video hasta el día de hoy —su pantalla, que es chiquita, pero se ve bastante bien, muestra ahora algo de lo que yo veía. La cosa: sus piernas y sus brazos, su cara. La imagen está realzada, menos oscura, pero es lo que vimos.

—Maldito desgraciado —dice el Sombra.

—Y ahora —sigue Celeste—, viéndolo con calma, me convenzo más de que yo ya había visto algo así. Hace mucho, antes del Día Cero. Cuando se estaba cayendo el mundo.

Pasamos el resto de la noche ahí, juntos, escuchando. Al amanecer tomamos turnos para dormir y hacer guardia. Si nos encuentran, dijimos, nos encuentran. Y mientras no nos encontraban, oímos la historia de Celeste.

—Entonces se hablaba mucho de los que ahora llamamos Aquellos. Los de la frase. ¿Sí me entienden? “Cuando vuelvan Aquellos.”

—Ah, sí —dijo el Sombra.

—Eran gente que se iba a ir hacia los polos, hacia zonas que se estaban volviendo un poco más habitables al contrario del resto del mundo. Se hablaba de que tenían flotas de barcos, aviones… Tenemos en el Tesoro, en los archivos que traigo conmigo, mucha información al respecto. Nunca supimos con certeza quiénes eran ésos que se estaban fugando, ni siquiera si en verdad lo estaban haciendo. Pero después de lo que hemos visto hoy, pienso que sí era cierto. Hubo países, o tal vez grandes empresas, que mandaron a muchas personas a construir ciudades en esos lugares. Fábricas. Cuando se hablaba de este tema en los

medios de entonces, se decía que esa gente tenía buenas intenciones: que más adelante iban a tratar de ayudar a quienes no pudieran desplazarse. Que iban a volver, decían. Pero también alcanzaron a salir noticias que decían otra cosa: que no iban a volver nunca, que quienes nos quedábamos atrás no les importábamos. Que ellos eran los que habían impedido que más gente de aquí y de otras zonas vulnerables lograra salir cuando las cosas se pusieron feas.

”Ahora pienso que sí: que su plan era más bien esconderse hasta que pasara la crisis. En el pasado también se dijo que ellos querrían esperar a que estas zonas se despoblaran, para regresar a poner minas o centrales eléctricas o qué se yo. Y por ahí se dijo también que iban a tratar de acelerar el proceso…

—¿Qué proceso? ¿De qué? —la interrumpió Plebe.

—El proceso de despoblar, dejar vacías todas estas regiones. Continentes enteros. ¿Han visto los robots asesinos que salen en las películas o esas cosas que se llaman drones, los aparatos no tripulados o de control remoto?

—Ah, sí —dijo el Sombra. Está sentado a mi lado. No parece contento con lo que le viene a la cabeza. Vuelvo a tocar su brazo. Lo aprieto.

—Lo que trato de decir es que, según creo ahora, los troceados son eso. Aparatos para hacer que estas zonas del mundo acaben de quedar vacías, enviados desde quién sabe dónde. Antes del Día Cero ya había máquinas parecidas —siguió Celeste—. Las mandaban a zonas de guerra. Se podían mantener solas, sin supervisión, nada más peleando y peleando contra la gente que tuvieran delante. Era una de muchas noticias raras… En aquel entonces era muy difícil encontrar información confiable sobre casi nada.

—Pero entonces, ¿ellos, sean quienes sean, todavía están mandando troceados para acá? —preguntó mi abuela.

—En este momento, no creo que nadie esté mandando nada. Los que están aquí deben haber llegado hace años… Esperen, les muestro. Esto estaba en un libro que nos llevaste hace poco, Sita —después de un momento su pantalla mostró una página con una imagen—. No, no se puede distinguir, ¿verdad? Está muy chica…

—Espera —revisé en mi mochila y saqué la tableta. Por suerte no le había pasado nada—. ¿No se puede que eches la imagen

aquí?

Sí se pudo. Luego de un momento, pudimos ver en la tableta que era un dibujo: una especie de esfera de metal gris con una abertura, de la que salían objetos voladores, otros que rodaban…., y otros con forma humana.

—La hipótesis de este libro es que el plan sería mandar a zonas como ésta no las máquinas en sí, los que serían los troceados, sino *fábricas* de troceados: máquinas dedicadas a hacer robots de éstos, usando sobre todo bioplástico —dijo Celeste—. Hechas para caer sobre algún lugar, tal vez desde un avión o montadas en un cohete, y empezar a funcionar solas, con energía solar y los materiales que fueran recogiendo. Eso explicaría que los troceados se lleven a muchas de sus víctimas. Las llevan a su fábrica…, reciclan y usan la materia… —no acabó: puso su cara en la tableta y era una de mucha tristeza—. En fin. Las partes que se ven, las caras, los dedos, han de ser para espantar, igual que las voces. Las han de grabar cuando están atacando a alguien y luego las reproducen.

Plebe empezó a llorar otra vez. Yo me imaginé a uno de esos caminando por ahí con la cara de Plebe. O la de mi abuela. O la mía.

—Los troceados necesitan víctimas todo el tiempo porque después de un rato —dijo Celeste—, ya saben: el bioplástico se rompe, se degrada, la carne se pudre. ¿Te acuerdas que siempre atacan como en oleadas, Lucina, primero mucho y luego muy poco? El mes pasado, la mayoría de los troceados de por aquí se debe haber desgastado o acabado de plano cuando la batalla con Chapu. Necesitan tiempo y materia prima para repararse o hacer más de ellos.

—¿Algunos se caerán en pedazos en plena acción? —dijo mi abuela—. Según esto, había trozos en el campo de batalla la otra vez, luego de que nos atacaran.

—¡No nos atacaron! —dice el Sombra. Yo recuerdo lo que le dijo el Jefe a mi abuela.

—Al rato te tenemos que contar más sobre eso —le contesté.

—A lo que quiero llegar —dijo Celeste— es que el troceado que nos atacó probablemente ya estaba en mal estado. De haber sido un poco más fuerte, más resistente… También creo que tienen radio, pero a él no le funcionaba el suyo. Si no, hubiera pedido refuerzos.

—¿Y por qué no nos acaban de una vez? —preguntó Plebe—. ¿Por qué nada más están aquí y no invaden los reinos y nos matan a todos?

—Creo —dijo Celeste— que es porque no pueden. No hay suficientes troceados para conquistar más territorio del que ya tienen. Sólo pueden mantener el control de las zonas M. Tendrían que tener más fábricas para poder aumentar su población más rápido de lo que se desgastan.

—¿Y por qué no les mandan más fábricas? —pregunté yo.

—Ni idea —contestó Celeste—. A lo mejor ya no hay quien pueda mandarlas. Nunca supimos qué pasó con Aquellos.

Y con eso nos quedamos calladas durante mucho rato.

El Sombra toma el primer turno de guardia y yo me quedo un rato con él. Primero seguimos en silencio, mirando hacia fuera. Luego toco su brazo y él voltea a mirarme.

—Sombra… Tengo que decirte una cosa. Estuviste increíble hace rato. Nada más para que sepas. Ninguno de los que te trataba mal en el Fuerte ha hecho lo que tú. ¡Sobreviviste a un troceado, le hiciste daño! Tendrían que hacerte capitán por eso.

Veo cómo se emociona. De hecho, está sonriendo como nunca. ¡Ay, Sombra…!

—Tú estuviste como Harley Quinn —me dice.

—¿Qué?

—Cuando le pegaste con el bate… ¡Fugón!

Por la sorpresa, me cuesta un poco de trabajo recordar de qué película me está hablando. ¡Ay, Sombra!

—No seas baboso —le digo, y para no darle un golpe en la cabeza o algo así lo abrazo, fuerte, fuerte.

Él me abraza a mí y se siente muy bien.

Luego de que amanece, seguimos esperando. Comemos parte de lo que trajimos. Resulta que Plebe se robó el resto de las galletas de la señora Gaby. También compartimos agua. Dormimos lo que podemos.

A la noche nos cambiamos de ropa. Todas trajimos algo, para no parecer tan del Fuerte. (El Sombra se ve rarísimo con una camiseta roja y sin mangas, y mi abuela, que se pone otra igual, más todavía. Parece su mamá.)

Guardamos nuestras cosas y volvemos a salir. No podemos quedarnos aquí para siempre.

—Oye, Sita —dice Plebe, y me da su diadema. El Sombra le da a ella sus audífonos.

Ya no llueve (qué pena, dice mi abuela, no haber tenido colectores de lluvia), pero la tierra del suelo está húmeda, lodosa. Esto nos hace difícil avanzar, pero por suerte no vemos a ningún troceado. Ni a nadie, en realidad, hasta mucho después de haber cruzado la frontera de Xoco.

Un rato seguimos por la avenida grande donde encontramos al troceado. Cruzamos Río Churubusco. Por suerte apenas hay agua encharcada sobre los restos de asfalto.

—¡Esto es una avenida! —dice Plebe, mientras alumbra con su linterna y las demás caminamos tras ella con mucho cuidado, para no meter el pie en algún hoyo.

—Es muy posible que todavía haya un río debajo de todo esto —explica Celeste—. Entubado. La avenida recibió su nombre por el río —y alcanzo a oír que Plebe se ríe quedo. ¡Un río encima de otro río!

Después pasamos al lado de un campo muy grande, húmedo ahora, pero totalmente vacío y lleno de piedras y restos. Sólo se ven unos cuantos marcadores de muertos. Ahí me entero de que también acá hacen eso.

—¡Ay, los Viveros de Coyoacán! —dice mi abuela, pero no explica qué son o qué eran.

—¿Qué es esto? —dice el Sombra.

—Dile que era un parque —sugiere Celeste—. Espero que se hayan llevado la tierra a algún huerto, o…

Ahora él trae a Celeste colgada sobre su pecho, para que pueda ver con su propia cámara. Yo ayudo con la de Plebe. Ya no hay transmisores de radio que le puedan ayudar a orientarse.

No podemos seguir adelante por aquí, así que damos una vuelta a la izquierda por una calle pequeña que nos lleva a otra mayor. Celeste dice que es Avenida México.

—La gente del pasado —se queja— tenía como dos nombres para todas las cosas.

Vamos despacio porque ahora sí le cuesta mucho caminar a mi abuela. Se nota. Despacio, tan en silencio como podemos, pasamos cerca de un puesto de guardias: una caseta de bioplástico o tal vez de cartón, con dos personas adentro. De lejos vemos a un hombre caminando sobre el techo de una casa. Nos ayudan los mantos negros, pero si no encontramos dónde

estar para cuando amanezca, no nos van a ayudar mucho.

Plebe, el Sombra y yo nunca hemos caminado tanto ni llegado tan lejos como en estas dos noches, pero la idea sólo se me ocurre hasta este momento. Esta avenida se parece muchísimo a una calle del Centro, y a la vez es muy distinta: las esquinas de las cuadras son diagonales a veces, como si camináramos sobre un tronco y viéramos sus ramas. Y hay muchos más espacios vacíos, cajas, rectángulos abiertos en el concreto, de los que antes tenían árboles. Este lugar debe haber tenido mucho verde antes de que se cayera el mundo.

—Esto no era una selva, ¿verdad? —pregunta Plebe.

—¿Qué es una selva? —pregunta el Sombra.

—Ay —dice mi abuela.

—¡Shhh!

Nos mantenemos apartados de las luces —casi todas antorchas, puestas detrás de ventanas o encima de bardas— tanto como podemos. Y yo voy viendo que cada vez son menos: que este lugar está poco habitado.

La avenida termina en una gran extensión de edificios derribados. Tres o cuatro cuadras, no sé, totalmente devastadas, hechas polvo. Bueno, no. Piedras y trozos de ladrillo, viga y cristal por todas partes. Este es otro lugar en el que nadie ha recogido. De pronto tengo miedo. ¿Estaremos en otra zona M? La calle también está cubierta de piedras (*adoquines,* diría mi abuela), pero casi todas están salidas y mezcladas con el resto. Es peor que algunas partes de la zona M que acabamos de cruzar…

—Aquí debía haber un edificio —dice mi abuela.

—Te leo la mano —responde una voz detrás de nosotros.

Las cuatro —y Celeste— nos volteamos, y vemos a uno que debe ser un soldado. Es igual de flaco que los del Centro, y trae ropas que sólo pueden ser un uniforme. Trae un manto que no es negro ni blanco, hecho de trozos de biotela. Creo que tiene una porra en la mano. Está a, ¿veinte metros?, ¿treinta pasos de nosotros? Se acerca.

—¡Te leo la mano! —vuelve a decir.

—Di “Te digo la verdad” —me susurra Celeste al oído—. “Te digo la verdad”. ¡Dilo!

—Te digo la verdad —digo, y también lo dicen mi abuela y Plebe. El soldado se detiene y nos saluda con la mano abierta.

—No le saque —dice—. Váyanse a su casa, no es hora de

estar afuera.

—Estamos yendo a trabajar, señor —contesta Plebe. Me parece muy buena idea. En el Centro hay gente que se debe levantar muy temprano…

—Ah, pues con más razón —dice el soldado—. ¡Ya! —y se va.

Hay un edificio, pero está más lejos, a cien metros en la dirección contraria a la que toma el soldado, en el borde de lo que era otra calle. Parece el único que ha quedado en una cuadra entera. Vamos para allá.

—¿Qué fue lo de la mano? —pregunta Plebe.

—Una contraseña que nos dieron —responde mi abuela.

—La mandó la gente de la Universidad —dice Celeste—. Es el equivalente en Xoco del "Siempre fuertes" o algo así. Ni idea de dónde habrá salido.

El edificio está en el borde de una plaza. Esto se parece más al Centro: hay una valla de alambre de púas y más allá, a lo lejos, una fuente. El cielo está empezando a aclararse. Todavía no se ve a nadie, pero falta menos para que amanezca.

—¿Dónde será? —dice Celeste—. ¿Sí será aquí?

Mi abuela va —cojeando— hacia la puerta del edificio. Creo que le está costando cada vez más trabajo. Yo recuerdo que en el mapa que nos mostró Celeste, allá en el Fuerte, nada de la zona estaba marcado con la palabra *Universidad*.

—¿Está segura, señora? —pregunta Plebe también .

Mi abuela no hace caso. Mira de cerca el edificio. Hay dos ventanas enrejadas y luego una puerta. No hay vidrio en las ventanas, pero la puerta está en buen estado. De hecho, parece nueva…

Todo lo veo. Todo lo estoy grabando. Quiero que exista en el futuro. Que sea parte del futuro. Y ahora mi abuela llama a la puerta. Quedito. Pero hace ruido.

Toca dos veces. Luego otras dos. Y luego, desde adentro, se oye una voz.

—¿Quién es?

—Lucina —dice mi abuela.

Mi voz en la película va a decir:

Una vez Celeste me dijo que el Centro no está en el centro exacto del país al que pertenecía. De hecho, según algunos, ni siquiera está en el centro de lo que fue su ciudad. Está un poco a un lado. Igual

que, hoy, el Palacio del Jefe no está realmente en el centro del Centro. Ni el Fuerte tampoco.

La puerta se abre. Poquito.

El Palacio que fue teatro y museo, me dijo. Además. El Fuerte que fue escuela.

Hay alguien que se asoma por la abertura.

Las cosas cambian y se mueven. Sus nombres cambian. El terreno marcado en el mapa como "Universidad" está al sur de aquí, todavía muy lejos, pero no es el que estamos buscando. La Universidad salió de la Universidad.

Nosotras también cambiamos y nos movemos.

—¿Cuatro? —pregunta. Es una mujer bajita, flaca, con cara de pájaro. Usa lentes redondos y gruesos.

—Y una más en la caja —responde mi abuela, y señala al Sombra.

—Rápido —dice la mujer, y sale del edificio, y cierra la puerta—. Ya me iba a ir a dormir, pensé que no iban a llegar hoy.

En un segundo, la mujer está al lado de la cerca y jala el alambre de púas. Lo abre lo bastante para que podamos pasar. Pasamos. Caminamos agachadas entre escombros regados por la plaza. Pasamos junto a la fuente, en la que no hay agua, obvio, pero sí unas figuras de metal negro: perros. O tal vez lobos.

—Coyotes —dice el Sombra. En alguna película vimos de estos animales, no recuerdo ahora en cuál.

—Rápido, rápido —dice la mujer.

Dicen que este lugar está maldito. Que podría ser una pequeña zona M dentro de Xoco. Es una leyenda muy útil *para mantener lejos a la gente. Y es idea de la Universidad, que se esconde aquí. Ante nosotros, una vez que cruzamos la plaza, está otra calle, y luego otra plaza. Y en esa plaza, su fuerte. Hace mucho tiempo era una iglesia. No es tan grande como el nuestro, pero es antiguo, como el nuestro. Tiene paredes altas y resistentes. Se ve un poco como un castillo en medio de un desierto: más allá hay ruinas, más ruinas y restos, hasta el final de la segunda plaza y otra cerca de alambre, y más allá.*

Hay una entrada pequeña en un costado: una puerta debajo de una placa donde quedan las palabras "NO HAY SERVICIO". Ya se está aclarando el cielo. Ya no queda tiempo.

Alguien abre la puerta desde adentro.

Así lo voy a decir. Así va a quedar, junto con todo lo demás.

¿Por qué no? La película puede ser esto: la historia del viaje. La historia de lo que aún puede suceder.

Y así podría comenzar. Con lo que estamos viendo ahora.

NOTA FINAL

Escribir es una actividad solitaria, pero jamás sucede en absoluta soledad. Mucha gente nos ayuda a llevar el peso de cualquier proyecto como el de este libro, y muchas más lo inspiran –que es otra forma de ayudarlo–, incluso sin proponérselo. Aquí menciono y agradezco a algunas de las personas que me ayudaron a mí: Socorro Venegas, que me propuso primero publicar una novela en esta colección, y Susana Figueroa, que fue su (mi) acuciosa y atenta editora; Dalina Flores, que leyó la primera iteración del manuscrito terminado y me ofreció observaciones y sugerencias; los miembros de la Mexicanx Initiative, artistas y escritores de Estados Unidos y México interesados en la imaginación fantástica y en el futuro de esta época; Verónica Flores y Ana Karen Larios, fuentes de serenidad y paciencia; la maestra Giddy, Zachry Bailey, Auliya la Renga, Tenar y Penta, aunque no existan; y Raquel, de nuevo, siempre, porque existe: porque podemos hablar del pasado, y del futuro, y a la vez vivimos en el presente.

La historia de Sita y su familia es también para mis sobrinos: Ana, Valeria y Adrián, esperando que sus propias historias sean muy diferentes y muy felices.

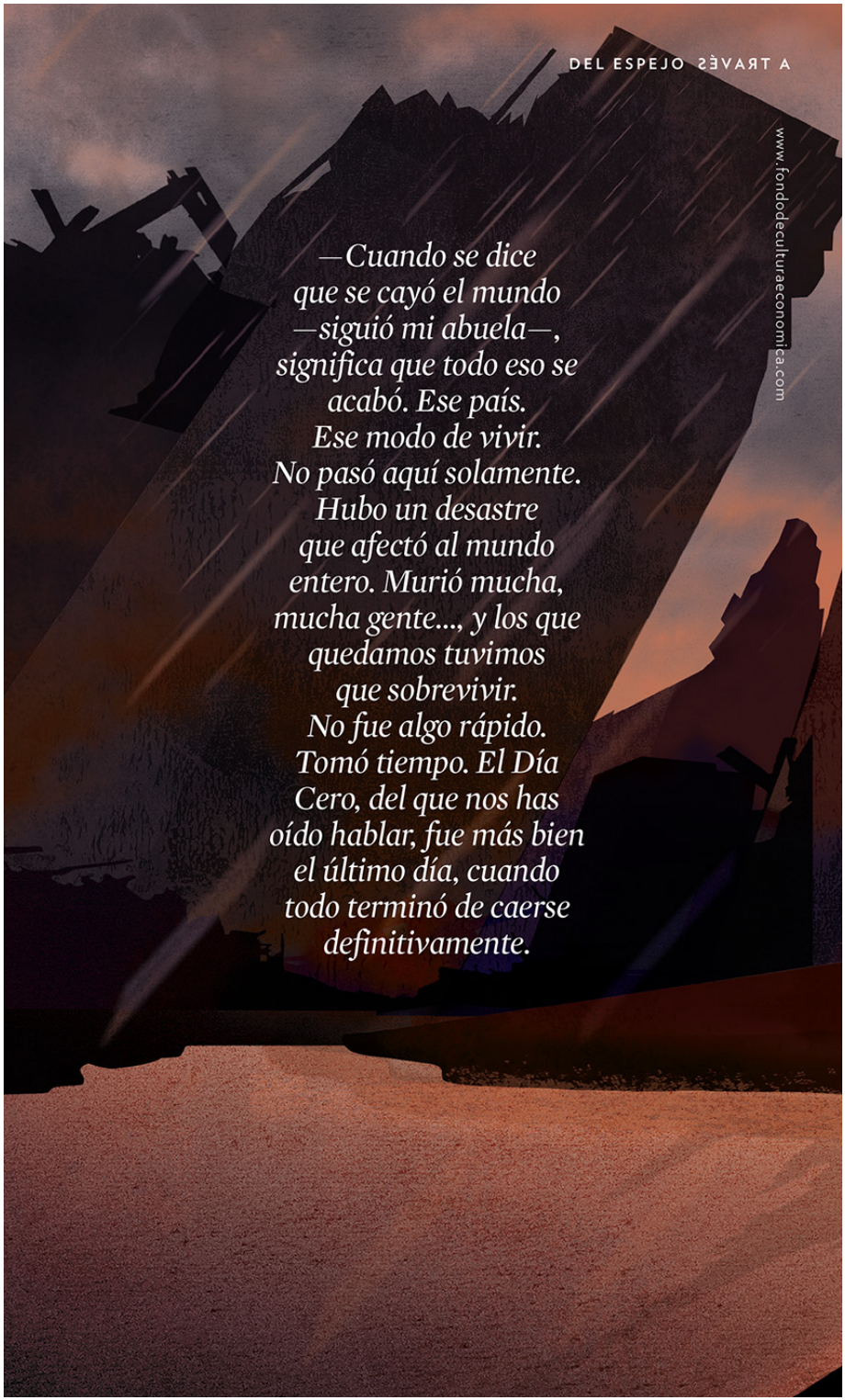
Ah, y antes de acabar, un par de datos curiosos. En *Manos de lumbre*, un libro mío de 2018, el cuento "La segunda Celeste" es la historia del origen de… Celeste, claro. Y en el número de noviembre de ese año de la *Revista de la Universidad* hay un relato mío: "El Gran Experimento", que narra completo lo que Lucina llamaría "la caída del mundo". Ninguno de esos dos textos hace falta para entender *La noche en la zona M*, pero sí la complementan: se escribieron a la par de la novela y forman parte de su mundo.

No sé por qué tiendo a escribir historias que se hablan unas a otras, y que se van juntando como piezas de algo mayor, pero en este caso me alegro: tal vez algún día me ayuden a volver a las

aventuras de Sita, para contarles lo que ella vio al abrirse la puerta.

A.C.
México, junio de 2019

www.fondodeculturaeconomica.com



—Cuando se dice que se cayó el mundo —siguió mi abuela—, significa que todo eso se acabó. Ese país. Ese modo de vivir. No pasó aquí solamente. Hubo un desastre que afectó al mundo entero. Murió mucha, mucha gente..., y los que quedamos tuvimos que sobrevivir. No fue algo rápido. Tomó tiempo. El Día Cero, del que nos has oído hablar, fue más bien el último día, cuando todo terminó de caerse definitivamente.